

A. DUMAS
LOS CUARENTA
Y
CINCO

BIBLIOTHECA
DE LOS
NOVELISTAS
Vº CH. BOURSI

127

CCCIÓN

ASME COMMITTEE



水産物誌

EGS

WARREN A

GINCO

1



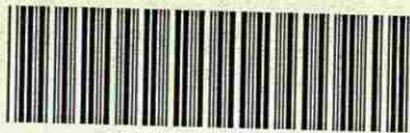
PQ2227

Q2

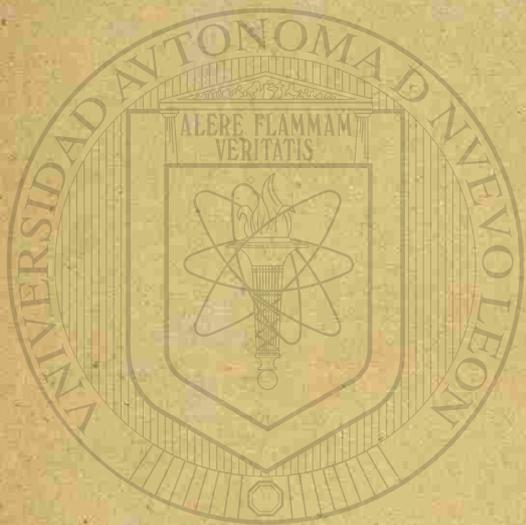
S6

v. 1

D68811c

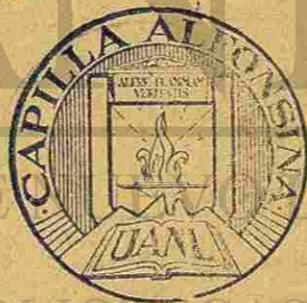


1020026351



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

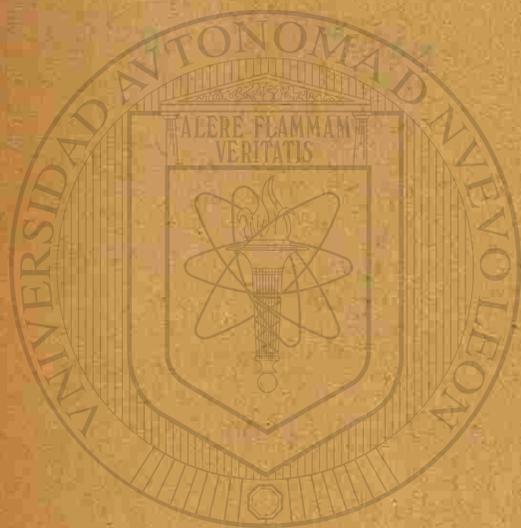
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA

Núm. Clas. DP8611c
Núm. Autor 29943
Núm. Adg. -8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasific. 629
Catálogo _____
LOS

CUARENTA Y CINCO.

~~log~~
~~rec~~
~~a~~
~~encia~~
~~Adg.~~
~~autor~~
~~es~~



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET.

LOS

CUARENTA Y CINCO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

ALEJANDRO DUMAS.

NUEVA EDICIÓN

TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

®

LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS

23, rue Visconti, 23.

MÉXICO

14, Cinco de Mayo, 14.

1908

PROPIEDAD DEL EDITOR.

29993

098718

843
9

Pd 2227
.Q2
SG
VI



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U A N L

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
CUARENTA Y CINCO.

I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
La puerta de San Antonio. "ALFONSO REYES"
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

Etiam si omnes!

El 26 de Octubre de 1585, á las diez y media de la mañana se hallaban aún cerradas las barreras de la puerta de San Antonio contra lo de costumbre.

Á las once menos cuarto, un piquete de veinte Suizos, en cuyo uniforme se reconocía eran Suizos de los pequeños cantones, es decir, de los mejores amigos de Enrique III, entonces reinante, desem-

bocó de la calle de la Mortellerie, y se avanzó hacia la puerta de San Antonio que se abrió delante de ellos cerrándose así que pasaron. Una vez fuera de aquella puerta, fueron á colocarse á lo largo de los vallados que, en el exterior de la barrera, circundaban las heredades diseminadas á cada lado del camino, y su sola aparición hizo retroceder á un gran número de paisanos y artesanos que venían de Montreuil, de Vincennes ó San Mauro para entrar en la ciudad antes del mediodía, entrada que no habían podido hacer por hallarse cerrada la puerta, como hemos dicho.

Si es cierto que el gentío trae consigo naturalmente el desorden, de creer era que, con el envío de aquella guardia, quería el preboste prevenir el desorden que podía surgir en la puerta de San Antonio.

En efecto, el gentío era grande; por los tres caminos convergentes llegaban á cada instante frailes de los conventos de las afueras, mujeres cabalgando en sus borriquillos, paisanos en carretas que venían á aglomerarse á aquella masa ya considerable, detenida en la barrera por el inusitado cerramiento de las puertas, y todos, con sus

preguntas más ó menos solícitas, hacían una especie de rumor que formaba bajo, mientras que algunas veces, saliendo del diapasón ordinario, subían hasta la octava de la amenaza ó de la queja.

Podíase notar aún, además de aquella masa de arribantes que querían entrar en la ciudad, algunos grupos particulares que parecían haber salido de ella. Éstos, en vez de dirigir sus miradas por entre los intersticios de las barreras, devoraban el horizonte limitado por el convento de los Jacobinos, el priorato de Vincennes y la cruz Faubin, como si, por alguno de aquellos tres caminos en forma de abanico, debiese llegarles algún Mesías.

Los últimos grupos no dejaban de parecerse á las tranquilas isletas que se elevan en medio del Sena, mientras que en torno de ellas el agua, arremolinándose ó jugueteando, desprende ya una particilla de cespéd, ya algunos viejos troncos de sauce, que acaban por irse con la corriente después de haber vacilado algún tiempo sobre los remolinos.

Aquellos grupos, sobre los que insistimos, porque merecen toda nuestra atención, estaban formados, en su mayor parte, por vecinos de París muy

herméticamente encerrados en sus calzones y ropillas, pues hemos olvidado decirlo, el tiempo estaba frío, la brisa fina, y los nubarrones, rasando la tierra, parecían querer arrancar á los árboles las últimas y amarillentas hojas que aun se balanceaban tristemente.

Tres de aquellos hombres hablaban entre sí, ó más bien, dos hablaban y el otro escuchaba. Expresemos mejor nuestro pensamiento, y digamos: el tercero ni siquiera parecía escuchar, tanta era la atención con que miraba hacia Vincennes.

Ocupémonos primero de este último.

Era un hombre que debía tener grande estatura cuando estaba en pie; pero en aquel momento sus largas piernas, de que parecía no saber qué hacer cuando no las empleaba en su activo destino, estaban encogidas bajo de él, mientras que sus brazos se cruzaban sobre su ropilla. Arrimado al vallado, cómodamente instalado sobre los matorrales elásticos, tenía, con una obstinación parecida á la prudencia de un hombre que desea no ser reconocido, la cara tapada con su ancha mano, arriesgando solamente un ojo cuya penetrante mirada pasaba por entre el dedo del medio y el

anular, separados lo estrictamente necesario para el paso del rayo visual.

Al lado de ese singular personaje, un hombrecillo encaramado sobre un cerrito, hablaba con otro hombre grueso que andaba dando traspies en el declive de aquella misma loma, y á cada uno de éstos se agarraba á los botones de la ropilla de su interlocutor.

Eran los otros dos que, con el personaje sentado, formaban el número cabalístico tres, de que hemos hablado en uno de los párrafos precedentes.

— Sí, maese Mitón, — decía el hombrecillo al grueso, — sí, digo y repito que habrá cien mil personas alrededor del cadalso de Salcedo, cien mil á lo menos. Vea usted, sin contar los que están ya en la plaza de Greve ó que se dirigen á ella de los diferentes barrios de Paris; mire usted cuánta gente hay aquí, y eso que no es más que una puerta. Juzgue usted, pues contando bien, hallaríamos diez y seis puertas.

— Cien mil, mucho es, compadre Friard, — respondió el grueso; — créame usted, muchos seguirán mi ejemplo y no irán á ver descuartizar al

desgraciado Salcedo por temor de una tremolina, y tendrán razón.

— ¡ Maese Mitón, maese Mitón, cuidado! — respondió el hombrecillo, — está usted hablando como un político. No habrá nada, absolutamente nada, le respondo de ello.

Luego, viendo que su interlocutor meneaba la cabeza con un aire de duda :

— ¿ No es verdad, caballero? — añadió volviéndose hacia el hombre de las piernas y brazos largos, que en lugar de seguir mirando del lado de Vincennes, sin separar su mano de la cara, acababa de dar un cuarto de conversión y de elegir la barrera por punto de mira de su atención.

— ¿ Qué dice usted? — preguntó éste como si no hubiese oído más que la interpelación que le hacían y no las palabras precedentes que habían sido dirigidas al otro interlocutor.

— Digo que no habrá nada hoy en la plaza de Greve.

— Creo que usted se equivoca, y que descuartizarán allí á Salcedo, — respondió tranquilamente el hombre bracilargo.

— Eso es indudable; pero yo digo que no habrá ningún ruido con ese motivo.

— Habrá el ruido de los latigazos que darán á los caballos.

— Usted no me comprende. Por ruido entiendo yo un motín, y digo que no habrá ningún motín en la plaza de Greve. Si hubiese de haber motín, no habria mandado el rey que adornasen un balcón en la casa de Ayuntamiento para presenciar el suplicio con las dos reinas y parte de la corte.

— ¿ Acaso saben los reyes cuándo debe haber motines? — dijo encogiéndose de hombros con un aire de soberana lástima el hombre de largos brazos.

— ¡ Oh, oh! — exclamó maese Mitón inclinándose al oído de su interlocutor. — Hé ahí un hombre que habla en un tono singular. ¿ Le conoce usted, compadre?

— No, — respondió el hombrecillo.

— Entoncés, ¿ por qué le habla usted?

— Por hablarle.

— Hace usted mal, ya ve usted que no es nada amigo de hablar.

— Sin embargo, me parece, — replicó el com-

padre Friard, bastante alto para que le oyese el hombre bracilargo, — que una de las grandes felicidades de la vida es comunicarse las ideas.

— Con los hombres que uno conoce muy bien, — respondió maese Mitón, — pero no con los desconocidos.

— ¿No son hermanos todos los hombres, como dice el señor cura de San Leu? — replicó el compadre Friard con un tono persuasivo.

— Es decir, que lo eran primitivamente, pero en unos tiempos como los nuestros, se ha relajado singularmente el parentesco, compadre Friard. Así, hable usted conmigo si tantas ganas tiene de conversar, y deje á ese extranjero en sus preocupaciones.

— Es que yo le conozco á usted hace mucho tiempo, como usted dice, y sé de antemano lo que me responderá, mientras que quizá este desconocido tendría alguna cosa nueva que decirme.

— ¡ Chut ! Le está escuchando á usted.

— Tanto mejor; si nos escucha puede que responda. Con que, señor, — continuó el compadre Friard volviéndose hacia el desconocido, — ¿ cree usted que habrá jarana en la plaza de Greve ?

— Yo no he dicho una palabra de eso.

— No pretendo que usted lo haya dicho, — continuó Friard con un tono que trató de hacer insinuativo, — pretendo que usted lo cree, y nada más.

— ¿ Y en qué apoya usted esa certidumbre ?
¿ Sería usted brujo, señor Friard ?

— ¡ Calla ! ¡ Me conoce ! exclamó el hombrecillo muy atónito, — ¿ y de dónde me conoce ?

— ¿ No le he nombrado á usted dos ó tres veces, compadre ? — dijo Mitón encogiéndose de hombros como quien se avergüenza delante de un extranjero de la poca inteligencia de su interlocutor.

— ¡ Ah !... es verdad, — repuso Friard haciendo un esfuerzo para comprender, y comprendiendo, gracias á ese esfuerzo, — es verdad, bajo mi palabra. Y bien, supuesto que me conoce, va á responderme, caballero, — añadió volviéndose hacia el desconocido, — pienso que usted piensa que habrá jarana en la plaza de Greve, puesto que si usted no lo pensase, estaría allí, y que al contrario, se halla aquí... ¡ uf !

Ese ¡ uf ! probaba que el compadre Friard había

llegado en su deducción á los límites más remotos de su lógica y de su talento.

— Y usted, señor Friard, supuesto que piensa lo contrario de lo que usted piensa que yo pienso, — respondió el desconocido recalcando las palabras pronunciadas ya por su interrogante y repetidas por él, — ¿por qué no está en la plaza de Greve? Me parece, sin embargo, que el espectáculo es bastante divertido para que los partidarios del rey acudan á verlo. Al cabo, puede que usted me responda que no es de los partidarios del rey sino de los del señor de Guisa, y que aguarde usted aquí á los loreneses que, según dicen, deben hacer una invasión en París para librar al señor de Salcedo.

— No, señor, — respondió con viveza el hombrecillo, visiblemente asustado por la suposición del desconocido; — no señor; yo aguardo á mi mujer, la señora Nicolasa Friard, que ha ido á llevar veinticuatro manteles al priorato de los Jacobinos, pues tiene el honor de ser lavandera particular de don Modesto Gorenflot, abad de dicho priorato de los Jacobinos. Pero, volviendo á la jarana de que hablaba al compadre Mitón y en la

que no creo, ni usted tampoco, según usted dice...

— Compadre, compadre, — exclamó Mitón, — mire usted lo que pasa.

El tío Friard siguió la dirección indicada por el dedo de su compañero y vió que además de las barreras cuyo cerramiento tan seriamente preocupaba ya los ánimos, se cerraba también la puerta.

Cerrada aquella puerta, vino á colocarse delante del foso una parte de los Suizos.

— ¡Cómo! ¡cómo! exclamó Friard palideciendo, — no basta con cerrar la barrera, sino que ahora cierran la puerta!

— Y bien, ¿qué le decía yo á usted? — dijo Mitón palideciendo á su vez.

— Es singular, ¿no es verdad? — dijo el desconocido riendo.

Y al reirse, descubrió entre la barba y sus bigotes una doble hilera de dientes blancos y agudos que parecían maravillosamente aguzados por el hábito de servirse de ellos, á lo menos cuatro veces al día.

Á la vista de aquella nueva precaución, un prolongado murmullo de asombro y algunos gritos de

espanto salieron de entre el gentío compacto que obstruía las inmediaciones de la barrera.

— ¡ Á formar el círculo ! — gritó la voz imperativa de un oficial.

En el mismo instante se hizo la maniobra, pero no sin embarazo; pues forzadas á retrogradar las personas á caballo y las de las carretas, aplastaron acá y acullá algunos pies y hundieron á derecha é izquierda algunas costillas entre el gentío.

Las mujeres gritaban, los hombres maldecían, los que podían huir huían, cayendo unos por encima de otros.

— ¡ Los loreneses ! ¡ los loreneses ! — gritó una voz en medio de todo aquel tumulto.

El grito más terrible tomado del pálido vocabulario del miedo, no hubiera producido un efecto más pronto y decisivo que aquel grito: ¡ los loreneses !

— Y bien, ¿ lo ve usted ? — exclamó Mitón temblando, — ¡ los loreneses ! ¡ los loreneses !

¡ Huyamos !

— ¡ Huir ! ¿ y adónde ? — preguntó Friard.

— Dentro de este cercado, — gritó Mitón desgarrándose las manos para asirse de aquel vallado

en que estaba blandamente sentado el desconocido.

— ¡ Dentro de este cercado ! — dijo Friard, — eso es más fácil de decir que de hacer, maese Mitón. No veo agujero por donde entrar, y usted no tendrá la pretensión de saltar por encima de ese vallado que es más alto que yo.

— Probaré, — dijo Mitón; — probaré. — É hizo nuevos esfuerzos.

— ¡ Ah ! Tenga usted cuidado, buena mujer, — gritó Friard con el tono de apuro de un hombre que comienza á perder la cabeza, — su burro me está pisando. ¡ Uf ! Señor jinete, tenga usted cuidado, el caballo me va á disparar una coz. ¡ Con mil diablos ! carretero, amigo, me está usted metiendo las varas de su carro por las costillas !

Mientras que maese Mitón se agarraba á las ramas del vallado para pasar por encima, y el tío Friard buscaba en vano una abertura para deslizarse por debajo, se había levantado el desconocido, había abierto naturalmente el compás de sus largas piernas, y de un simple movimiento semejante al que hace un jinete para montar á caballo, había salvado el vallado sin que una sola rama hubiese rozado su vestido.

Maese Mitón le imitó desgarrando el suyo por tres partes, pero no sucedió lo mismo al compadre Friard, quien, no pudiendo pasar ni por encima ni por debajo, y cada vez más amagado de ser despachurado por el gentío, daba gritos desconsolados, cuando el desconocido alargó su gran brazo, le cogió á la vez por su gorguera y por el cuello de su ropilla, y levantándole en el aire, le transportó al otro lado del vallado con la misma facilidad que á un niño.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ oh ! — exclamó maese Mitón regocijado con aquel espectáculo y siguiendo con la vista la ascensión y el descenso de su amigo Friard, — tiene usted el aire de la enseña del Gran Absalón.

— ¡ Uf ! — exclamó Friard al tocar en el suelo.

— Tenga el aire de todo lo que usted quiera, ya estoy á este lado del vallado gracias á este señor.

— Luego enderezándose para mirar al desconocido, á cuyo pecho apenas llegaba : — ¡ Ah ! señor, — continuó, — ¡ cuántas gracias le debo ! Es usted un verdadero Hércules, mi palabra de honor, á fe de Juan Friard. ¿ El nombre de usted, señor, el nombre de mi salvador, el nombre de mi... amigo ?

Y el buen hombre pronunció efectivamente esta

última palabra con la efusión de un corazón hondamente reconocido.

— Me llamo Briquet, — respondió el desconocido, — Roberto Briquet para servir á usted.

— Y ya me ha servido usted considerablemente, señor Roberto Briquet; me atrevo á decirlo. ¡ Oh ! Mi mujer le echará á usted mil bendiciones; pero, á propósito, ¡ mi pobre mujer ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ La van á ahogar entre ese gentío ! ¡ Malditos Suizos, que no son buenos más que para aplastar las gentes !

Apenas el compadre Friard había concluido este apóstrofe, cuando sintió caer sobre su hombro una mano pesada como la de una estatua de piedra.

Se volvió para ver quién era el atrevido que se tomaba con él semejante libertad.

Aquella mano era la de un Suizo.

— ¿ Quiere usted que le muelan, amiguito ? — dijo el robusto soldado,

— ¡ Ah ! ¡ estamos cercados ! — exclamó Friard.

— ¡ Sálvese el que pueda ! — añadió Mitón.

Y ambos á dos, gracias al vallado que habían salvado, teniendo el espacio delante de sí, echaron á correr, perseguidos por la mirada burlona y la risa silenciosa del horrible zanquilargo, quien, ha-

biéndolos perdido de vista, se acercó al Suizo que acababan de colocar de centinela.

— A lo que parece, la mano es buena, camarada, — dijo.

— No es mala, no es mala.

— Tanto mejor, porque es importante, sobre todo si vienen los loreneses, como se dice.

— No vienen.

— ¿No?

— De ningún modo.

— Entonces ¿por qué cierran la puerta? No comprendo.

— No tiene usted necesidad de comprender, — replicó el Suizo riendo á carcajadas de su chiste.

— Es justo, camarada, muy justo, — dijo Roberto Briquet. — ¡Gracias!

Y Roberto Briquet se alejó del Suizo para acercarse á un grupo, mientras que el digno Helvecio, cesando de reír, murmuraba:

— ¡Por Dios santo! creo que es él quien se burla de mí. ¿Quién es ese hombre que se atreve á burlarse de un Suizo de S. M.?

Uno de los grupos estaba formado por un considerable número de ciudadanos sorprendidos fuera

de la ciudad por aquel inesperado cerramiento de las puertas. Dichos ciudadanos rodeaban á tres ó cuatro caballeros de un continente muy marcial y á quienes, al parecer, incomodaba mucho el haber cerrado las puertas, porque gritaban con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡La puerta! ¡la puerta!

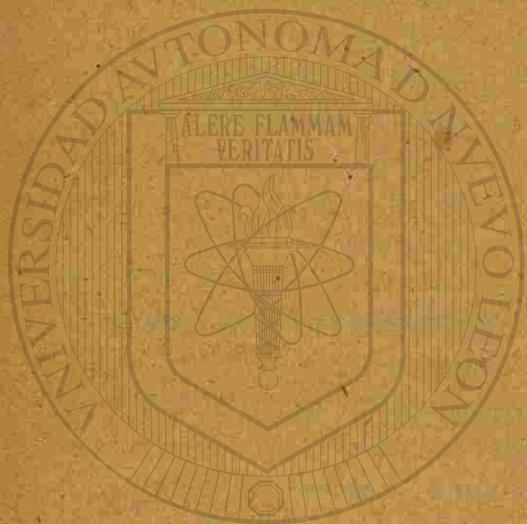
Cayos gritos, repetidos por los circunstantes con un furor extraordinario, ocasionaban en aquellos momentos un ruido infernal.

Roberto Briquet se adelantó hacia aquel grupo, y se puso á gritar más alto que ninguno de los que lo componían:

— ¡La puerta! ¡la puerta!

De lo que resultó que uno de los caballeros, encantado de aquella potencia vocal, se volvió hacia su lado, le saludó y le dijo:

— ¿No es vergonzoso, señor mío, que se cierre una puerta de la ciudad en medio del día como si los españoles ó los ingleses sitiasen á París?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Lo que pasaba en el exterior de la puerta
de San Antonio.

Roberto Briquet miró con atención al que le dirigía la palabra, que era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años.

Dicho hombre, además, parecía ser el jefe de otros tres ó cuatro jinetes que le rodeaban.

Aquel examen inspiró, sin duda, confianza á Roberto Briquet, porque al momento saludó á su vez y respondió:

— ¡Ah! señor, razón tiene usted, veinte veces

razón; pero — añadió — sin parecer demasiado curioso, ¿puedo preguntar á usted á qué motivo atribuye esa medida?

— ¡Pardiez! — dijo uno de los presentes, — al temor de que les coman su Salcedo.

— ¡Cuerpo de Crispo! — dijo una voz. — ¡Triste guisado!

Volvióse Roberto Briquet del lado de donde salía aquella voz, cuyo acento le indicaba un gascón reforzado, y vió á un joven de veinte á veinticinco años, que apoyaba su mano sobre la grupa del caballo del que le había parecido jefe de los otros.

El joven estaba con la cabeza desnuda; sin duda había perdido su sombrero en el barullo.

Briquet parecía un observador, pero, en general, sus observaciones eran cortas. Así fué que separó rápidamente su mirada del gascón, quien sin duda le pareció sin importancia, para fijarla de nuevo en el caballero.

— Pero, — dijo, — puesto que dicen que Salcedo es partidario del señor de Guisa, no es ya tan mal guisado.

— ¡Bah! ¿dicen eso? — replicó el gascón curioso y haciéndose todo oídos.

— Sin duda que dicen eso, — respondió el jinete encogiéndose de hombros, — pero en estos tiempos corren tantas bolas.

— ¡Ah! Entonces, — se aventuró á decir Briquet con su mirada interrogadora y su sonrisa picarilla, — ¿cree usted que Salcedo no es partidario del señor duque de Guisa?

— No sólo lo creo, sino que estoy seguro de ello, — respondió el de á caballo. — Luego, como viese que Roberto Briquet, acercándose á él, hacía un movimiento que quería decir: « ¡Ah, bah! ¿y en qué funda usted esa certidumbre? » continuó:

— Si Salcedo perteneciese al bando del *duque*, el duque no le hubiera dejado prender, ó cuando menos no hubiera dejado que le llevasen así de Bruselas á París amarrado de pies y manos, sin hacer en su favor una tentativa de rapto.

— Muy arriesgada era una tentativa de rapto, — replicó Briquet; — porque al fin, saliese bien ó mal, en el mero hecho de venir esa tentativa de parte del señor de Guisa, confesaba éste que había conspirado contra el duque de Anjou.

— Estoy seguro de que el señor de Guisa, — respondió con sequedad el caballero, —

hubiera arredrado por esa consideración; y cuando no ha reclamado ni defendido á Salcedo, prueba es que Salcedo no es de los suyos.

— Sin embargo, perdone usted si insisto, — continuó Briquet, — pues no soy yo quien lo inventa; parece cierto que Salcedo ha hablado.

— ¿En dónde ha hablado?

— Ante los jueces.

— No ante los jueces, amigo, en el tormento.

— ¿Pues no es lo mismo? — preguntó Briquet con un aire que trataba inútilmente de hacer sencillez.

— Sin duda que no es lo mismo; muy lejos de eso. Además, se pretende que ha hablado, sea; pero no se repite lo que él ha dicho.

— Vuelvo á pedir á usted perdón, caballero,

— repuso Roberto Briquet; — lo repiten y muy largamente.

— ¿Y qué ha dicho? Veamos, — preguntó con impaciencia el caballero; — hable usted, puesto que tan instruido está.

— Yo no hago alarde de estar muy instruido, caballero, puesto que trato de que usted me instruya,

— respondió Briquet.

— Vamos, entendámonos, — dijo el caballero con impaciencia; — usted ha pretendido que repetiesen las palabras de Salcedo; ¿cuáles son esas palabras? diga usted.

— Yo no puedo responder de que sean las mismas palabras, — dijo Roberto Briquet que parecía complacerse en mortificar al caballero.

— Pero en fin, ¿qué palabras le atribuyen?

— Pretenden que ha confesado que conspiraba en favor del señor de Guisa.

— Contra el rey de Francia, sin duda. ¡Siempre la misma canción!

— No contra S. M. el rey de Francia, sino contra S. A. el duque de Anjou.

— Si él ha confesado eso...

— Si lo ha confesado, ¿qué? — preguntó Roberto Briquet.

— Es un miserable, — dijo el caballero frunciendo el entrecejo.

— Sí, — dijo en voz baja Roberto Briquet; — pero si ha hecho lo que ha confesado, es un valiente. ¡Ah, señor! los borceguies, la cuerda y el escalfador hacen á los hombres honrados decir muchas cosas!

— ¡Ay, qué verdad dice usted, amigo! — dijo el caballero con voz más suave y lanzando un suspiro.

— ¡Bah! interrumpió el gascón que, alargando el cuello en la dirección de cada interlocutor, lo había oído todo.

— ¡Bah! — borceguies, cuerdas, escalfador... ¡valiente cosa es todo eso! Si Salcedo ha hablado, es un tunante, y su patrón otro.

— ¡Oh! ¡oh! — exclamó el caballero no pudiendo reprimir un movimiento de impaciencia.

— Usted canta muy alto, señor gascón.

— ¿Yo?

— Sí, usted.

— Yo canto en el tono que se me antoja, ¡cuerpo de Crispo! y tanto peor para aquellos á quienes no agrada mi canto.

El caballero hizo un movimiento de cólera.

— ¡Calma! — dijo una voz dulce y al mismo tiempo imperativa, cuyo propietario en vano trató Roberto Briquet de reconocer.

El jinete pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo; pero no pudo contenerse enteramente.

— ¿Y conoce usted bien á las personas de quienes usted habla? — preguntó al gascón.

— ¿Si conozco á Salcedo?

— Sí.

— Ni poco ni mucho.

— ¿Y al duque de Guisa?

— Tampoco.

— ¿Y al duque de Alenzón?

— Menos aún.

— ¿Sabe usted que el señor de Salcedo es un valiente?

— Tanto mejor; así morirá con valor.

— ¿Y que el señor de Guisa, cuando quiere conspirar, cónspira él mismo?

— ¿Cuerpo de Crispo! ¿y qué me importa á mí todo eso?

— ¿Y que el señor duque de Anjou, en otro tiempo duque de Alenzón, ha hecho matar ó dejado que matasen á cuantos se han interesado por él, Lamole, Goconas, Bussy y los demás?

— Yo me río de todo eso.

— ¡Cómo! ¿usted se ríe de eso?

— ¡Mayneville! ¡Mayneville! — murmuró la misma voz.

— Sin duda que me río de eso. Yo solo sé una cosa, ¡ por vida de Bríos ! y es que tengo que hacer en París hoy mismo, esta mañana, y que por causa de ese rabioso de Salcedo me dan con la puerta en las narices. ¡ Cuerpo de Crispo ! Ese Salcedo es un picaro, y lo son también todos los que, con él, son causa de que estén cerradas las puertas en lugar de estar abiertas.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! Hé aquí un rudo gascón, — murmuró Roberto Briquet, — y sin duda vamos á ver alguna cosa curiosa.

Pero esa cosa curiosa que esperaba ver, no llegaba de ningún modo. El caballero, á quien el último apóstrofe había hecho subir la sangre á la cabeza, bajó las narices, calló y devoró su cólera.

— En realidad, usted tiene razón, — dijo : — ¡ mal hayan los que nos impiden entrar en París !

— ¡ Oh ! ¡ oh ! le dijo Roberto Briquet, que no había perdido ni los matices de la cara del caballero, ni las dos invitaciones hechas á su paciencia : — ¡ Ah, ah ! Me parece que voy á ver una cosa más curiosa aún que la que me prometía.

Al hacer esta reflexión, resonó una trompeta, y casi al punto los Suizos, hendiendo todo aquel

gentío con sus alabardas cual si trinchasen un gigantesco pastel de cogujadas, separaron los grupos en dos porciones compactas, que fueron á colocarse á cada lado del camino, dejando el centro vacío.

En aquel centro, el oficial de quien hemos hablado, y á cuya guardia parecía confiada la puerta, pasó con su caballo arriba y abajo; luego, después de un momento de examen parecido á un desafío, ordenó á los trompetas que tocasen.

Lo cual fué ejecutado en el mismo instante, é hizo reinar en todas las masas un silencio que parecía increíble después de tanta agitación y gritería.

Entonces el pregonero, con su túnica flordelizada, y con un escudo de armas de la ciudad de París, se adelantó con un papel en la mano, y leyó con esa voz gangosa que es peculiar á los de su oficio :

« Hacemos saber á nuestro buen pueblo de París » y sus alrededores, que las puertas estarán cerradas de aquí á la una de la tarde, y que ninguno » penetrará en la ciudad antes de esa hora, por ser » así la voluntad del rey, y por la vigilancia del » señor preboste de París. »

El pregonero se detuvo para tomar aliento, y los circunstantes se aprovecharon de aquella pausa

para manifestar su asombro y su desagrado con una prolongada silba, que el pregonero, preciso es hacerle esa justicia, arrostró sin pestañear.

El oficial hizo un ademán imperativo, y al punto se restableció el silencio.

El pregonero continuó sin turbación ni perplejidad, como si la costumbre le hubiese acerado contra esas manifestaciones de que acababa de ser blanco:

« Se exceptuarán de esta medida aquellos que
» sean portadores de un pase, ó que fueren llama-
» dos bien y en debida forma por cartas y
» mandatos.

» Dado en el palacio del prebostazgo de París,
» por orden expresa de S. M., á 26 de Octubre del
» año de gracia de 1585.

» Suenen los clarines. »

Al momento resonaron roncamente las trompetas.

Apenas cesó de gritar el pregonero, cuando detrás de las filas de los Suizos y los soldados, se puso el gentío á ondular como una serpiente cuyos anillos se hinchan y se retuercen.

— ¿Qué significa esto? — se preguntaban los más pacíficos. — ¿Sin duda algun complot aún!

— ¡Oh! ¡oh! Es para que no entremos en París, sin duda que la cosa se ha combinado así, — dijo en voz baja á sus camaradas el jinete que con tanta paciencia había sufrido los sofiones del gascón. — Estos Suizos, ese pregonero, esos cerrojos, esas trompetas, es por nosotros; por mi alma, que me causa orgullo.

— ¡Calle! ¡calle! gritó el que mandaba el destacamento.

— ¿No veis, con mil diablos, que estáis impidiendo el paso á los que tienen el derecho de que se les abran las puertas?

— ¡Cuerpo de Crispo! Yo sé de uno que pasará, aunque todos los ciudadanos del mundo se interpongan entre él y la barrera, — dijo codeando á derecha é izquierda aquel gascón que con sus ruedas réplicas había llamado la atención de Boberto Briquet.

Y, en efecto, en un instante se halló en el espacio vasto que, gracias á los Suizos, se había formado entre las dos columnas de espectadores.

Júzguese si las miradas se fijarian con prontitud y curiosidad sobre un hombre favorecido hasta el

punto de entrar, cuando á los demás se había intimado el que quedasen afuera.

Pero el gascón se cuidó poco de aquellas miradas de envidia; se plantó engreído, haciendo resaltar á través de su raída ropilla verde todos los músculos de su cuerpo, que parecían otras tantas cuerdas tendidas por un manubrio interior. Sus muñecas, secas y huesosas, sobresalían tres grandes pulgadas de las raídas mangas; tenía la mirada despejada, los cabellos rojos y crespos, fuese por naturaleza, ó ya por casualidad, porque el polvo entraba por más de una décima parte en su color. Sus pies, grandes y flexibles, se destacaban de unas canillas nerviosas y secas como las de un gamo. En una de sus manos llevaba puesto un guante de piel bordada, muy sorprendido de verse destinado á proteger aquella otra piel más dura que la suya; en la otra mano agitaba una vara de avellano.

Miró un instante en torno suyo; luego, creyendo que el oficial de quien hemos hablado era la persona más considerable de aquella tropa, marchó en derechura á él.

El oficial le contempló algún tiempo antes de hablarle.

El gascón, sin desconcertarse en lo más mínimo, hizo lo mismo.

— ¿Usted ha perdido su sombrero, á lo que parece? — le dijo.

— Sí, señor.

— ¿Y lo ha perdido usted entre el gentío?

— No; acababa de recibir una carta de mi querida, y la estaba leyendo, ¡cuerpo de Crispo! á un cuarto de legua de aquí, al lado del río, cuando de repente una ráfaga de viento me llevó carta y sombrero. Corrí tras de la carta, aunque la presilla de mi sombrero era un solo diamante, y atrapé mi carta; pero cuando volví en busca del sombrero, se lo había llevado el viento al río, ¡y al río de Paris!... Hará la fortuna de algún pobre diablo. ¡Tanto mejor!

— ¿De suerte que está usted con la cabeza al aire?

— ¿No se hallan sombreros en Paris? ¡cuerpo de Crispo! Yo comparé uno más magnífico, y he de ponerle un diamante dos veces mayor que el primero.

El oficial se encogió de hombros ligeramente; pero por imperceptible que fué aquel movimiento, no se le escapó al gascón.

— ¿Qué quiere decir usted? — preguntó.

— ¿Tiene usted un pase? — replicó el oficial.

— Ciertamente que tengo uno, ó más bien dos.

— Bastará un solo, si está en regla.

— Pero si no me engaño, — continuó el gascón abriendo unos ojos enormes, — y no, ¡cuerpo de Crispo! no me engaño; ¡tengo el placer de estar hablando al señor de Loignac?

— Es posible, — respondió con sequedad el oficial, muy poco encantado de aquel reconocimiento.

— ¿Al señor de Loignac, mi compatriota?

— No digo que no.

— ¿Mi primo?

— Está bien; ¿el pase de usted?

— Aquí está.

El gascón sacó de su guante la mitad de una tarjeta recortada con arte.

— Sigame usted, — dijo Loignac sin mirar el pase, — y sus compañeros, si los tiene; vamos á confrontar los salvos-conductos.

Y fué á colocarse cerca de la puerta.

El gascón le siguió.

Otros cinco individuos siguieron al gascón.

El primero estaba cubierto de una magnífica coraza tan primorosamente trabajada, que se hubiera creído salía de las manos de Benvenuto Cellini. Sin embargo, como el patrón sobre que se había hecho aquella coraza había pasado algo de moda, su magnificencia más bien excitó la risa que la admiración.

Verdad es que ninguna otra parte del traje del individuo portador de la coraza correspondía al esplendor casi regio del prospecto. El segundo que siguió sus huellas iba seguido por un laeayo grueso y canoso, y, como el amo era flaco y atezado, parecía el precursor de don Quijote, así como su criado podía pasar por el precursor de Sancho Panza.

Presentóse el tercero llevando en los brazos á un niño de diez meses, seguido de una mujer que se agarraba á su cinturón de cuero, mientras que otros dos niños, el uno de cuatro años y el otro de cinco, se agarraban á la falda del vestido de la mujer.

Presentóse el cuarto cojeando y pegado á una larga espada.

En fin, para cerrar la marcha, un joven de hermosa apariencia se adelantó sobre un caballo negro, empolvado, pero de una bella raza.

Aquel joven, al lado de los otros, tenía el aire de un rey.

Forzado á marchar bastante despacio para no rebasar á sus colegas, ó quizá satisfecho interiormente de no ir demasiado cerca de ellos, aquel joven permaneció un momento en los límites de la columna formada por el pueblo.

En aquel momento sintió que le tiraban de la vaina de la espada, y se inclinó hacia atrás.

El que llamaba su atención de aquel modo, era un joven de cabello negro, ojos centellantes, pequeño, delicado, gracioso y con guantes en las manos.

— ¿En qué puedo servirlos, caballero? — preguntó el jinete.

— Caballero, una gracia.

— Hablad, pero os suplico que sea pronto, pues ya veis que me están aguardando.

— Tengo necesidad de entrar en la ciudad, caballero; una necesidad imperiosa, ¿comprendéis? Estáis solo, y tenéis necesidad de un paje que haga honor á vuestro buen continente.

— ¡ Y bien !

— Sed generoso, hacedme entrar; yo seré vuestro paje.

— Gracias, — dijo el jinete; — yo no quiero ser servido por nadie.

— ¿ Ni tampoco por mí ? — preguntó el joven con una sonrisa tan extraña que el jinete sintió derretirse la capa de hielo con que había intentado cubrir su corazón.

— Quiero decir que no soy rico.

— Sí, sé que no sois rico, señor Ernauton de Carmainges, — dijo el joven paje.

— El jinete se estremeció, pero sin fijar la atención en aquel movimiento, el joven continuó :

— Así, no hablaremos de gajes; al contrario, si me dispensáis lo que os pido, seréis vos el pagado, y eso con el céntuplo de los servicios que me hayáis hecho; os suplico, pues, que me dejéis servirlos, pensando que el que os lo suplica, ha mandado alguna vez.

— Venid, pues, dijo el jinete subyugado por aquel tono de persuasión y autoridad á la vez.

El joven le estrechó la mano, cosa muy familiar en un paje; luego, volviéndose hacia el grupo de los otros jinetes que ya conocemos :

— Yo paso, — dijo, — que es lo más importante; — vos, Mayneville, tratad de hacer lo mismo por cualquier medio.

— No está todo en que vos paséis, respondió el caballero; es preciso que él os vea.

— ¡Oh! tranquilizaos; en el momento en que haya pasado esta puerta me verá.

— No olvidéis la seña convenida.

— Dos dedos sobre la boca, ¿no es verdad?

— Sí, ahora ¡que Dios os proteja!

— Y bien, — dijo el que montaba el caballo negro, — señor paje, ¿nos decidimos?

— Aquí estoy, señor, — respondió el joven, y saltó ligeramente á la grupa detrás de su compañero, quien fué á incorporarse á los otros cinco privilegiados, que se hallaban ocupados en exhibir sus pases y justificar sus derechos.

— ¡Cuerpo de Crispo! — exclamó Roberto Briquet, que los había seguido con la vista, — ¡el diablo me lleve si no es un convoy de gascones!

III.

La revista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El examen que debían sufrir los seis privilegiados que hemos visto salir de entre las filas del pueblo, para acercarse á la puerta, no era muy largo, ni muy complicado.

Reduciase á sacar una mitad de tarjeta de su bolsillo y presentarla al oficial, el cual la comparaba con otra mitad, y si uniendo las dos mitades se encajonaban y formaban un todo, quedaban establecidos los derechos del portador del pase.

29993

— Yo paso, — dijo, — que es lo más importante; — vos, Mayneville, tratad de hacer lo mismo por cualquier medio.

— No está todo en que vos paséis, respondió el caballero; es preciso que él os vea.

— ¡Oh! tranquilizaos; en el momento en que haya pasado esta puerta me verá.

— No olvidéis la seña convenida.

— Dos dedos sobre la boca, ¿no es verdad?

— Sí, ahora ¡que Dios os proteja!

— Y bien, — dijo el que montaba el caballo negro, — señor paje, ¿nos decidimos?

— Aquí estoy, señor, — respondió el joven, y saltó ligeramente á la grupa detrás de su compañero, quien fué á incorporarse á los otros cinco privilegiados, que se hallaban ocupados en exhibir sus pases y justificar sus derechos.

— ¡Cuerpo de Crispo! — exclamó Roberto Briquet, que los había seguido con la vista, — ¡el diablo me lleve si no es un convoy de gascones!

III.

La revista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El examen que debían sufrir los seis privilegiados que hemos visto salir de entre las filas del pueblo, para acercarse á la puerta, no era muy largo, ni muy complicado.

Reduciase á sacar una mitad de tarjeta de su bolsillo y presentarla al oficial, el cual la comparaba con otra mitad, y si uniendo las dos mitades se encajonaban y formaban un todo, quedaban establecidos los derechos del portador del pase.

29993

El gascón de la cabeza desnuda era el primero que se había acercado, y por consiguiente principió por él la revista.

— ¿El nombre de usted? — preguntó el oficial.

— ¿Mi nombre? señor oficial, está escrito en la tarjeta, en la cual aun verá usted otra cosa.

— ¡No importa! ¿El nombre de usted? — repuso el oficial con impaciencia, — ¿no sabe usted su nombre?

— Si tal, lo sé; cuerpo de Crispo! Y aun cuando yo lo hubiese olvidado, me lo podría usted decir, puesto que somos compatriotas, y hasta primos.

— ¿Vuestro nombre, con mil diablos? ¿Cree usted que tengo yo tiempo para andar en reconocimientos?

— Está bien. Me llamó Perducas de Pincornay.

— Perducas de Pincornay, — repuso el señor de Loignac, á quien de aquí adelante daremos el nombre con que le había saludado su compatriota; luego pasando la vista por la tarjeta.

— Perducas de Pincornay, 26 de octubre de 1585, á las doce en punto.

— Puerta de San Antonio, — añadió el gascón,

alargando sobre la tarjeta su dedo negro y descarnado.

— ¡Muy bien! En regla. Entre usted, — dijo el señor de Loignac, para cortar el diálogo ulterior entre él y su compatriota. — ¡Ahora usted! — dijo al segundo.

Acercóse el hombre de la coraza.

— ¿El pase de usted? — preguntó Loignac.

— ¡Cómo! señor de Loignac, — exclamó éste, — ¿no reconoce usted el hijo de un amigo suyo de infancia á quien ha hecho saltar usted veinte veces sobre sus rodillas?

— No.

— Pertinaz de Monterabeau, — respondió el joven con asombro, — ¿no le reconoce usted?

— Cuando estoy de servicio, no reconozco á nadie, señor mío, ¿el pase de usted?

El joven de la coraza alargó su tarjeta.

— Pertinaz de Monterabeau, 26 de octubre á las doce en punto, puerta de San Antonio. Pase usted.

El joven pasó, y, un poco aturdido del recibimiento, fué á reunirse á Perducas que aguardaba la apertura de la puerta.

Aproximóse el tercer gascón, que era el de la mujer y los niños.

— ¿El pase de usted? — preguntó Loignac.

Su mano obediente se sumió al punto en un zurrón de piel de cabra que llevaba al lado derecho.

Pero inútilmente: embarazado como estaba por el niño que llevaba en los brazos, no halló el pase que buscaba.

— ¿Qué diablos hace usted con ese niño? ¿no ve usted que le está embarazando?

— Es mi hijo, señor de Loignac.

— Y bien; pose usted ese niño.

El gascón obedeció, y el niño se puso á gritar.

— ¡Ah! ¿Conque es usted casado? — preguntó Loignac.

— Sí, señor oficial.

— ¿A veinte años?

En nuestro país se casan muy jóvenes, como usted sabe bien, señor de Loignac, pues se ha casado usted á los diez y ocho años.

— Bueno, — pensó Loignac, — aquí tenemos otro que me conoce.

En este intermedio, se había aproximado la mujer y los niños la habían seguido colgados de su falda.

— ¿Y por qué no había de estar casado? — preguntó cuadrándose y separando de su tostada frente los cabellos negros que el polvo del camino le había pegado á ella como una pasta, — ¿no es ya de moda en París el casarse? Sí, señor, está casado, y aquí tiene usted dos niños que le llaman padre.

— Sí, pero que no son sino hijos de mi mujer, señor de Loignac, como tampoco ese muchacho que está allí detrás; adelántate, Militar, y saluda al señor de Loignac nuestro compatriota.

Un muchacho de diez y seis á diez y siete años, vigoroso, ágil y parecido á un halcón en sus ojos redondos y su nariz corva, se acercó, con ambas manos medidas en su cinturón de búfalo. Estaba vestido de una buena casaca de lara de punto; en sus musculosas piernas llevaba unas polainas de gamuza, y un bigote naciente sombreaba su labio á la vez insolente y sensual.

— Es Militar, mi hijastro, señor de Loignac, el hijo de mi mujer, que es una Chavantrade, pariente de los Loignac Militar de Chavantrade, para servir á usted. Saluda, Militar.

Luego, bajándose hacia el niño que se revolcaba por el suelo:

— Calla, Escipión, calla, querido, — añadió, buscando al mismo tiempo su pase en todos sus bolsillos.

Durante este tiempo, Militar, obedeciendo al mandato de su padre, se inclinaba ligeramente y sin sacar las manos de su cinturón.

— ¡ Por el amor de Dios, señor, el pase! — exclamó Loignac incomodado.

— Ven aquí y ayúdame, Lardilla, — dijo á su mujer el gascón poniéndose muy encarnado.

Lardilla soltó sucesivamente las dos manos agarradas á su vestido, y registró ella misma el zurrón y los bolsillos de su marido.

— ¡ Bien! preciso es que lo hayamos perdido! — dijo.

— Entonces, os mando arrestar, — dijo Loignac. El gascón se puso pálido.

— Yo me llamo Eustaquio de Miradoux, — dijo, y me acogeré á la protección de mi pariente el señor de Santa Maline.

— ¡ Ah! ¿ Es usted pariente de Santa Maline? — dijo Loignac un poco calmado. — Verdad es que si uno los escucha, son parientes de todo el mundo. Y bien, busque usted más; sobre todo busque usted con fruto.

— Mira, Lardilla, mira entre la ropa de tus hijos, — dijo Eustaquio temblando de despecho é inquietud.

Lardilla se arrodilló delante de un pequeño paquete de modestos efectos, que revolvó marmurando.

El niño Escipión seguía desgañitándose; verdad es que sus hermanos uterinos, viendo que no se ocupaban de ellos, se divertían en echarle tierra en la boca.

Militar no se movía; se hubiera dicho que las miserias de la familia pasaban por encima y por debajo de aquel muchacho sin tocarle.

— ¡ Eh! — dijo de repente el señor de Loignac, — ¿ qué es lo que veo allí sobre la manga de ese bodoque, en una cubierta de papel?

— ¡ Sí, sí, eso es! — exclamó Eustaquio triunfalmente. — Es una idea de Lardilla, ahora me acuerdo; ha cosido el pase sobre Militar.

— Para que trajese alguna cosa, — añadió irónicamente de Loignac, — ¡ vaya enhoramala el gran asno! que ni siquiera tiene los brazos sueltos, por miedo á llevarlos.

Los labios de Militar se pusieron blancos de

cólera, mientras que su cara se teñía de encarnado en la nariz, la barba y las cejas.

— Un asno no tiene brazos, — dijo entre dientes y con ojos malignos, — tiene patas como ciertas personas que yo conozco.

— ¡Silencio! — dijo Eustaquio; — bien ves, Militar, que el señor de Loignac nos hace el honor de chancearse con nosotros.

— No, por cierto, yo no me chanceo, — repitió Loignac, — al contrario, quiero que este gran tuno tome mis palabras como las digo. Si fuese mi hijastro, le haría cargar con la madre, y con los hermanos, y, ¡ rayo! montaría yo encima de todo, á más de estirarle las orejas para probarle que no es más que un asno.

Militar perdió todo miramiento; Eustaquio pareció inquieto, pero á través de aquella inquietud, se percibía no sé qué gozo en aquella humillación hecha á su hijastro.

Lardilla, para cortar toda dificultad y librar á su primogénito de los sarcasmos del señor Loignac, presentó al oficial la tarjeta desembarazada de su cubierta de papel.

El señor de Loignac la tomó y leyó :

— Eustaquio de Miradoux, 26 de octubre, á las doce en punto, puerta de San Antonio.

— Vaya usted, pues, y vea si no olvida á alguno de sus chiquillos, hermosos ó feos.

Eustaquio de Miradoux volvió á tomar en sus brazos al niño Escipión; Lardilla se agarró de nuevo á su cinturón; los dos niños se agarraron al vestido de su madre, y aquel racimo de familia, seguido del silencioso Militar, fué á reunirse á los que esperaban después de sufrido el examen.

— ¡Valiente peste de soldados tendrá en escá el señor de Eperón! — murmuró Loignac entre dientes viendo á Eustaquio de Miradoux y á su familia hacer su evolución.

Luego volviéndose :

— Vamos, ¡usted! — dijo.

Estas palabras se dirigían al cuarto postulante.

Estaba solo y muy tieso, uniendo el dedo pulgar y el del medio para dar papirotazos á su ropilla gris de hierro y sacudir el polvo; y su bigote, que parecía de pelo de gato, sus ojos verdes y muy vivos, sus cejas cuya arcada formaba un semicírculo saliente encima de dos abultados juanetes, sus labios delgados, en fin, imprimían á su fisonomía ese tipo

de desconfianza y de parsimoniosa reserva por el que se reconoce al hombre que oculta el fondo de su bolsillo tan bien como el de su corazón.

— Chalabre, 26 de octubre, á las doce en punto, puerta de San Antonio. Está bien, ¡ vaya usted ! — dijo Loignac.

— Supongo que se abonarán los gastos de viaje, hizo observar melifluamente el gascón.

— Yo no soy tesorero, — respondió con sequedad Loignac ; — no soy aún más que un portero ; pase usted.

Chalabre pasó.

Detrás de Chalabre venía un caballero joven y rubio, que, al sacar su pase, dejó caer de su bolsillo un dado y varios naipes.

Declaró llamarse San-Capautel, y confirmada su declaración por su pase que se halló estar en regla, siguió á Chalabre.

Faltaba el sexto, quien, á la invitación del paje improvisado, se había apeado del caballo, y exhibió al señor de Loignac una tarjeta en que se leía.

Ernauton de Carmainges, 26 de octubre, á las doce en punto, puerta de San Antonio.

Mientras el señor de Loignac leía, el paje, apeado

también, se ocupaba en ocultar su cabeza haciéndose que arreglaba la barbada, perfectamente atada, del caballo de su supuesto amo.

— ¡ Ese paje es de usted ? — preguntó Loignac á Ernauton señalando con el dedo al joven.

— Ya ve usted, señor capitán, — dijo Ernauton que no quería mentir ni descubrir al joven, — que está arreglando la brida de mi caballo.

— Pase usted, — dijo Loignac examinando con atención al señor de Carmainges, cuya figura y continente parecía le agradaban más que los de todos los otros.

— Hé ahí uno á lo menos pasadero, — murmuró.

Ernauton volvió á montar á caballo ; el paje, sin afectación, pero sin lentitud, le había precedido, y ya se hallaba mezclado con el grupo de los precedentes.

— Abrid la puerta, — dijo Loignac, — y dejad pasar seis personas y los que las acompañan.

— ¡ Vamos, pronto, pronto, amo mío ! — dijo el paje. — ¡ Á caballo y partamos !

Ernauton cedió de nuevo al ascendiente que sobre él ejercía aquella extraña criatura, y habiéndose

abierto la puerta, metió espuelas á su caballo y se sumió, guiado por las indicaciones del paje, hasta el centro del arrabal de San Antonio.

Loignac mandó cerrar la puerta así que pasaron los seis elegidos, con gran desagrado del gentío, que, llenada aquella formalidad, creía que iba á pasar á su vez, y que, viendo frustradas sus esperanzas, manifestó estrepitosamente su desaprobación.

Maese Mitón, que después de una desenfadada corrida á través de los campos, se había reanimado poco á poco, y que sondeando el terreno á cada paso, había acabado por volver al punto de su partida, aventuró algunas quejas sobre el modo arbitrario con que la soldadesca interceptaba las comunicaciones.

El compadre Friard, que había logrado hallar á su mujer, y que, protegido por ella, parecía no temer ya nada, contaba á su cara mitad las noticias del día, enriquecidas con comentarios de su cosecha.

En fin, los de á caballo, uno de los cuales había sido nombrado Mayneville por el joven paje, celebraban consejo para saber si debían seguir alrede-

dor de la muralla, esperando con bastante fundamento hallar en ella alguna brecha, y entrar por ella en París, sin necesidad de aguardar más largo tiempo á la puerta de San Antonio ni á ninguna otra.

Roberto Briquet, como un filósofo que analiza, y como un sabio que extrae la quinta esencia, se imaginó que todo el desenlace de la escena que acabamos de referir, iba á tener lugar cerca de la puerta, y que las conversaciones de los jinetes, de los ciudadanos y los paisanos, no podrían hacerle saber nada.

Acercóse, pues, lo más que pudo á una pequeña barraca que servía de cuarto al portero, y á la que daban luz dos ventanas, la una del lado de París, y la otra del lado del campo. Apenas se había instalado en aquel nuevo puesto, cuando un hombre corriendo del interior de París á gran galope de su caballo, se apeó, y entrando en la barrera se asomó á la ventana.

— ¡ Ah, ah ! — dijo Loignac.

— Aquí me tiene usted señor de Loignac, — dijo aquel hombre.

— Bien, ¿ de dónde viene usted ?

— De la puerta de San Víctor.

— ¿La factura?

— Cinco.

— ¿Los cinco pases?

— Aquí están.

Loignac tomó los pases, los confrontó y escribió sobre una pizarra que parecía preparada al efecto, el guarismo 5.

El mensajero partió.

No habían transcurrido cinco minutos cuando llegaron otros dos mensajeros.

Loignac les interrogó sucesivamente, y siempre á través de su postiguillo.

El uno venía de la puerta Bourdelle y traía el guarismo 4.

El otro de la puerta del Templo, y anunciaba el guarismo 6.

Loignac escribió con cuidado estos guarismos en su pizarra.

Los dos mensajeros desaparecieron como el primero y fueron sucesivamente reemplazados por otros cuatro que llegaban:

El primero de la puerta de San Dionisio, con el guarismo 5.

El segundo de la Puerta de Santiago, con el guarismo 3.

El tercero de la puerta de San Honorato, con el guarismo 8.

El cuarto de la puerta de Montmartre, con el guarismo 4.

En fin, se presentó otro, que venía de la puerta Bussy, y traía el guarismo 4.

Entonces, Loignac ordenó con atención, y muy bajito, los lugares y los guarismos siguientes:

Puerta de San Víctor	5.
Puerta de Bourdelle	4.
Puerta del Templo.	6.
Puerta de San Dionisio	5.
Puerta de Santiago	3.
Puerta de San Honorato	8.
Puerta de Montmartre	4.
Puerta Bussy	4.
En fin, Puerta de San Antonio	6.

Total, cuarenta y cinco 45.

— Está bien.

— Ahora, — gritó Loignac con voz fuerte, — abrid las puertas, y que entre el que quiera.

Se abrieron las puertas; y al momento, caballos, burros, mujeres, niños, carros, corrieron á París á riesgo de ahogarse todos en la estrechez de los dos pilares del puente levadizo.

En un cuarto de hora pasó, por aquella vasta arteria que llamaban la calle de San Antonio, toda aquella oleada popular que desde la mañana estaba detenida alrededor de aquel dique momentáneo.

El ruido fué desapareciendo poco á poco.

El señor de Loignac montó á caballo con su gente.

Roberto Briquet, que se había quedado el último después de haber sido el primero, pasó flemáticamente la cadena del puente, diciendo:

Todas esas gentes querían ver alguna cosa, y nada han visto, ni aun de sus mismos negocios. Yo que no quería ver nada, soy el único que he visto algo. Es curioso, continuemos; pero, ¿á qué continuar? Bastante sé ya. ¿Me será muy ventajoso el ver descuartizar al señor de Salcedo? ¡No por cierto! Además, he renunciado ya á la política.

Vamos á comer; el sol señalaría las doce, si hiciese sol, ya es tiempo.

Dijo, y entró en París con su tranquila y maliciosa sonrisa.

IV.

El palco de S. M. Enrique III, en la plaza de Greve.

Ahora, si siguiésemos hasta la plaza de Greve, á donde va á dar esa vía populosa del barrio de San Antonio, hallaríamos entre el gentío á muchos de nuestros conocidos; pero, mientras que todos esos pobres ciudadanos, menos cuerdos que Roberto Briquet, corren allá, unos tras otros, atropellándose y dándose de codazos, nosotros, gracias al privilegio que nos dan nuestras alas de historiadores, preferimos transportarnos á la misma plaza,

Se abrieron las puertas; y al momento, caballos, burros, mujeres, niños, carros, corrieron á París á riesgo de ahogarse todos en la estrechez de los dos pilares del puente levadizo.

En un cuarto de hora pasó, por aquella vasta arteria que llamaban la calle de San Antonio, toda aquella oleada popular que desde la mañana estaba detenida alrededor de aquel dique momentáneo.

El ruido fué desapareciendo poco á poco.

El señor de Loignac montó á caballo con su gente.

Roberto Briquet, que se había quedado el último después de haber sido el primero, pasó flemáticamente la cadena del puente, diciendo:

Todas esas gentes querían ver alguna cosa, y nada han visto, ni aun de sus mismos negocios. Yo que no quería ver nada, soy el único que he visto algo. Es curioso, continuemos; pero, ¿á qué continuar? Bastante sé ya. ¿Me será muy ventajoso el ver descuartizar al señor de Salcedo? ¡No por cierto! Además, he renunciado ya á la política.

Vamos á comer; el sol señalaría las doce, si hiciese sol, ya es tiempo.

Dijo, y entró en París con su tranquila y maliciosa sonrisa.

IV.

El palco de S. M. Enrique III, en la plaza de Greve.

Ahora, si siguiésemos hasta la plaza de Greve, á donde va á dar esa vía populosa del barrio de San Antonio, hallaríamos entre el gentío á muchos de nuestros conocidos; pero, mientras que todos esos pobres ciudadanos, menos cuerdos que Roberto Briquet, corren allá, unos tras otros, atropellándose y dándose de codazos, nosotros, gracias al privilegio que nos dan nuestras alas de historiadores, preferimos transportarnos á la misma plaza,

y cuando hayamos abarcado de una ojeada todo aquel espectáculo, volveremos un instante hacia lo pasado, á fin de profundizar la causa después de haber contemplado el efecto.

Puede decirse que maese Friard tenía razón en calcular en cien mil hombres, á lo menos, el número de hombres que debían agolparse á la plaza de Greve y sus alrededores para gozar del espectáculo que allí se preparaba. Todo París se había dado cita para aquella plaza, y París es muy exacto. París no falta á una fiesta, y fiesta es, y extraordinaria, la ejecución de un hombre, cuando este hombre ha sabido suscitar tantas pasiones, que los unos le maldicen y los otros le elogian, mientras que el mayor número le compadece.

El espectador que lograba desembocar en la plaza, por el muelle cerca de la taberna de la Imágen de Nuestra Señora, ó por el mismo soportal de la plaza Beandoyer, percibía desde luego, en medio de la Greve, á los arqueros del teniente de guarnacha, Tanchou, y gran número de Suizos y caballos ligeros rodeando un pequeño cadalso levantado á una altura como de cuatro pies.

Aquel cadalso, tan bajo que sólo era visible para

los que lo rodeaban, ó para aquellos que tenían la fortuna de estar á alguna ventana, aguardaba al paciente, del cual se habían apoderado los religiosos desde la mañana, y al que, según la enérgica expresión del pueblo, estaban aguardando sus caballos para hacerle hacer el gran viaje.

En efecto, bajo un cobertizo de la primera casa después de la calle del Carnero, en la plaza, cuatro vigorosos caballos del Perche, de redondas grupas, crines blancas, pies cubiertos de pelo, manoteaban el suelo con impaciencia, y se mordían unos á otros relinchando, con gran espanto de las mujeres que habían elegido aquella plaza por su gusto, ó que habían sido arrastradas allí por la fuerza.

Aquellos caballos eran nuevos; apenas si alguna vez, por casualidad, habían soportado en su ancho lomo, en los llanos pastos de su país natal, al hijo rollizo de algún paisano, rezagado al volver de los campos cuando se pone el sol.

Pero, después del cadalso vacío, después de los caballos relinchando, lo que más constantemente fijaba las miradas del gentío, era el balcón principal de la casa de Ayuntamiento, colgado de terciopelo encarnado y oro, y del cual pendía un tapiz de

terciopelo adornado con el escudo de las armas reales.

Era porque, en efecto, aquel balcón era el palco del rey.

Daba la una y media en San-Juan-en-Grève, cuando aquel balcón, semejante al marco de una pintura se llenó de personajes que iban á colocarse en su cuadro.

Primero se presentó el rey Enrique III, pálido, casi calvo, aunque á la sazón no tenía más que treinta y cinco años, ojos hundidos en sus cárdenas órbitas, y la boca agitada por contracciones nerviosas.

Entró taciturno, con la mirada fija, majestuoso y vacilante á la vez, extraño en su traje, extraño en su andar, sombra más bien que ser viviente, espectro más bien que rey; misterio siempre incomprendible, y nunca comprendido para sus vasallos, quienes, viéndole presentarse, jamás sabían si debían gritar ¡viva el rey! ó rezar por su alma.

Enrique iba vestido de una ropilla negra con alamares del mismo color; no llevaba ninguna decoración ni pedrerías; un solo diamante brillaba

en su gorra, sirviendo de presilla á tres plumas cortas y rizadas. En su mano izquierda llevaba un falderito negro, que su cuñada María Stuardo le había enviado desde su prisión, y sobre cuya sedosa piel brillaban sus dedos finos y blancos como alabastro.

Detrás de él venía Catalina de Médicis, encorvada ya por la edad, pues la reina madre podía tener entonces de setenta á setenta y siete años; pero llevando aún la cabeza firme y derecha, lanzando, por debajo de sus cejas fruncidas por el hábito, una mirada acerada, y, á pesar de aquella mirada, siempre mate y fría como una estatua de cera bajo su vestido de eterno luto.

En la misma línea aparecía la melancólica figura de la reina Luisa de Lorena, mujer de Enrique III, compañera insignificante en apariencia, pero en realidad fiel, de su vida ruidosa é infortunada.

La reina Catalina de Médicis marchaba á un triunfo.

La reina Luisa asistía á un suplicio.

El rey Enrique trataba en ello un negocio.

Triple matiz que se leía en la frente altiva de la primera, en la frente resignada de la segunda, y

en la frente nebulosa y disgustada del tercero.

Detrás de los ilustres personajes que admiraba el pueblo, tan pálidos y tan mudos, venían dos jóvenes: el uno de veinte años apenas, el otro de veinticinco á lo sumo.

Venían cogidos del brazo, á pesar de la etiqueta que prohíbe delante de los reyes, como en las iglesias delante de Dios, que los hombres parezcan apegar-se á alguna cosa.

Aquellos jóvenes se sonreían, el menor con una tristeza inefable, el mayor con una gracia hechicera: eran bellos, grandes, eran hermanos.

El más joven se llamaba Enrique de Joyeuse, conde del Bouchage; el otro el duque Ana de Joyeuse. Aun recientemente no era conocido en la corte más que con el nombre de Arques; pero el rey Enrique, que le amaba sobre todas las cosas, le había hecho par de Francia hacia un año, erigiendo en ducado con la dignidad de par el vizcondado de Joyeuse.

El pueblo no sentía hacia aquel favorito el odio que en otro tiempo profesara á Maugirón, á Qué-lus y á Schomberg, odio que sólo de Epernon había heredado.

Por consiguiente el pueblo acogió al príncipe y á los dos hermanos con aclamaciones discretas, pero lisonjeras.

Enrique saludó al gentío con gravedad y sin sonrisa, luego bajó la cabeza hacia su falderito.

Entonces volviéndose hacia los jóvenes:

— Arrímate á la tapicería, Ana, — dijo al mayor, — no te fatigues con estar en pie, que puede que esto sea largo.

— Así lo espero, — interrumpió Catalina, — largo y bueno, señor.

— ¿Creéis que Salcedo hablará, madre mía? — preguntó Enrique.

— Espero que Dios dará esa confusión á nuestros enemigos. Digo á nuestros enemigos, porque son también vuestros enemigos, hija mía, — añadió volviéndose hacia la reina, que se puso pálida y bajó su dulce vista.

El rey meneó la cabeza en señal de duda. Luego volviéndose otra vez hacia Joyeuse y viendo que éste se mantenía en pie á pesar de su invitación:

— Veamos, Ana, — dijo, — haz lo que te he dicho; arrímate á la pared, ó apoya los codos sobre mi sillón.

— V. M. es en verdad demasiado bueno, — dijo el joven duque, — y no me aprovecharé del permiso hasta que esté realmente cansado.

— Y no aguardaremos á que lo estés, ¿no es verdad, hermano mío? — dijo muy quedo Enrique.

— Tranquilízate, — respondió Ana con los ojos más bien que con la voz.

— Hijo mío, — dijo Catalina, — ¿no veo un tumulto allí abajo en la esquina del muelle?

— ¡Qué vista tan penetrante, madre mía! En efecto, creo que tenéis razón. ¡Qué mala vista tengo!... ¡Y sin embargo aun no soy viejo!

— Señor, — interrumpió libremente Joyeuse, — ese tumulto proviene de las oleadas del pueblo sobre la plaza obligado á separarse por la compañía de los arqueros. No cabe duda, llega el paciente.

— ¡Qué lisonjero es para los reyes, — dijo Catalina, — ver descuartizar á un hombre que tiene en sus venas una gota de sangre real!

Y al decir estas palabras, fijaba su mirada sobre Luisa.

— ¡Madama, perdonadme, excludme á mí! — dijo la joven reina con una desesperación que en

vano trataba de disimular, — no, ese monstruo no es de mi familia, y vos no habéis querido decir que lo era.

— Ciertamente, no, — dijo el rey; — y estoy bien seguro de que mi madre no ha querido decir eso.

— ¡Eh! pero, — replicó con acritud Catalina, lo es de los Lorenas, y los Lorenas lo son vuestros, madama; á lo menos así lo creo. Por consiguiente ese Salcedo es pariente vuestro, y aun bastante cercano.

— Es decir, — interrumpió Joyeuse con una honrosa indignación que era el rasgo distintivo de su carácter, y que se manifestaba en cualquiera ocasión contra el que la había excitado, fuera quien fuese; — es decir que es quizá pariente del señor de Guisa; pero no de la reina de Francia.

— ¡Ah! ¿Estáis ahí, señor de Joyeuse? — dijo Catalina con indefinible altivez y devolviendo una humillación por una contrariedad. — ¡Ah! ¿Estáis ahí? no os había visto.

— Estoy aquí, no sólo por consentimiento sino por orden del rey, señora, — respondió Joyeuse interrogando á Enrique con la vista. — No es tan

recreativo el ver descuartizar á un hombre, para que yo venga á semejante espectáculo á no ser forzado á ello.

— Joyeuse tiene razón, madama, — dijo Enrique; — no se trata aquí de los Lorenas ni de Guisa, ni menos de la reina; trátase solamente de ver descuartizar á Salcedo, es decir, á un asesino que quería matar á mi hermano.

— Hoy estoy de mala suerte, — dijo Catalina, amainando de repente, que era su táctica ordinaria; — hago llorar á mi hija, y, Dios me perdone, creo que hago reír al señor de Joyeuse.

— ¡ Ah, señora! — exclamó Luisa cogiendo las manos de Catalina, — ¿ es posible que V. M. se equivoque acerca de mi dolor ?

— Y acerca de mi respeto, — añadió Ana de Joyeuse inclinándose sobre el brazo del sillón real.

— Es verdad, es verdad, replicó Catalina lanzando un último dardo al corazón de su nuera. — Debería saber lo penoso que os es, mi querida hija, el ver recorrer el velo á los complots de vuestros aliados de Lorena, y aunque no tengáis nada que ver con ellos, no por esto sufriréis menos por ese parentesco.

— ¡ Ah! en cuanto á eso, madre mía, es algo cierto, — dijo el rey tratando de poner á todos de acuerdo; — porque, en fin, esta vez sabemos á qué atenernos sobre la participación de los señores de Guisa en ese complot.

— Pero, señor, — interrumpió con más atrevimiento que hasta entonces Luisa de Lorena. — V. M. sabe bien que al llegar á ser reina de Francia dejé á mis parientes muy abajo del trono.

— ¡ Oh! — exclamó Ana de Joyeuse; — ya veis, señor, que no me equivocaba: ahí tenemos ya al paciente en la plaza. ¡ Caramba, qué figura tan fea!

— Tiene miedo, — dijo Catalina; — hablará.

— Si tiene fuerzas para ello, — dijo el rey, — ved, madre mía; su cabeza vacila como la de un cadáver.

— No me desdigo, señor, es espantoso, — dijo Joyeuse.

— ¡ Cómo quieres que sea hermoso un hombre que tiene pensamientos tan feos? ¿ No te he explicado, Ana, las relaciones secretas que hay entre el físico y el moral, como Hipócrates y Galeno las comprendían y las han explicado ellos mismos ?

— No digo que no, señor; pero yo no soy un discípulo de vuestra fuerza, y he visto algunas veces hombres muy feos que eran unos soldados muy valientes; ¿no es verdad, Enrique?

Joyeuse se volvió hacia su hermano como para llamar su aprobación en apoyo suyo; pero Enrique miraba sin ver, escuchaba sin oír, estaba absorto en una profunda meditación, por lo que fué el rey quien contestó:

— ¡Dios mío! ¡querido Ana! — exclamó, — ¿quién te dice que ese no sea valiente? Lo es; ¡par-diez! como un oso, como un lobo, como una serpiente. ¿No recuerdas sus proezas? Ha quemado en su casa á un caballero normando enemigo suyo; se ha batido diez veces, y ha matado á tres de sus adversarios; ha sido sorprendido haciendo moneda falsa y condenado á muerte por ese hecho.

— Por señas que ha sido perdonado por intervención del señor duque de Guisa, vuestro primo, hija mía, — dijo Catalina de Médicis.

Esta vez Luisa llevaba apuradas sus fuerzas; se contentó con exhalar un suspiro.

— Vamos, — dijo Joyeuse, — hé ahí una exis-

tencia bien aprovechada y que va á terminar bien pronto.

— Yo espero, señor de Joyeuse, — dijo Catalina, — que, al contrario, va á terminar lo más lentamente posible.

— Señora, — dijo Joyeuse meneando la cabeza, — veo allá debajo de aquel cobertizo unos caballos tan buenos y que me parecen tan incomodados de verse forzados á estar allí ociosos, que no creo han de hacer grande resistencia los músculos, los tendones y cartilagos del señor de Salcedo.

— Así sería, si no estuviese previsto el caso; pero mi hijo es misericordioso, — añadió Catalina con una de aquellas sonrisas que le eran peculiares, — y mandará á decir que tiren suavemente.

— Sin embargo, señora, — objetó tímidamente la reina, — os he oído decir esta mañana á la señora de Mercœur, á lo menos tal me parece, que ese desgraciado no sufriría más que dos tirones.

— Ciertamente, si él se conduce bien, — respondió Catalina; en ese caso se le despachará lo más pronto posible; pero ya comprendéis, hija mía, y yo quería, puesto que os interesáis por él, que

pudiérais hacer que le dijeran que se conduzca bien; esto á él le interesa.

— Es que, madama, — dijo la reina, — no habiéndome dado Dios la fuerza que á vos, no tengo gran ánimo para ver sufrir.

— Y bien, no miraréis, hija mía.

Luisa se calló.

El rey no había oído nada; se hacía todo ojos, porque se ocupaban en sacar al paciente del carro que le había traído para colocarle en el pequeño cadalso.

En este intermedio, los alabarderos, los arqueros y los Suizos habían hecho ensanchar considerablemente el espacio, de suerte que alrededor del cadalso había un vacío bastante grande para que todas las miradas distinguiesen á Salcedo, no obstante la poca elevación de su fúnebre pedestal.

Salcedo podía tener de treinta y cuatro á treinta y cinco años, y era fuerte y vigoroso; las facciones pálidas de su cara, por la que se deslizaban algunas gotas de sudor y de sangre, se animaban, cuando miraba en torno suyo, con una expresión indefinible, tan luego de esperanza como de angustia.

Desde luego había dirigido la vista al balcón del

rey; pero, como hubiese comprendido que en lugar de la salud era la muerte lo que de allí le venía, no se detuvo allí su vista.

De donde él esperaba era del gentío; en donde él registraba con sus ardientes ojos, y con su alma, estremeciéndose en el borde de sus labios, era en el seno de aquella borrascosa mar.

El gentío guardaba silencio.

Salcedo no era un asesino vulgar. Salcedo era, primero, de buena cuna, pues que Catalina de Médicis, que era tanto más instruida en materia de genealogía, cuanto que parecía hacer ascos de ello, había descubierto una gota de sangre real en sus venas. Además, Salcedo había sido un capitán de alguna fama. Aquella mano, ligada con una cuerda vergonzosa, había llevado valerosamente la espada; aquella cabeza lívida, en que se pintaban los terrores de la muerte que el paciente hubiera sin duda encerrado en lo más recondito de su alma, si la esperanza no ocupase en ella demasiado lugar, aquella cabeza lívida había abrigado grandes desig-
nios.

Resultaba de lo que acabamos de decir, que para muchos espectadores, Salcedo era un héroe; para

otros muchos una víctima; algunos le miraban como un asesino, pero á la muchedumbre le cuesta mucho trabajo admitir en su desprecio, en el rango de los criminales ordinarios, á aquellos que han intentado esos grandes asesinatos que registra el libro de la historia al mismo tiempo que el de la justicia.

Así, se contaba entre el gentío que Salcedo descendía de una raza de guerreros; que su padre había combatido rudamente al cardenal de Lorena, lo que le había valido una muerte gloriosa en medio de la matanza del San Bartolomé; pero que más tarde el hijo, olvidando aquella muerte, ó más bien sacrificando su odio á cierta ambición por la que siempre tienen alguna simpatía los populachos, había hecho un pacto con la España y los Guisas para aniquilar, en Flandes, la soberanía naciente del duque de Anjou, tan aborrecido de los franceses.

Citábanse sus relaciones con Baza y Balouin, autores presuntos del complot que había faltado poco para costar la vida al duque Francisco, hermano de Enrique III; citaban la destreza que había desplegado Salcedo en toda aquella causa para salvarse de la rueda, de la horca y de la hoguera sobre que

aún humeaba la sangre de sus cómplices; solo él, decían los loreneses, había sabido, con sus revelaciones falsas y llenas de artificio, engolosinar á los jueces, hasta tal punto, que, para saber más de él, el duque de Anjou, suspendiendo momentáneamente su ejecución, había mandado conducirlo á Francia, en lugar de hacerle decapitar en Amberes ó Bruselas. Verdad es que había venido á parar al mismo resultado, pero en el viaje, que era el objeto de sus revelaciones, esperaba Salcedo ser libertado por sus partidarios. Por desgracia suya, había echado las cuentas sin el señor Bellievre, el cual, encargado de aquel precioso depósito, le había sabido guardar tan bien, que ni los españoles, ni los loreneses, ni los de la Liga se habían aproximado á distancia de una legua.

En la cárcel, Salcedo había esperado; había esperado en la tortura; en la carreta, había esperado aún; en el cadalso, seguía esperando. No porque le faltase valor ó resignación; pero era de esas criaturas vivaces que se defienden hasta el último aliento con esa tenacidad y ese vigor que no siempre alcanza la fuerza humana en los espíritus de un valor secundario.

El rey no perdía, más que el pueblo, aquel pensamiento incesante de Salcedo.

Catalina, por su parte, estudiaba con ansiedad hasta el menor movimiento del desgraciado joven; pero estaba muy lejos para seguir la dirección de sus miradas y notar su juego continuo.

A la llegada del paciente, se habían levantado, como por encanto, en el gentío gradas de hombres, mujeres y niños; cada vez que aparecía una cabeza nueva por encima de aquel nivel movable, pero medido ya por el vigilante ojo de Salcedo, lo analizaba todo en un examen de un segundo que equivalía al examen de una hora á aquella organización excitada, en quien el tiempo, que era para él tan precioso, decuplicaba ó más bien centuplicaba las facultades.

Luego, después de aquella ojeada, de aquel rayo lanzado sobre el rostro desconocido y nuevo, Salcedo quedaba triste, y volvía á otra parte su atención.

Entretanto el verdugo había comenzado á apoderarse de él, y le ataba por medio del cuerpo al centro del cadalso.

Ya, á una señal de maese Tanchou, que mandaba

la ejecución, dos arqueros, penetrando por entre el gentío, habían ido á buscar los caballos.

En otras circunstancias, ó en otra situación, no habrían podido los arqueros dar un paso por entre aquella masa compacta, pero el gentío sabía lo que iban á hacer los arqueros, y se estrechaba y abría paso, como en un teatro se abre siempre paso á los actores encargados de papeles importantes.

En aquel momento se sintió algún ruido á la puerta del balcón real, y el ujier, levantando las cortinas, advirtió á SS. MM. que el presidente Brisson y cuatro oidores, uno de los cuales era el relator de la causa, deseaban tener el honor de conversar un instante con el rey respecto de la ejecución.

— ¡ Admirable ! — dijo el rey.

Luego, volviéndose hacia Catalina :

— Y bien, madre mía, — continuó, — vais á quedar satisfecha.

Catalina hizo un ligero movimiento de cabeza en señal de aprobación.

— Mandad entrar á esos señores, — dijo el rey.

— Señor, una gracia, — dijo Joyeuse.

— Habla, Joyeuse, — respondió el rey, — y como no sea la del reo...

— Tranquilizaos, señor.

— Ya escucho.

— Señor, hay una cosa que ofende de un modo particular la vista de mi hermano y sobre todo la mía; y son las togas encarnadas y negras. Dignese V. M. permitirnos que nos retiremos.

— ¡Cómo! ¿Tan poco os interesáis, señor de Joyeuse, en mis negocios, que solicitáis retiraros en semejante momento? — exclamó el rey.

— No creáis eso, señor; todo lo que concierne á V. M. es de un profundo interés para mí; pero soy de una organización miserable, y, en este punto, la mujer más débil es más fuerte que yo. No puedo ver una ejecución sin ponerme enfermo para ocho días, y como no hay más que yo que ría en la corte desde que mi hermano, no sé por qué, no se ríe, juzgad lo que va á ser de ese pobre Louvre, tan triste ya, si me ocurre hacerlo aún más triste. Así, por favor, señor...

— ¡Tú quieres dejarme, Ana! — dijo el rey con un acento de indefinible tristeza.

— ¡Caramba! señor, sois exigente; una ejecución en la plaza de Greve, es decir, la venganza y el espectáculo á la vez, ¿y qué espectáculo? un

espectáculo del que vos, al contrario que yo, sois el más curioso; la venganza y el espectáculo no os bastan, y necesitáis gozar al mismo tiempo de la debilidad de vuestros amigos.

— Quédate, Joyeuse, quédate; ya verás cómo es interesante.

— No lo dudo; aun temo, como he dicho á V. M., que el interés llegue hasta un punto tal en que yo no pueda sostenerlo. Así me permitis, ¿no es verdad?

Y Joyeuse hizo un movimiento hacia la puerta.

— Vamos, — dijo Enrique III suspirando, — haz lo que gustes, mi destino es vivir solo.

Y el rey se volvió, con la frente arrugada, hacia su madre, temiendo que hubiese oído el coloquio que acababa de pasar entre él y su favorito.

Catalina tenía el oído tan fino como la vista; pero cuando no quería oír, no había oído más sordo que el suyo.

En aquel intermedio, Joyeuse se había inclinado al oído de su hermano y le había dicho:

— ¡Alerta! ¡alerta, del Bouchage! mientras que entran esos odores, deslízate por detrás de

sus largas togas, y escapemos; el rey dice sí ahora, y dentro de cinco minutos dirá no.

— ¡ Gracias, gracias, hermano mío ! respondió el joven. — Estaba como tú, impaciente por marchar.

— Vamos, vamos, ahí tienes á los cuervos que llegan; desaparece, tierno rui señor.

En efecto, por detrás de los oidores se vió huir á los dos jóvenes como dos sombras, volviendo á caer, así que pasaron, las pesadas cortinas.

Cuando el rey volvió la cabeza, habían desaparecido ya.

Enrique lanzó un suspiro y besó su falderito.

V.

El suplicio.

Los oidores se mantenían en el fondo del balcón del rey, en pie y silenciosos, aguardando á que S. M. les dirigiese la palabra.

El rey se hizo esperar un instante; luego, volviéndose hacia ellos:

— Y bien, señores, ¿ qué hay de nuevo ? — preguntó. — Buenos días, señor presidente Brisson.

— Señor, — respondió el presidente con su dignidad fácil á que en la corte llamaban su urba-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sus largas togas, y escapemos; el rey dice sí ahora, y dentro de cinco minutos dirá no.

— ¡ Gracias, gracias, hermano mío ! respondió el joven. — Estaba como tú, impaciente por marchar.

— Vamos, vamos, ahí tienes á los cuervos que llegan; desaparece, tierno ruiaseñor.

En efecto, por detrás de los oidores se vió huir á los dos jóvenes como dos sombras, volviendo á caer, así que pasaron, las pesadas cortinas.

Cuando el rey volvió la cabeza, habían desaparecido ya.

Enrique lanzó un suspiro y besó su falderito.

V.

El suplicio.

Los oidores se mantenían en el fondo del balcón del rey, en pie y silenciosos, aguardando á que S. M. les dirigiese la palabra.

El rey se hizo esperar un instante; luego, volviéndose hacia ellos:

— Y bien, señores, ¿ qué hay de nuevo ? — preguntó. — Buenos días, señor presidente Brisson.

— Señor, — respondió el presidente con su dignidad fácil á que en la corte llamaban su urba-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

nidad de hugonote, — venimos á suplicar á V. M., como lo ha deseado el señor de Thou, que perdonéis la vida al culpable. Tiene sin duda algunas revelaciones que hacer, y prometiéndole la vida las hará.

— Pero, — dijo el rey, — ¿no las ha hecho ya, señor presidente?

— Sí, señor, en parte; ¿son suficientes para V. M.?

— Yo sé lo que sé, señor.

— Entonces V. M. sabe á qué atenerse sobre la participación de la España en este asunto.

— De la España, sí, señor presidente, y aun de otras muchas potencias.

— Sería importante comprobar esa participación, señor.

— Así, — interrumpió Catalina, — el rey tiene intención de sobreeser en la ejecución, si el culpable firma una confesión análoga á sus declaraciones ante el juez que le ha hecho aplicar el tormento.

Brisson interrogó al rey con la vista y con el gesto.

— Es mi intención, — dijo Enrique, — y no la

oculto por más tiempo; vos, señor Brisson, podéis asegurarnos de ella, haciendo hablar al paciente por medio de vuestro teniente.

— ¿No tiene V. M. nada más que encargarme?

— Nada. Pero nada de variación en las confesiones, ó retiro mi palabra. Son públicas y deben ser completas.

— Sí, señor, ¿con los nombres de los personajes comprometidos?

— ¿Con los nombres, con todos los nombres!

— ¿Aun cuando esos nombres se manchen por la confesión del paciente con la nota de alta traición é insurrección contra el primer jefe!

— ¿Aun cuando esos nombres fuesen los de mis parientes más cercanos! — dijo el rey.

— Se hará como V. M. lo ordena.

— Me explico claro, señor Brisson. Así, pues, no haya tergiversaciones, que se presente al paciente papel, tinta y plumas: que escriba su confesión, mostrando al público que implora nuestra misericordia, y se pone á nuestra disposición, y después veremos.

— ¿Pero puedo prometer?

— ¿Eh! sí, prometed siempre.

— Vamos, señores, — dijo el presidente despidiendo á los oidores.

Y, habiendo saludado al rey respetuosamente, salió detrás de ellos.

— Hablará, señor, — dijo Luisa de Lorena, temblando, — hablará, y V. M. hará gracia. Ved cómo nada la espuma sobre sus labios.

— No, no, anda buscando, — dijo Catalina, — anda buscando, y no es otra cosa. ¿Qué buscará?

— ¡Pardiez! respondió Enrique, — no es difícil de adivinar; busca al duque de Parma, al duque de Guisa; busca á mi hermano el rey catolísimo. Si, busca! busca! aguarda, ve! ¿crees tú que la plaza de Greve es un lugar más cómodo para las emboscadas que el camino de Flandes? ¿crees tú que no tengo yo aquí cien Bellievres para impedirte que bajes del cadalso á que te ha conducido uno solo?

Saleado había visto á los arqueros partir en busca de los caballos. Había percibido al presidente y los oidores en el balcón del rey, y luego había visto desaparecer: comprendió que el rey había dado la orden del suplicio.

Entonces fué cuando pareció sobre su boca lívida

aquella sangrienta espuma observada por la joven reina: el desgraciado, en la mortal impaciencia que le devoraba, se mordía los labios hasta hacerse sangre.

— ¡Ninguno! ¡ninguno! — murmuraba. — ¡Ni uno siquiera de los que me habían prometido socorro! ¡Cobardes! ¡cobardes! ¡cobardes!...

El teniente Tanchón se acercó al cadalso y dirigiéndose al verdugo:

— Prepárese usted, ejecutor, — dijo.

El verdugo hizo una seña al otro extremo de la plaza, y se vió á los caballos, rompiendo por entre el gentío, dejar detrás de ellos un tumultuoso sulco, que, parecido al del mar, se volvió á cerrar al punto.

Aquel sulco lo producían los espectadores que hacía retirarse ó derrribaba el rápido paso de los caballos; pero la muralla demolida se volvía á levantar al momento, y á veces los primeros quedaban los últimos, y *viceversa*, porque los fuertes se lanzaban en el espacio vacío.

Entonces se pudo ver, en la esquina de la calle de la Vannerie, al pasar por allí los caballos, á un hermoso joven conocido nuestro, saltar del recantón

á que había subido, empujado por un muchacho que apenas parecía tener de quince á diez y seis años, y que parecía muy ardiente con aquel terrible espectáculo.

Eran el misterioso paje y el vizconde Ernauton de Carmainges.

— ¡ Eh ! ; Presto, presto ! — dijo el paje al oído de su compañero, — arrojaos por ese hueco, no hay que perder un instante !

— ¡ Pero nos van á ahogar ! respondió Ernauton, — ¡ estáis loco, amiguito mio ?

— ¡ Quiero ver, ver de cerca ! — dijo el paje con un tono tan imperioso, que era fácil de ver que aquella orden salía de una boca habituada á mandar.

Ernauton obedeció.

— ¡ Seguid tras los caballos, seguid tras los caballos ! — dijo el paje, — ¡ no os separéis de ellos un palmo, ó de lo contrario no llegamos !

— Pero antes que lleguemos, os van á hacer añicos.

— No os cuidéis de mí. ¡ Adelante, adelante !

— Los caballos van á cocear.

— Agarraos á la cola del último; nunca cocea un caballo, teniéndole de esa suerte.

Ernauton sufría, á pesar suyo, la influencia extraña de aquel muchacho; obedeció, agarróse á la cola del caballo, mientras que el paje, por su parte, se agarraba á su cinturón.

Y en medio de aquella multitud ondulante como una mar, espinosa como un zarzal, dejando acá un paño de su capa, allá un fragmento de su ropilla, acullá la gorguera de su camisa, llegaron al mismo tiempo que los caballos á tres pasos del cadalso en que se retorció Salcedo, en las convulsiones de su desesperación.

— ¡ Hemos llegado ? — murmuró el joven sofocado y sin aliento cuando sintió á Ernauton detenerse.

— Sí, — respondió el vizconde, — felizmente, porque se me acababan las fuerzas.

— No veo nada.

— Pasad delante de mí.

— No, no; todavía no... ¡ Qué están haciendo ?

— Nudos corredizos al extremo de las cuerdas.

— Y él ¡ qué hace ?

— ¡ Quién ?

— El paciente.

— Sus ojos giran en torno de él como las del buitre que avizora.

Los caballos estaban bastante cerca del cadalso para que los criados del ejecutor atasen á los pies y muñecas de Salcedo los tirantes fijados á sus collares.

Salcedo dió un rugido al sentir alrededor de sus tobillos el áspero contacto de las cuerdas, que un nudo corredizo apretaba contra su carne.

Entonces dirigió una mirada suprema, indefinible, á toda aquella inmensa plaza cuyos cien mil espectadores abarcaba él en el círculo de su rayo visual.

— Señor, — le dijo con urbanidad el teniente Tanchón, — ¿queréis hablar al pueblo antes que procedamos?

Y se acercó al oído del paciente para decirle quedito:

— Una buena confesión... para salvar la vida.

Salcedo le miró hasta el fondo del alma.

Aquella mirada era tan elocuente, que pareció arrancar la verdad del corazón de Tanchón hacién-

dola subir hasta sus ojos en que se puso de mani-fiesto.

Salcedo no se engañó; comprendió que el teniente era sincero y cumpliría lo que prometía.

— Ya veis, — continuó Tanchón, — como os abandonan; no os queda más esperanza en este mundo que la que yo os ofrezco.

— ¡Y bien! — respondió Salcedo con un ronco suspiro. — Haced que callen; estoy pronto á hablar.

— Lo que el rey exige es una confesión escrita y firmada.

— Entonces desatadme las manos y dadme una pluma; voy á escribir.

— ¿Vuestra confesión?

— Mi confesión.

Tanchón, fuera de sí de gozo, no tuvo que hacer más que una seña, pues estaba previsto el caso. Un arquero tenía todas las cosas prevenidas, le pasaron el tintero, las plumas y el papel, que Tanchón puso sobre el mismo tablado del cadalso.

Al mismo tiempo aflojaron como en unos tres pies la cuerda que sujetaba la muñeca derecha de

Salcedo, y le levantaron sobre el tablado para que pudiese escribir.

Sentado, en fin, Salcedo comenzó por respirar con fuerza y por hacer uso de su mano para tratar de enjugar sus labios y levantar sus cabellos que caían empapados en sudor sobre sus cejas.

— Vamos, vamos, — dijo Tanchón, — poneos á gusto, y escribid bien todo.

— ¡ Oh ! No tengáis miedo, — respondió Salcedo alargando su mano hacia la pluma, — perded cuidado, no olvidaré á los que me han olvidado á mi.

Y al decir esto, aventuró una última mirada.

Sin duda había llegado para el paje el momento de mostrarse, porque cogiendo las manos de Ernauton :

— Señor, — le dijo, — por favor, tomadme en vuestros brazos y levantadme por encima de las cabezas que me impiden ver.

— ¡ Ah, también eso ! En verdad que sois insaciable, joven.

— Hacedme este otro servicio, caballero.

— Vos abusáis.

— Es preciso que yo vea al paciente, ¿ entendéis ? es preciso que yo le vea.

Luego, como Ernauton no respondiese con bastante prontitud á la insinuación :

— ¡ Por piedad, caballero, por favor, — le dijo, — os lo suplico !

El muchacho no era ya un tirano fantástico, sino un suplicante irresistible.

Por consiguiente la cabeza del paje dominó á las otras cabezas.

Salcedo acababa precisamente de coger la pluma terminando su revista circular.

Vió aquella cara del joven y quedó estupefacto.

En aquel momento los dos dedos del paje se apoyaron sobre sus labios. Un gozo indecible asomó al punto al rostro del paciente. Hubiérase dicho que era la embriaguez del Rico avariento cuando Lázaro deja caer una gota de agua sobre su lengua árida.

Acababa de reconocer la seña que aguardaba con impaciencia y que le anunciaba socorros.

Salcedo, después de una contemplación de algunos segundos, se apoderó del papel que le presen-

taba Tanchón inquieto por su perplejidad, y se puso á escribir con una actividad febril.

— Está escribiendo, está escribiendo, — murmuró el gentío.

— Está escribiendo, — repitió la reina madre con manifiesto gozo.

— Está escribiendo, — dijo el rey. — Por Dios que le he de perdonar.

De súbito interrumpióse Salcedo para mirar aún al joven. Este repitió el mismo signo, y Salcedo se puso de nuevo á escribir.

Luego, al cabo de un intervalo bastante corto, se volvió á interrumpir para mirar de nuevo.

Esta vez el paje hizo una señal con los dedos y la cabeza.

— ¿Habéis acabado? — preguntó Tanchón, que no perdía de vista el papel.

— Sí, — respondió maquinalmente Salcedo.

— Entonces firmad.

Salcedo firmó sin dirigir al papel la vista, pues la tenía clavada en el joven.

Tanchón alargó la mano hacia la confesión.

— ¡Al rey, al rey solo! — dijo Salcedo.

Y le entregó el papel, pero con perplejidad y como

un soldado vencido que entrega su última arma.

— Si lo habéis confesado todo claramente, — dijo Tanchón, — estáis salvado, señor de Salcedo.

* Una sonrisa mezclada de ironía é inquietud asomó á los labios del paciente, que parecía interrogar con ansia á su misterioso interlocutor.

En fin, Ernautón, fatigado, quiso posar su incómoda carga, abrió los brazos, y el paje se deslizó hasta el suelo.

Con él desapareció la visión que había sostenido al paciente.

Quando Salcedo no le vió ya, le buscó con la vista, y luego, como extraviado:

— ¡Y bien! gritó, — ¡y bien!

Nadie le respondió.

— ¡Eh! ¡Pronto, pronto! ¡Daos prisa! —

dijo: — El rey tiene el papel y va á leer.

Nadie se movió.

El rey desplegabá vivamente la confesión.

— ¡Oh, mal rayo! — exclamó Salcedo, — ¿se habrán burlado de mí? Sin embargo, la he reconocido bien. ¡Era ella, era ella!

Apenas el rey hubo recorrido las primeras líneas,

pareció llenarse de indignación. Luego se puso pálido y exclamó:

— ¡ Miserable ! ¡ Malvado !

— ¿ Qué hay, hijo mío ? — preguntó Catalina.

— Que se retracta, madre mía; que pretende no haber confesado nada nunca.

— ¿ Y luego ?

— Luego, declara inocentes y extraños á todos los complós á los señores de Guisa.

— En realidad, — murmuró Catalina, — si fuese cierto.

— ¡ Miente ! — exclamó el rey; — ¡ miente como un pagano !

— ¿ Qué sabéis, hijo mío ? Quizá hayan calumniado á los señores de Guisa. Puede que los jueces, llevados de su excesivo celo, hayan interpretado mal sus declaraciones.

— ¡ Eh, señora ! — exclamó Enrique no pudiendo dominarse por más tiempo, — lo he oído yo todo.

— ¿ Vos, hijo mío ?

— Sí, yo.

— ¿ Y cuándo, si tenéis á bien decírmelo ?

— Cuando el culpable ha sufrido el tormento,

estaba yo detrás de una cortina; no he perdido una sola de sus palabras, y cada una de ellas me entraba en la cabeza como un clavo á martillazos.

— Y bien; hacidle hablar con el tormento, puesto que necesita el tormento; ordenad que tiren los caballos.

Enrique, arrebatado por la cólera, levantó la mano.

El teniente Tanchón repitió aquella señal.

Ya las cuerdas habían sido atadas de nuevo á los cuatro miembros del paciente; cuatro hombres saltaron sobre los cuatro caballos: resonaron cuatro latigazos, y los cuatro caballos se lanzaron en direcciones opuestas.

Un horrible crujido y un grito horrible salieron á la vez del tablado del cadalso. Se vió amoratarse los miembros del desventurado Salcedo, estirarse é inyectarse de sangre: su cara no era ya la de una criatura humana; era la máscara de un demonio.

— ¡ Ah ! ¡ Traición ! ¡ traición ! — gritó. — ¡ Quiero hablar ! ¡ quiero hablar, quiero declararlo todo ! ¡ Ah ! maldita duq...

La voz dominaba los relinchos de los caballos y los rumores de la multitud; pero se apagó de repente.

— ¡ Detened, detened ! — gritó Catalina.

Era demasiado tarde. La cabeza de Salcedo, hacia poco tiesa por el padecimiento y el furor, volvió á caer de súbito sobre las tablas.

— Dejadle hablar, — vociferó la reina madre. — ¡ Detened, detened !

Los ojos de Salcedo se habían dilatado desmesuradamente, y estaban fijos, y mirando con obstinación al grupo en que había aparecido el paje. Tanchón seguía hábilmente su dirección.

Pero Salcedo no podía hablar ya, estaba muerto.

Tanchón dió en voz baja algunas órdenes á sus arqueros que se pusieron á registrar entre el gentío en la dirección indicada por las miradas deladoras de Salcedo.

— Soy descubierto, — dijo el joven paje al oído de Ernauton; por piedad, ayudadme, socorredme, caballero, ¡ que vienen ! ¡ que vienen !

— Pero ¿ qué es lo que queréis todavía ?

— ¡ Huir ! ¿ no veis que me buscan á mí ?

— Pero entonces ¿ quién sois ?

— ¡ Una mujer... salvadme ! ¡ protegedme !

Ernauton palideció; pero la generosidad triunfó del asombro y del temor.

Colocó delante de sí á su protegida, le abrió paso á grandes golpes con el pomo de su daga, y la llevó hasta la esquina de la calle del Carnero, hacia una puerta abierta.

El joven paje se lanzó y desapareció por aquella puerta que parecía le aguardaba y que se cerró tras él.

No había siquiera tenido tiempo para preguntarle su nombre ni en dónde le hallaría.

Pero al desaparecer, el joven paje, como si hubiese adivinado su pensamiento, le había hecho una seña llena de promesas.

Libre entonces Ernauton se volvió hacia el centro de la plaza, y abareó de una ojeada el cadalso y el balcón del rey.

Salcedo estaba tendido tieso y livido sobre el cadalso.

Catalina estaba en pie, livida y estremeciéndose de ira en el balcón.

— Hijo mío, — dijo al fin, limpiando el sudor de su frente, — hijo mío, hariais muy bien en cambiar de verdugo, ¿ es de la Liga !...

— ¿ Y en qué lo conocéis, madre mía ?

— ¡ Mirad, mirad !

— Y bien; ya miro.

— Salcedo no ha sufrido más que un tirón, y ha muerto.

— Porque era muy sensible al dolor.

— ¡ No tal! ¡ no tal! — dijo Catalina con una sonrisa de desprecio arrancada por la poca perspicacia de su hijo. — Porque ha sido estrangulado por debajo del cadalso con una cuerda fina, en el momento en que iba á acusar á los que le dejaban morir. Mandad que un médico docto examine el cadáver, y estoy segura que hallaréis alrededor de su cuello el círculo que ha dejado en él la cuerda.

— Tenéis razón, — dijo Enrique cuyos ojos se animaron un instante, — mi primo de Guisa está mejor servido que yo.

— ¡ Chut! chut, hijo mío! — dijo Catalina. — Nada de ruido; se mofarían de nosotros, porque aun esta vez es partida perdida.

— Razón ha tenido Joyeuse en ir á divertirse á otra parte, — dijo el rey, — ya no puede uno contar con nada en este mundo, ni aun con los cadalsos. ¡ Marchemos, madamas, marchemos!

Los dos Joyeuse.

Los señores de Joyeuse se habían escabullido, como hemos visto, durante aquella escena por las espaldas de las casas consistoriales, y dejando en los coches del rey sus lacayos que los aguardaban con dos caballos, marchaban pareados por las calles de aquel barrio populoso, que ese día se hallaban desiertas, tan voraz de espectadores había sido la plaza de Greve.

Una vez fuera, se habían cogido del brazo, pero marchaban sin dirigirse la palabra.

Enrique, tan alegre no hacía mucho, estaba preocupado y casi sombrío.

Aun parecía inquieto y como embarazado por el silencio de su hermano.

El fué quien rompió primero el silencio.

— Y bien, Enrique, — preguntó, — ¿ adónde me llevas ?

— Yo no te llevo, hermano mío ; yo no hago más que andar, — respondió Enrique, como si despertase sobresaltado.

— ¿ Deseas ir á alguna parte, hermano mío ?

— ¿ Y tú ?

Enrique sonrió tristemente.

— ¡ Oh ! Á mi, — dijo, — poco me importa á dónde voy.

— Sin embargo, tú vas á alguna parte esta noche, — dijo Ana, — porque todas las noches sales y no entras hasta bastante tarde, y á veces hasta para no volver absolutamente.

— ¿ Me interrogáis, hermano mío ? — preguntó Enrique con encantadora dulzura mezclada de cierto respeto hacia su hermano mayor.

— ¡ Yo interrogarte ! — dijo Ana. — ¡ Dios me libre ! Los secretos son de quienes los guardan.

— Cuando tú lo desees, querido hermano, — replicó Enrique, — no tendré secretos para ti ; bien lo sabes.

— ¿ No tendrás secretos para mí, Enrique ?

— Jamás, ¿ no eres á la vez mi señor y mi amigo ?

— ¡ Diantre ! Yo creía que tú tenías, conmigo que no soy más que un pobre lego, á nuestro sabio hermano, á esa columna de la teología, á esa antoreha de la religión, á ese docto arquitecto de casos de conciencia de la corte, que será cardenal un día ; que te confiabas á él, y que hallabas á la vez confesión, absolución y ¿ quién sabe ?... y consejo ; porque, en nuestra familia, — añadió Ana sonriendo, — hay gente para todo, como tú sabes ; testigo nuestro amado padre.

Enrique del Bouchage cogió la mano de su hermano, y se la apretó afectuosamente.

— Tú eres para mí más que director, más que confesor y más que padre, mi querido Ana, — dijo, — te repito que eres mi amigo.

— Entonces, amigo mío, ¿ por qué de alegre que estabas te he visto ponerte poco á poco triste ? y ¿ por qué en lugar de salir, no sales ahora más que por la noche ?

— Querido hermano, yo no estoy triste, — respondió Enrique sonriendo.

— ¿Entonces qué tienes?

— Estoy enamorado.

— ¡ Bueno! ¿ y esa preocupación?

— ¡ Nace de que pienso sin cesar en mi amor!

— ¿ Y suspiras al decirme eso?

— Sí.

— Tú suspiras, Enrique, tú, conde del Bouchage, tú el hermano de Joyeuse, tú á quien malas lenguas llaman el tercer rey de Francia: Tú sabes que el señor de Guisa es el segundo, si en todo caso no es el primero. ¡ Tú que eres rico, que eres hermoso, que serás par de Francia, como yo, en la primera ocasión que yo halle, tú estás enamorado! Tú estás pensativo y suspiras, tú que has tomado por divisa:

Hilariter (alegremente)!

— Mi querido Ana, todos esos dones del pasado, ó todas esas promesas del porvenir, no las he contado nunca en el rango de las cosas que debían hacer mi felicidad. Yo no tengo ambición.

— Es decir, que ya no la tienes.

— Ó á los menos, ya no ambiciono las cosas de que me hablas.

— En este momento, tal vez; pero más tarde ya volverás á ellas.

— Jamás, hermano mío. Nada deseo, no quiero nada.

— Y haces mal, querido hermano. Cuando uno se llama Joyeuse, es decir, cuando uno lleva uno de los más bellos nombres de Francia; cuando uno tiene á su hermano favorito del rey, lo desca todo... lo quiere todo... y lo obtiene todo...

Enrique bajó melancólicamente la cabeza y sacudió su rubia cabellera.

— Vamos, — dijo Ana, — ya estamos bien solos, bien extraviados. ¡ El diablo me llève si no hemos pasado el río, tanto que estamos en el puente de la Tournelle, y eso, siu que lo notásemos! No creo que en esta solitaria plaza, con esta fría brisa, cerca de esta agua verde, venga ninguno á escucharnos. ¿ Tienes algo serio que decirme, Enrique?

— Nada, nada más sino que estoy enamorado, y eso ya lo sabes, puesto que acabo de decirtelo.

— Pero, ¡ qué diablo! ¡ eso no es formal! — dijo Ana dando una patada en el suelo. — ¡ También yo estoy enamorado, por vida mía!

- No como yo, querido hermano.
- También yo pienso algunas veces en mi querida.
- Sí, pero no siempre.
- También yo tengo contrariedades, y aun pesares.
- Sí, pero también satisfacciones, porque eres amado.
- ¡ Oh ! Tengo grandes obstáculos ; se exigen de mí grandes misterios.
- ¿ Exigen ? ¿ Has dicho exigen, hermano mío ? Si tu querida exige, también es tuya.
- Sin duda que es mía, es decir mía y del señor de Mayenné ; porque, confianza por confianza, Enrique, tengo precisamente el cortejo de ese lascivo Mayenne, una muchacha loca por mí, que dejaría á Mayenne, si no temiese que él la matase, pues bien sabes que es su costumbre matar á las mujeres. Por otra parte, yo detesto á esos Guisas, y me agrada... divertirme á costa de uno de ellos. Y bien, te digo y repito, que á veces tengo contrariedades, querellas, pero no por eso me pongo sombrío como un cartujo ; no tengo los ojos hinchados ; sigo riendo, si no siempre, á lo menos de

- vez en cuando. Vamos, dime á quién amas, Enrique. Á lo menos, ¡ es hermoso tu cortejo !
- ¡ Ay, querido hermano, no es mi cortejo !
- ¡ Es bella !
- ¡ Demasiado !
- Su nombre.
- No lo sé.
- ¡ Bah !
- Palabra de honor.
- Amigo mío, principio á creer que es aún más peligroso de lo que yo creía. ¡ Eso no es tristeza, á fe mía ! ¡ es locura !
- No me ha hablado más que una vez, ó más bien, no ha hablado más que una sola vez delante de mí, y desde entonces no he vuelto á oír el metal de su voz.
- ¿ Y tú no te has informado ?
- ¿ De quién ?
- ¿ Cómo de quién ? De sus vecinos.
- Habita en una casa sola, y nadie la conoce.
- ¿ Pero entonces es una sombra ?
- Es una mujer, grande y bella como una ninfa, seria y grave como el arcángel Gabriel.

— ¿Cómo la has conocido? ¿en dónde la has encontrado?

— Un día, seguía yo los pasos de una joven en la encrucijada de la Gypcienne, entré en el jardín que está unido á la iglesia; hay allí un banco bajo unos árboles. ¿Has entrado alguna vez en aquel jardín?

— Nunca; pero no importa, continúa: hay allí un banco bajo unos árboles, ¿luego?...

— La sombra principiaba á condensarse; perdí de vista á la joven, y buscándola llegué á aquel banco.

— Sigue, sigue, ya te escucho.

— Acababa de entrever de aquel lado un vestido de mujer; alargué la mano.

— Perdone usted, caballero, me dijo de súbito la voz de un hombre que yo no había percibido: «Perdone usted.» Y la mano de aquel hombre me separó suavemente, pero con firmeza.

— ¿Y osó tocarte, Joyeuse?

— Escucha; aquel hombre tenía la cara oculta en una especie de capucha; le tomé por un fraile, y además me impuso silencio con el tono afectuoso y atento de su advertencia, porque, al mismo tiem-

po que me hablaba, me mostraba con el dedo, á diez pasos, la mujer cuyo vestido blanco me había atraído hacia aquel lado, y que acababa de arrodillarse delante de un banco de piedra, como si fuese un altar.

Yo me detuve, hermano mío; esa aventura me sucedió hacia principios de Septiembre; corría un aire cálido; las violetas y las rosas que los fieles hacen crecer sobre las tumbas de aquel recinto, me enviaban sus delicados aromas; la Luna desgarraba una nube blanquecina por detrás del cimbanillo de la iglesia, y los vidrios principiaban á argentarse en su cima, mientras que se doraban al pie con el reflejo de los cirios encendidos. Amigo mío, fuese majestad del lugar, ó bien dignidad personal, aquella mujer arrodillada resplandecía para mí en las tinieblas como una estatua de mármol, y como si ella misma fuese en realidad de mármol. Me imprimió no sé qué respeto que me heló el corazón.

Yo la miraba con avidez. Ella se inclinó sobre el banco, lo cubrió con los brazos, pegó á él sus labios y vi al punto ondular sus hombros bajo el esfuerzo de sus suspiros y sollozos. ¡Jamás has oído

acentos semejantes, hermano mío, jamás acerado hierro ha desgarrado tan dolorosamente un corazón!

Derramando lágrimas, besaba la piedra con una embriaguez que me ha perdido; sus lágrimas me han enternecido, sus besos me han vuelto loco.

— La que estaba loca era ella, ¡ por vida mía! — dijo Joyeuse. — ¿ Acaso se besa una piedra así? ¿ se solloza de ese modo por nada?

— ¡ Oh! Lo que le hacía sollozar era un gran dolor; lo que le hacía besar la piedra era un amor profundo; pero, ¿ á quién amaba? ¿ á quién lloraba? ¿ por quién oraba? No lo sé.

— ¿ Pero no has preguntado á aquel hombre?

— Sí tal.

— ¿ Y qué te ha respondido?

— Que había perdido á su marido.

— ¿ Se llora acaso á un marido de ese modo? —

dijo Joyeuse. — ¡ Pardiez que me agrada la respuesta! ¿ y te diste por satisfecho con ella?

— Preciso ha sido, puesto que no ha querido darme otra.

— Pero aquel mismo hombre ¿ quién era?

— Una especie de criado que habita con ella.

— ¿ Su nombre?

— Ha rehusado decírmelo.

— ¿ Es joven? ¿ viejo?

— Puede tener de veintiocho á treinta años.

— Veamos, y luego... no se ha quedado á orar y llorar toda la noche, ¿ no es verdad?

— No, cuando hubo acabado de llorar, es decir, cuando hubo agotado sus lágrimas, y gastado sus labios sobre el banco, se levantó, hermano mío; había en aquella mujer tal misterio de tristeza, que en lugar de adelantarme hacia ella, como lo hubiera hecho con cualquiera otra mujer, retrocedí. Entonces vino hacia mí, ó más bien por mi lado, porque ni siquiera me veía: en aquel momento un rayo de luna inundó su rostro, y me pareció iluminado, espléndido: había vuelto á tomar su melancólica severidad: ya no había en él nada de contracción, ningún estremecimiento, nada de lágrimas, á no ser el húmedo surco que habían formado. Sólo sus ojos brillaban aún. Su boca se entreabría con dulzura para respirar la vida que, un instante, había parecido pronta á abandonarla; dió algunos pasos con blanda languidez, como los que marchan en sueños: entonces el hombre corrió

á ella y la guió, porque parecía haber olvidado que marchaba sobre la tierra. ¡Oh! hermano mío, ¡qué imponente belleza, qué sobrehumano poder! Jamás he visto nada sobre la tierra que se le asemeje: sólo algunas veces, en mis sueños, cuando se abría el cielo, había visto bajar de él visiones parecidas á aquella realidad!

— ¡Después, Enrique, después?... — preguntó Ana, interesándose á su pesar en la relación de que al principio había tenido intención de reirse.

— ¡Oh! Bien pronto voy á concluir, hermano mío. Su criado le dijo algunas palabras en voz baja, entonces ella echó su velo. Sin duda le decía que estaba yo allí, pero ella ni aun miró hacia mí lado; echó su velo, y yo no la he visto más, hermano. Parecióme que acababa de obscurecerse el cielo, y que no era ya una criatura viviente, sino una sombra salida de las tumbas que se deslizaba silenciosa delante de mí por entre las crecidas hierbas.

Salió de aquel recinto y la seguí.

De vez en cuando el hombre se volvía y podía verme, porque no me ocultaba, tan aturdido estaba yo; ¿qué quieres? aun conservaba los antiguos há-

bitos vulgares en el espíritu, la antigua levadura grosera en el corazón.

— ¿Qué quieres decir, Enrique? — preguntó Ana, — no te comprendo.

El joven sonrió.

— Quiero decir, hermano mío, — respondió, — que mi juventud ha sido bulliciosa, que he creído amar á menudo, y que para mí todas las mujeres hasta aquel momento habían sido mujeres á quienes podía ofrecer mi corazón.

— ¡Oh! ¡oh! ¿quién es, pues, esa mujer? — replicó Joyeuse tratando de recobrar su jovialidad algún tanto alterada por la confidencia de su hermano. — ¡Cuidado, Enrique! Tú te extravías; ¿no es una mujer de carne y hueso?

— Hermano mío, — dijo el joven apretando la mano de Joyeuse febrilmente, y en voz tan baja que apenas llegaba al oído de su hermano mayor, — tan cierto como Dios me oye, que no sé si es una criatura de este mundo.

— ¡Voto al chápiro, — respondió el hermano, — que me causarías miedo, si un Joyeuse pudiese nunca tener miedo!

Luego tratando de recobrar su jovialidad:

— Pero en fin, — añadió, — lo cierto es que ella anda, que llora, y que da sendos besos : tú mismo me lo has dicho, y me parece que esto es de bastante buen agüero, querido amigo ; pero no está todo en eso, veamos ; ¿ después, después ?...

— Después, hay muy poca cosa : la seguí, ella no trató de esquivarme, de variar de camino, de tomar uno falso ; ni aun pensaba en ello.

— Y bien ; ¿ en dónde habita ?

— Del lado de la Bastilla, en la calle de Lesdiguières ; á su puerta, se volvió el que la acompañaba y me vió.

— ¿ Entonces le hiciste alguna seña para darle á entender que deseabas hablarle ?

— No me atreví ; es ridiculo lo que voy á decirte ; el criado me imponía casi tanto como el ama.

— No importa. ¿ Entraste en la casa ?

— No, hermano mío.

— En verdad, Enrique, que estoy para desconocerle por un Joyeuse ; ¿ pero á lo menos volviste al día siguiente ?

— Sí, pero inútilmente ; inútilmente á la Gypcienne, inútilmente á la calle de Lesdiguières.

— ¿ Había desaparecido ?

— Como una sombra.

— ¿ Pero en fin te informaste ?

— La calle tiene muy pocos habitantes, y nadie puede dar razón ; estuve acechando al hombre para preguntarle, pero no pareció más que la mujer ; sin embargo, una luz que yo veía brillar por la noche á través de las celosias, me consolaba indicándome que seguía allí. Empleé mil medios de penetrar en la casa ; billetes, mensajes, flores, regalos, todo fué inútil. Una noche desapareció á su vez la luz, y no volvió á aparecer ; la señora, fatigada sin duda de mis persecuciones, habia dejado la calle de Lesdiguières ; nadie conocía su nueva residencia.

— ¿ Sin embargo, has vuelto á hallar á esa bella salvaje ?

— La casualidad lo ha hecho ; soy injusto, hermano mío, fué la Providencia, que no quiere que se arrastre así la vida ; verdaderamente es extraño. Pasaba yo por la calle de Bussy hace quince días, á media noche ; ya sabes, hermano mío, que las ordenanzas sobre el fuego son ejecutadas con severidad ; y bien, no sólo vi fuego en las vidrieras de una casa, sino un verdadero incendio que estallaba en el segundo piso.

Llamé á la puerta, y se presentó un hombre.

— ¡ Que se quema vuestra casa ! grité.

— ¡ Silencio por piedad ! me respondieron, ¡ silencio ! estoy ocupado en apagarlo.

— ¡ Queréis que llame la ronda ?

— ¡ No, no, en nombre del cielo ! no llaméis á nadie.

— ¡ Sin embargo, si pudiesen ayudar á usted ?

— ¡ Lo queréis ? Entonces venid y me haréis un servicio á que os estaré agradecido toda mi vida.

— ¡ Y cómo queréis que vaya ?

— Ahí tenéis la llave de la puerta.

Y me echó una llave por la ventana.

Subí rápidamente las escaleras y entré en el cuarto, teatro del incendio.

Estaba ardiendo el pavimento; yo me hallaba en el laboratorio de un químico; estando él haciendo no sé qué experimento, se había derramado por el suelo un licor inflamable, y de allí se originó el incendio.

Cuando entré, aquel químico era ya dueño del fuego, lo que hizo que yo pudiese mirarle.

Era un hombre de veinte y ocho á treinta años;

á lo menos me pareció de esa edad; una espantosa cicatriz le surcaba la mitad de la cara, y otra el cráneo; su poblada barba ocultaba el resto de su rostro.

— Os doy gracias, caballero; pero, como veis, ya está todo apagado; si sois tan galante como parecéis, tened la bondad de retiraros, porque de un momento á otro podría entrar mi ama, y se irritaría viendo á un extranjero en mi casa, ó más bien en la suya.

El metal de aquella voz me dejó inerte y casi espantado. Abría la boca para decirle: « Usted es el hombre de la Gypecienne, el de la calle de Lesdiguières, el de la dama incógnita; » porque recordarás, hermano mío, que iba cubierta de una capucha, que yo no había visto su cara, y que sólo había oído su voz. Iba á decirle eso, é interrogarle ó suplicarle, cuando de súbito se abrió una puerta, y entró una mujer.

— ¡ Qué es lo que hay, Remy ? — preguntó deteniéndose majestuosamente en el umbral de la puerta; — y ¡ qué es ese ruido ?

— ¡ Oh, hermano mío ! Estaba más bella aún al moribundo fuego del incendio, de lo que me

había parecido á los rayos de la luna! ¡ Era ella!
¡ era aquella mujer cuyo incesante recuerdo me
consumía el corazón!

Al grito que lancé, el criado me miró con más
atención á su vez.

— Gracias, caballero, — me dijo otra vez, —
gracias; pero ya veis que el fuego está apagado.
Os suplico que os retiréis.

— Amigo mío, le respondí, — usted me despide
con bastante dureza.

— Señora, — dijo el criado, — es él.

— ¡ Quién? — preguntó la señora.

— Aquel joven caballero que hemos encontrado
en el jardín de la Gypécienne, y que nos ha seguido
hasta la calle de Lesdiguières.

La señora fijó en mí una mirada, y por ella com-
prendí que me miraba por la primera vez.

— Caballero, — dijo, — por favor alejaos de
aquí.

Yo vacilaba, quería hablar, suplicar; pero falta-
ban las palabras á mis labios; quede inmóvil y
mudo, ocupado en mirarla.

— ¡ Cuidado, caballero! — dijo el criado con

más tristeza que severidad, — ¡ cuidado! porque
forzaréis á esta señora á huir otra vez.

— ¡ Oh! ¡ No lo quiera Dios! — respondí incli-
nándome; — pero, con todo, señora, yo no os
ofendo.

Ella no me respondió. Tan imposible, tan muda,
tan helada, cual si no me hubiese oído, se volvió, y
la vi desaparecer gradualmente en la sombra,
bajando los peldaños de la escalera, sobre la que no
resonaban sus pasos más que resonarían los de una
fantasma.

— ¡ Y es eso todo? — preguntó Joyeuse.

— Todo. Entonces el criado me condujo hasta la
puerta, diciéndome:

— ¡ En nombre de Jesús y de la Virgen María,
os suplico que os olvidéis de ella!

Huí fuera de mí, extraviado, apretando mi
cabeza con ambas manos, y preguntándome si no
me volvía loco.

Desde entonces, todas las noches voy á aquella
calle, y hé ahí por qué, al salir de las casas consis-
toriales, se han dirigido mis pasos hacia este lado,
naturalmente; todas las noches, decía, voy á esa
calle, me oculto en el ángulo de una casa que está

enfrente de la suya, bajo un pequeño balcón cuya sombra me cubre completamente; esa es mi vida, esa es mi felicidad.

— ¿Qué felicidad! — exclamó Joyeuse.

— ¡Ay! La perdería si desease otra.

— ¡Pero si tú mismo te estás perdiendo con esa resignación!

— ¿Qué quieres, hermano mío? — dijo Enrique con una triste sonrisa, — soy feliz de ese modo.

— Es imposible.

— ¿Por qué? La felicidad es relativa; sé que ella está allí, que vive allí; la veo á través de la muralla, ó más bien me parece verla; si ella dejase aquella casa, si aun pasase yo quince días como los pasé cuando la perdí, hermano mío, me volvería loco, ó me metería en un convento.

— ¡No, por vida mía! Bastante hay ya con un loco y con un monje en la familia. No pasemos adelante, querido amigo.

— No me hagas observaciones, Ana; nada de zumbas; las observaciones serían inútiles, y las zumbas no lograrían nada.

— ¿Y quién te habla de observaciones ni de zumbas?

— Entonces, en buen hora... Pero...

— Déjame solamente decirte una cosa.

— ¿Qué cosa?

— Que te conduces en eso como un novel estudiante.

— Yo no he hecho combinaciones ni cálculos; me he dejado arrastrar, me he abandonado á algo más fuerte que yo. Cuando una corriente nos arrebatara, más vale seguir la corriente que luchar contra ella.

— ¿Y si la corriente conduce á algún abismo?

— Es preciso sepultarse en él, hermano mío.

— ¿Esa es tu opinión?

— Sí.

— Pues no es la mía, y yo en tu lugar...

— ¿Qué hubieras hecho, Ana?

— Bastante para saber su nombre, su edad; en tu lugar...

— ¡Ana, Ana, tú no la conoces!

— No, pero te conozco á tí. ¿Cómo, Enrique! Tenías cincuenta mil escudos que te he dado de los cien mil que me regaló el rey el día de su cumpleaños...

— Aun están en mi cofre, Ana, sin faltar uno.

— ¡Por vida de bríos! tanto peor. Si no estuvieran en tu cofre, la mujer estaría en tu alcoba.

— ¡Oh! ¡hermano mío!

— No hay ¡oh! que valga. Un criado ordinario se compra por diez escudos; uno bueno por ciento, uno excelente por mil, uno maravilloso por tres mil. Ahora bien; supongámosle el fénix de los criados: supongámosle el dios de la fidelidad, y por veinte mil escudos, ¡voto al chápiro! será tuyo. Por consiguiente, aun te quedaban cien mil libras para el fénix de las mujeres entregada por el fénix de los criados. Enrique, amigo mío, eres un bobo.

— Ana, — dijo, Enrique, suspirando, — hay personas que no se venden, hay corazones que aun un rey no es bastante rico para comprar.

Joyeuse se calmó.

— Y bien; lo admito, — respondió, pero no los hay que no se den.

— En buen hora.

— Y bien; ¿qué has hecho para que se te diese el corazón de esa bella insensible?

— Tengo la convicción, Ana, de haber hecho cuanto hacer podía.

— Vamos, conde del Bouchage, estáis loco. Veis

una mujer triste, encerrada, gimiendo, y os hacéis más triste, más recluso, más quejumbroso, es decir, ¡ más abrumante que ella! Habláis de las maneras vulgares del amor y sois banal como un comisario de barrio. Está sola, hacédele compañía; está triste, poneos alegre; tiene pesares, consoladla y reemplazad.

— Imposible, hermano mío.

— ¿Lo has probado?

— ¡Y para qué probarlo!

— ¡Pardiez! aunque no fuese más que por probarlo. ¿No dices que estás enamorado?

— No conozco palabras con qué expresar mi amor.

— Y bien, dentro de quince días tendrás á tu querida,

— ¡Hermano mío!

— Á fe de Joyeuse. Espero que tú no habrás perdido las esperanzas.

— Nó, porque jamás las he tenido.

— ¿Á qué hora la ves?

— ¿Á qué hora la veo?

— Sin duda.

— ¿No te he dicho que no la veía?

- ¿Jamás?
- Jamás.
- ¿Ni aun á la ventana?
- Te digo que ni aun su sombra.
- Es preciso que eso termine. Veamos, ¿tiene un amante?
- Jamás he visto á ningún hombre entrar en su casa, excepto Remy, de quien te he hablado.
- ¿Qué señas tiene la casa?
- Dos pisos, pequeña puerta sobre una grada, azotea sobre la segunda ventana.
- Pero, ¿no se puede entrar por esa azotea?
- Está aislada de las otras casas.
- Y enfrente, ¿qué hay?
- Otra casa casi igual, aunque me parece que es más alta.
- ¿Y quién habita esa casa?
- Una especie de ricacho.
- ¿De bueno ó de mal genio?
- De bueno, porque á veces le oigo reir á solas.
- Cómprale la casa.
- ¿Quién te dice que la quiera vender?
- Ofrécele el doble de lo que vale.

- ¿Y si la dama me ve allí?
- ¿Qué?
- Volverá á desaparecer, mientras que, disimulando mi presencia, espero volver á verla un día ú otro.
- La verás esta noche.
- ¿Yo?
- Ve á acampar bajo su balcón á las ocho.
- Iré, como todas las noches, pero sin más esperanza que en las demás.
- Á propósito, ¿las señas exactas?
- Entre la puerta Bussy y el hotel de San Dionisio, casi en la esquina de los Agustinos, á veinte pasos de una gran fonda que tiene la muestra: *Á la Espada del bizarro Caballero.*
- Muy bien; ¡esta noche á las ocho!
- ¿Pero qué vas á hacer?
- Ya lo verás; tú lo oirás. Entretanto, vuelve á tu casa, encapíllate tu mejor traje, toma tus más ricas joyas, y derrama sobre tus cabellos las más finas esencias: esta noche entrarás en la plaza.
- ¡Dios te oiga, hermano mío!
- Enrique, cuando Dios está sordo, no lo está el

diablo. Te dejo, porque me aguarda mi cortejo; no, quiero decir el cortejo del señor de Mayenne. ¡ Por vida mía! esa no es una beata.

— ¡ Hermano mío!

— Perdona, bello servidor de amor; no hago ninguna comparación entre esas dos señoras; estáte bien persuadido, aunque según lo que me has contado, prefiero la mía, ó más bien la nuestra. Pero me está esperando, y no quiero hacerla esperar. Adiós, Enrique, hasta esta noche.

— ¡ Hasta esta noche, Ana!

Los dos hermanos se estrecharon la mano y se separaron.

El uno, al cabo de doscientos pasos, levantó atrevidamente y dejó caer el llamador de una hermosa casa gótica situada en el atrio de la catedral.

El otro se metió silenciosamente por una de las tortuosas calles que van á dar al Palacio.

VII.

En que la Espada del bizarro Caballero tuvo razón contra el osal de amor.

Durante la conversación que acabamos de referir, habia llegado la noche, envolviendo en su húmedo manto de brumas la ciudad, tan bulliciosa dos horas antes.

Además, muerto Salcedo, los espectadores habian pensado en volverse á sus moradas, y sólo se veían algunos pelotones desparramados por las calles, en lugar de aquella cadena no interrumpida de curiosos

diablo. Te dejo, porque me aguarda mi cortejo; no, quiero decir el cortejo del señor de Mayenne. ¡ Por vida mía! esa no es una beata.

— ¡ Hermano mío!

— Perdona, bello servidor de amor; no hago ninguna comparación entre esas dos señoras; estáte bien persuadido, aunque según lo que me has contado, prefiero la mía, ó más bien la nuestra. Pero me está esperando, y no quiero hacerla esperar. Adiós, Enrique, hasta esta noche.

— ¡ Hasta esta noche, Ana!

Los dos hermanos se estrecharon la mano y se separaron.

El uno, al cabo de doscientos pasos, levantó atrevidamente y dejó caer el llamador de una hermosa casa gótica situada en el atrio de la catedral.

El otro se metió silenciosamente por una de las tortuosas calles que van á dar al Palacio.

VII.

En que la Espada del bizarro Caballero tuvo razón contra el osal de amor.

Durante la conversación que acabamos de referir, habia llegado la noche, envolviendo en su húmedo manto de brumas la ciudad, tan bulliciosa dos horas antes.

Además, muerto Salcedo, los espectadores habian pensado en volverse á sus moradas, y sólo se veían algunos pelotones desparramados por las calles, en lugar de aquella cadena no interrumpida de curiosos

que, durante el día, se habían encaminado juntos hacia un mismo punto.

Hasta los barrios más distantes de la Greve, había restos de estremecimiento muy fáciles de comprender después de la larga agitación del centro.

Así, del lado de la puerta Bussy, por ejemplo, adonde debemos transportarnos en este momento para seguir á algunos de los personajes que ya hemos presentado en escena al principio de esta historia, y para hacer conocimiento con otros nuevos; en aquel extremo, decimos, oíase zumbir, como una colmena al ponerse el Sol, cierta casa dada de color de rosa y realzada con pinturas azules y blancas, que se llamaba la *Fonda de la Espada del bizarro Caballero*, y que sin embargo no era más que una hostería de proporciones gigantes, instalada recientemente en aquel barrio.

En aquel tiempo París no contaba una sola hostería buena que no tuviese su triunfante muestra. La *Espada del bizarro Caballero* era una de esas magníficas exhibiciones destinadas á reunir todos los gustos, á resumir todas las simpatías.

Veíase pintado sobre el entablamento el combate

de un arcángel ó de un santo contra un dragón, lanzando, como el monstruo de Hipólito, torrentes de llamas y de humo. El pintor, animado de un sentimiento heroico y piadoso á la vez, había puesto en las manos del bizarro caballero armado de todas piezas, no una espada, sino una inmensa cruz, con la que partía medio á medio, mejor que con la hoja mejor templada, al desgraciado dragón, cuyos trozos destilaban sangre por el suelo.

En el fondo de aquella muestra, ó más bien de aquel cuadro, pues bien merecía este nombre, se veía multitud de espectadores levantando los brazos al aire, mientras que en el cielo extendían unos ángeles sobre el casco del bizarro caballero laureles y palmas.

En fin, en el primer plano, el artista, celoso de probar que conocía todos los géneros de pintura, había agrupado calabazas, uvas, escarabajos, lagartos, una limaza sobre una rosa, en fin, dos conejos, el uno blanco, gris el otro, los cuales no obstante la diferencia de sus colores, que hubiera podido indicar una diferencia de opiniones, se rascaban ambos la nariz, probablemente de regocijo por la memorable victoria alcanzada por el bizarro caba-

llero contra el dragón parabólico, que no era otraí que Satanás.

De seguro que, ó el propietario de la muestra era de un carácter muy difícil de contentar, ó debo estar satisfecho de la conciencia del pintor. En efecto, el artista no había desperdiciado una pulgada de espacio, y si hubiese sido preciso añadir un arador al cuadro, le habría faltado sitio.

Ahora, confesemos una cosa, pues por penosa que sea, nuestra conciencia de historiador nos impone esta confesión. No resultaba de esa bella muestra que la hostería se llenase como en sus bellos días; al contrario, por razones que vamos á explicar, había, no diremos á veces, sino casi siempre, grandes vacíos en la hostería del *bizarro Caballero*.

Sin embargo, la casa, como se diría en nuestros días, era grande y confortable; construída en cuadro, asentada sobre anchurosas bases, extendía soberbiamente, por encima de su muestra, cuatro torrecillas que contenían cada una su cuarto octógono, todo ello, aunque construído de madera, muy lindo y misterioso como serlo debe toda casa que quiere agradar á los hombres, y particular-

mente á las mujeres; pero en eso estaba el mal.

No se puede agradar á todos.

Tal no era, sin embargo, la convicción de la señora Fournichón, hostelera del *bizarro Caballero*. En virtud de esta convicción, había inducido á su esposo á dejar una casa de baños de la calle de San Honorato en que vegetaban, para dar vueltas al asador y medir vino en provecho de los enamorados de la encrucijada Bussy, y aun de los otros barrios de París. Desgraciadamente para las pretensiones de la señora Fournichón, su hostería estaba situada un tanto muy cerca del Pré-aux-Clercs, de suerte que, atraídas á la vez por aquella proximidad y por la muestra á la *Espada del bizarro Caballero*, venían tantas parejas dispuestas á batirse, que las otras parejas menos helicosas huían como de la peste de la pobre hostería, temerosas del ruido y de las estocadas. Los enamorados son gentes pacíficas y que no gustan de que los incomoden, de suerte que en aquellas torrecillas tan galantes, había sido forzoso no hospedar más que soldados veteranos, y todos los Cupidos pintados en los tableros interiores por el pintor de la muestra, habían sido adornados con bigotes y otros apéndices.

más ó menos decentes, por el carbón de los parroquianos.

Así, la señora Fournichón pretendía, y preciso es decir que no sin razón hasta entonces, que la muestra había traído la desgracia á la casa, y afirmaba que, si hubieran querido atenerse á su experiencia, y pintar encima de la puerta, en lugar de aquel fiero caballero y de aquel repugnante dragón que alejaban de allí á toda la gente, alguna cosa galante, como por ejemplo, el *Rosal de Amor* con corazones inflamados en lugar de rosas, todas las almas tiernas habrían elegido domicilio en su hostería.

Por desgracia, maese Fournichón, incapaz de confesar que se arrepentía de su idea y de la influencia que esa idea había tenido en su muestra, no hacía ningún caso de las observaciones de su hacendosa mujer, y respondía encogiéndose de hombros, que él, antiguo porta-cota del señor Dauville, debía naturalmente busear la clientela de los militares; añadía que un *reitre*, que no tiene que pensar más que en beber, bebía como seis enamorados, y que aun cuando no pagase más que la mitad del escote, aun dejaba ganancia, puesto que

los enamorados más pródigos nunca pagaban como tres *reitres*.

— Además, — concluía, — el vino es más moral que el amor.

Á estas palabras, la señora Fournichón se encogía también á su vez de hombros, bastante rollizos para que se interpretasen malignamente sus ideas en materia de moralidad.

En ese estado de cisma se hallaban las cosas en el matrimonio Fournichón, y vegetaban los dos esposos en la enercujada Bussy como habían vegetado en la calle de San Honorato, cuando una circunstancia imprevista vino á cambiar la faz de las cosas y hacer triunfar las opiniones de maese Fournichón, para la mayor gloria de aquella digna muestra en que cada reino de la naturaleza tenía su representante.

Un mes antes del suplicio de Salcedo, á la salida de algunos ejercicios militares que habían tenido lugar en el Pré-aux-Cleres, la señora Fournichón y su esposo estaban instalados según costumbre cada uno en una torrecilla angular de su establecimiento, ociosos, pensativos y fríos, porque todas las

mesas, todos los cuartos de la hostería del *bizarro Caballero* estaban completamente vacíos.

Aquel día el *Rosal de amor* no había dado rosas.

Aquel día la *Espada del bizarro Caballero* había azotado el agua.

Los dos esposos miraban tristemente la llanura de que desaparecían, embarcándose en la lancha de la torre de Nesle para volver al Louvre, los soldados que un capitán acababa de hacer maniobrar, y mientras los miraban y se lamentaban del despotismo militar que forzaba á volver á su cuerpo de guardia á unos soldados tan muertos de sed, vieron á aquel capitán echar su caballo al trote y adelantarse, con un solo hombre de ordenanza, en la dirección de la puerta Bussy.

Aquel oficial, lleno de plumas, muy arrogante en su caballo blanco, y cuya espada con vaina dorada levantaba una hermosa capa de paño de Flandes, se halló al cabo de unos diez minutos frente á la hostería.

Pero como no era la hostería adonde él se encaminaba, iba á pasar de largo sin haber admirado siquiera la muestra, porque parecía cuidadoso y preocupado, cuando maese Fournichón, cuyo cora-

zón desfallecía con la idea de no estrenarse aquel día, se inclinó fuera de la torrecilla diciendo:

— ¡ Mira, mujer, qué hermoso caballo !

Á lo que la señora Fournichón, replicando como hostelera cortés, añadió:

— ¡ Y qué buen jinete !

El capitán, que no parecía insensible á los elogios, de cualquiera parte que viniesen, levantó la cabeza como si despertase sobresaltado; vió al hostelero, á la hostelera y la fonda, paró su caballo y llamó á su ordenanza.

Luego, sin apearse, miró con mucha atención la casa y el barrio.

Fournichón había bajado de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, y se mantenía á la puerta con su gorro enrollado entre las manos.

Después de reflexionar algunos instantes, el capitán se apeó del caballo.

— ¿ No hay nadie aquí ? — preguntó.

— En este momento no, señor, respondió el hostelero humillado.

Y se disponía á añadir:

— Sin embargo, no es ésta la costumbre de la casa.

Pero la señora Fournichón, como casi todas las mujeres, era más perspicaz que su marido; y por lo mismo, se apresuró á gritar desde su ventana:

— Si el caballero busca la soledad, la hallará completa en nuestra casa.

El oficial levantó la cabeza y viendo aquella buena cara después de haber oído esa buena respuesta, replicó:

— Por el momento, sí; es precisamente lo que busco, mi buena mujer.

La señora Fournichón se precipitó al punto al encuentro del viajero, diciendo entre sí:

— Por esta vez, el *Rosal de amor* es el que estrena y no la espada del *bizarro Caballero*.

El capitán que en aquel momento llamaba la atención de los dos esposos, y que merece llamar también la del lector, era un hombre de treinta á treinta y cinco años, que no aparentaba tener más que veintiocho, tanto era el cuidado que tenía de su persona. Era grande, bien formado, de una fisonomía expresiva y fina; quizás, examinándolo bien, se hubiera hallado alguna afectación en su continente; pero afectado ó no, su continente era distinguido.

Echó á las manos de su ordenanza la brida de su magnífico caballo, que manoteaba el suelo, y le dijo:

— Aguárdame aquí, paseando los caballos.

El soldado recibió la brida y obedeció.

Una vez dentro de la gran sala de la hostería, se detuvo, y echando una mirada de satisfacción en torno suyo:

— ¡ Oh, oh ! — dijo. — ¡ Una sala tan grande y ningún bebedor ! ¡ Muy bien !

Fournichón le miraba con una especie de asombro, mientras que la señora Fournichón le sonreía con inteligencia.

— Pero, — continuó el capitán, — debe haber alguna cosa en vuestra conducta ó en vuestra casa que aleja de ella á los consumidores.

— Ni lo uno ni lo otro, caballero, ¡ á Dios gracias ! — replicó la señora Fournichón, sólo que el barrio es nuevo, y en cuanto á los veceros, nosotros elegimos.

— ¡ Ah, muy bien ! — dijo el capitán.

Maese Fournichón se dignaba, durante ese tiempo, aprobar con la cabeza las respuestas de su mujer.

— Por ejemplo, — añadió ésta con ciertas guiñadas que revelaban el autor del proyecto del *Rosal de Amor*, — por un parroquiano como vos, dejaríamos gustosos once.

— Eso es muy lisonjero, mi bella hostelera, ¡gracias!

— ¿Quiere el caballero probar el vino? — preguntó Fournichón con su menos ronca voz.

— ¿Quiere el caballero visitar los aposentos? — dijo la señora de Fournichón con su más dulce voz.

— Uno y otro si gustáis, — respondió el capitán.

Fournichón bajó á la bodega, mientras que su mujer indicaba á su huésped la escalera que conducía á las torrecillas, en la cual arremangando su linda basquiña, le precedía haciendo rechinar en cada peldaño un verdadero zapato parisiense.

— ¿Cuántas personas podéis hospedar aquí? — preguntó el capitán cuando llegó al primer piso.

— Treinta personas, de ellas, diez amos.

— No es bastante, bella hostelera, — respondió el capitán.

— ¿Y por qué, caballero?

— Tenía un proyecto; no hablemos más de ello.

— ¡Ah, caballero! de seguro que no hallaréis cosa mejor que la hostería del *Rosal de Amor*.

— Del *bizarro Caballero*, quiero decir, y á no tener el Louvre y sus dependencias...

El extranjero le echó una mirada singular.

— Tiene usted razón, — dijo, — y á no tener el Louvre...

Y luego aparte:

— ¿Por qué no? — continuó. — Sería más cómodo y menos caro.

— ¿Dice usted, pues, mi bella señora, — repuso en alta voz, — que podría usted hospedar aquí treinta personas?

Sin duda que sí.

— ¿Pero por un día?

— ¡Oh! por un día, cuarenta y hasta cuarenta y cinco.

— ¿Cuarenta y cinco? ¡Por vida mía! es casualmente lo que necesito.

— ¿Verdaderamente? ¡Ved qué felicidad!

— ¿Y sin que eso cause escándalo afuera?

— Algunas veces, el domingo, tenemos aquí ochenta soldados.

— ¿Y no se agolpa la gente delante de la casa? ¿no hay ningún espía entre los vecinos?

— ¡Oh, Dios mío! no. No tenemos por vecino más que á un hombre que no se mezcla en los negocios de nadie, y por vecina á una señora tan retirada, que durante las tres semanas que habita este barrio, no la he visto aún; todos los demás son gente de poca importancia.

— Me conviene admirablemente.

— ¡Oh, tanto mejor! — exclamó la señora Fournichón.

— Y de aquí á un mes, — continuó el capitán, — tenga usted esto bien presente, de aquí á un mes...

— ¿Entonces, el 26 de octubre?

— Precisamente, el 26 de octubre.

— ¿Y bien?

— Y bien; el 26 de octubre alquilo vuestra hostería.

— ¿Toda entera?

— Toda entera. Quiero causar una sorpresa á algunos compatriotas, oficiales ó cuando menos gente

de espada la mayor parte, que vienen á París á buscar fortuna. Para esa fecha ya habrán recibido el aviso de apearse en vuestra hostería.

— ¿Y cómo habrán recibido ese aviso, si les queréis causar una sorpresa? — preguntó imprudentemente la señora Fournichón.

— ¡Ah! — respondió el capitán visiblemente disgustado por la pregunta. — ¡Ah, si usted es curiosa ó indiscreta! ¡Parfandious!

— ¡No, no, señor! — se apresuró á decir la señora Fournichón espantada.

Fournichón había oído, y su corazón había latido de contento á las palabras: oficiales ó gente de espada; así corrió adonde estaban los dos interlocutores.

— Caballero, — exclamó, — seréis aquí el amo, el déspota de la casa, y sin oposición, ¡Dios mío! todos vuestros amigos serán bien recibidos.

— Yo no he dicho mis amigos, buen hombre, — dijo el capitán con altanería, — he dicho mis compatriotas.

— Sí, sí, los compatriotas de vuestra señoría; soy yo quien se equivocaba.

La señora Fournichón volvió la espalda de mal

humor: las rosas de amor acababan de convertirse en matas de alabardas.

— Les darán ustedes de cenar, — continuó el capitán.

— Muy bien.

— Y aun les darán ustedes cama en caso necesario, si todavía no hubiese yo podido preparar sus alojamientos.

— Á las mil maravillas.

— En una palabra, se pondrán ustedes á su entera discreción, sin el menor interrogatorio.

— Está dicho.

— Hé ahí treinta libras de arras.

— Negocio arreglado, monseñor; vuestros compatriotas serán tratados como reyes, y si queréis cercioraros de ello probando el vino,...

— No bebo nunca vino, gracias.

El capitán se acercó á la ventana y llamó al que guardaba los caballos.

En este intermedio maese Fournichón habia hecho una reflexión.

— Monseñor, — dijo (después de los tres doblones de oro pagados de antemano tan generosamente, maese Fournichón trataba al extranjero de

monseñor), — ¿ cómo he de reconocer á esos caballeros ?

— Es verdad, me olvidaba, ¡ vive Dios ! ¡ *parfan-dious* (1) ! déme usted lacre, papel y luz.

La señora Fournichón lo trajo todo.

El capitán apoyó sobre el lacre ardiendo el engarse de una sortija que llevaba en la mano izquierda.

— ¡ Mire usted ! — dijo, — ¿ ve usted esa figura ?

— Una linda mujer, á fe mía.

— Sí, es una Cleopatra. Y bien, cada uno de mis compatriotas le traerá á usted un sello igual. Así pues, usted hospedaré al portador de ese sello; que damos corrientes, ¿ no es verdad ?

— ¿ Por cuánto tiempo ?

— Aun no lo sé; ya recibirá usted instrucciones sobre eso.

— Las aguardaremos.

El hermoso capitán bajó la escalera, volvió á montar y partió al gran trote de su caballo.

Mientras llegaba su vuelta, los esposos Fourni-

(1) Dejamos intacto este juramento y algún otro de la misma familia para no quitarle su originalidad.

chón se embolsaron sus treinta libras de arras, con gran alegría del hostelero, que no cesaba de repetir:

— ¡ Gentes de espada ! Vamos, decididamente, no falta razón á la muestra, por la espada es por lo que hemos de hacer fortuna.

Y se puso á bruñir todas sus cacerolas, mientras llegaba el famoso día 26 de octubre.

VIII.

Silueta de gascones.

No nos atreveríamos á decir que la señora Fournichón fué absolutamente tan discreta como le había recomendado el extranjero. Por otra parte, sin duda se creía absuelta de toda obligación hacia él, por la ventaja que había dado á maese Fournichón en cuanto á la *Espada del bizarro Caballero*; pero como aun le quedase más que adivinar que lo que se le había dicho, comenzó, para establecer sus suposiciones sobre una base sólida, por averiguar

chón se embolsaron sus treinta libras de arras, con gran alegría del hostelero, que no cesaba de repetir:

— ¡ Gentes de espada ! Vamos, decididamente, no falta razón á la muestra, por la espada es por lo que hemos de hacer fortuna.

Y se puso á bruñir todas sus cacerolas, mientras llegaba el famoso día 26 de octubre.

VIII.

Silueta de gascones.

No nos atreveríamos á decir que la señora Fournichón fué absolutamente tan discreta como le había recomendado el extranjero. Por otra parte, sin duda se creía absuelta de toda obligación hacia él, por la ventaja que había dado á maese Fournichón en cuanto á la *Espada del bizarro Caballero*; pero como aun le quedase más que adivinar que lo que se le había dicho, comenzó, para establecer sus suposiciones sobre una base sólida, por averiguar

quién era el caballero desconocido que tan generosamente pagaba la hospitalidad á sus compatriotas. Al efecto, no dejó de interrogar al primer soldado que vió pasar, sobre el nombre del capitán que había pasado la revista.

El soldado, que probablemente era de carácter más discreto que su interlocutora, le preguntó primero antes de responder, con qué motivo le hacía aquella pregunta.

— Porque acaba de salir de aquí, — dijo la señora Fournichón, — porque ha hablado con nosotros, y tiene uno mucho gusto en saber con quién habla.

El soldado se echó á reir.

— El capitán que mandaba la revista no habría entrado en la *Espada del bizarro Caballero*, señora Fournichón, — dijo.

— ¿Y por qué no? — preguntó la hostelera; — ¿es demasiado grande señor para ello?

— Tal vez.

— Y bien; ¿si yo dijese á usted que no es por él por lo que ha entrado en la hostería del *bizarro Caballero*?

— ¿Entonces por quién?

— Por sus amigos.

— El capitán que mandaba la revista no alojaria á sus amigos en la *Espada del bizarro Caballero*; respondo de ello.

— ¡Peste! ¡qué modo de hablar, buen hombre! ¿Quién es pues ese caballero que es demasiado grande señor para alojar á sus amigos en la mejor fonda de París?

— Quiere usted hablar del que mandaba la revista, ¿no es verdad?

— Sin duda.

— Pues bien; buena mujer, el que mandaba la revista, es pura y simplemente el señor duque Nogaret de Lavalette de Eperón, par de Francia, coronel-general de la infantería del rey, y un tantico más rey que S. M. misma. ¡Ahora bien! ¿qué dice usted de eso?

— Que si es él el que ha venido, me ha hecho honor.

— ¿Le ha oído usted decir? ¡*parfandious*!

— ¡Eh! ¡eh! — hizo la señora Fournichón que no había dejado de oír cosas extraordinarias en su vida, y á quien la palabra *parfandious* no le era enteramente desconocida.

Ahora se puede juzgar si el 26 de octubre era aguardado con impaciencia.

El 25 de octubre por la noche, entró un hombre con un saco bastante pesado que dejó sobre el bufete de Fournichón.

— Es el precio de la comida encargada para mañana, — dijo.

— ¿A cuánto por cabeza? — preguntaron á una los dos esposos.

— Á seis libras.

— ¿Conque los compatriotas del capitán no harán aquí más que una sola comida?

— Una sola.

— ¿Luego les ha hallado el capitán un alojamiento?

— Así parece.

Y el mensajero salió á pesar de las preguntas del *Rosal* y de la *Espada*, y sin querer responder más á ninguna de ellas.

En fin, el tan deseado día lució para las cocinas del bizarro *Caballero*.

Acababan de dar las doce y media en los Agustinos, cuando llegaron á la puerta de la hostería

dos hombres montados, que se apearon de sus caballos y entraron.

Estos jinetes habían venido por la puerta Bussy y eran naturalmente los primeros que llegaban, primero porque venían á caballo, y luego porque la fonda estaba á cien pasos de la puerta Bussy.

Uno de ellos, que por su aire y lujo parecía su jefe, había venido aún con dos lacayos bien montados.

Cada uno mostró su sello con la imagen de Cleopatra, y fué recibido por los dos esposos con toda clase de atenciones, especialmente el joven de los dos lacayos.

Sin embargo, á excepción del último, los recién llegados no se instalaron sino con timidez y cierta inquietud; veíase que alguna cosa grave los preocupaba, con particularidad que llevaban maquinalmente la mano á su bolsillo.

Los unos pidieron que les permitiesen descansar, los otros quisieron recorrer la ciudad antes de comer, el joven de los dos lacayos se informó si no había nada de nuevo que ver en París.

— Á fe mía, — respondió la señora Fournichón, sensible á las buenas trazas del caballero, — si no

teméis al gentío, y no os espantá el permanecer cuatro horas seguidas sobre vuestras piernas, podéis distraeros yendo á ver al señor de Salcedo, un español que ha conspirado.

— ¡ Calla ! — dijo el joven, — es verdad ; he oído hablar de eso, voy allá, pardiez !

Y salió con sus dos lacayos.

Á eso de las dos llegaron por pelotones de cuatro y de cinco unos quince viajeros nuevos.

Algunos de ellos llegaron solos.

Aun había uno que entró como un vecino, sin sombrero, con una varita en la mano. Juraba contra París, en donde son tan audaces los ladrones, que le habían atrapado su sombrero al lado de la plaza de Greve, al atravesar un grupo, y tan diestros que nunca había podido ver quién se lo había cogido.

Por lo demás, era culpa suya, pues no habría debido entrar en París con un sombrero adornado con un broche tan magnífico.

Á eso de las cuatro había ya cuarenta compatriotas del capitán instalados en la fonda de los Fournichón.

— ¿ No es extraño ? — dijo el fondista á su mujer ; — todos son gascones.

— ¿ Qué hallas tú de extraño en eso ? — respondió la mujer ; — ¿ no ha dicho el capitán que eran compatriotas á quienes recibía ?

— ¿ Y qué ?

— Supuesto que él mismo es gascón, sus compatriotas deben ser gascones.

— ¡ Ya caigo ! es verdad, — dijo el fondista.

— ¿ No es de Tolosa el señor de Eperón ?

— Es verdad, es verdad ; ¿ tú sigues en tus trece en que es el señor de Eperón ?

— ¿ No ha soltado tres veces el famoso parfandious ?

— ¿ Ha soltado el famoso parfandious ? — preguntó Fournichón inquieto ; — ¿ qué cosa es ese animal ?

— ¡ Imbécil ! es su juramento favorito.

— ¡ Ah ! ¡ Así es !

— Así no te asombres sino de una cosa, que es de no tener más que cuarenta gascones, cuando debieras tener cuarenta y cinco.

Pero, hacia las cinco, llegaron los cinco restantes, y se halló completo el número de los convidados de la *Espada*.

— Jamás sorpresa igual se había pintado en la

cara de los gascones; por espacio de una hora todo fué: *Sandious, Merdious, Cap de Bioux*; en fin, transportes de gozo tan estrepitosos que les pareció á los esposos Fournichón que toda la Saintonge, todo el Poitou, todo el Annis, y todo el Languedoc, habian hecho irrupción en su salón.

Algunos se conocían; así, Eustaquio de Miradoux fué á abrazar al caballero de los dos lacayos, y le presentó á Lardilla, Militar y Escipión.

— ¿Y por qué casualidad estás tú en París? — preguntó el caballero.

— Pero, ¿y tú mismo, mi querido Santa Maline?

— Tengo un empleo en el ejército, ¿y tú?

— Yo, vengo por asuntos de una herencia.

— ¡Ah! ¡ah! Veo que no separas nunca de tu lado á la vieja Lardilla.

— Se le ha antojado seguirme.

— ¿No podías venirte secretamente, en lugar de embarazarte con toda esa germanía que trae colgando de sus faldas?

— Imposible, pues fué ella la que abrió la carta del procurador.

— ¡Ah! ¿Has recibido por una carta la noticia de esa herencia? — preguntó Santa Maline.

— Sí, — respondió Miradoux.

Luego apresurándose á variar de conversación:

— ¿No es singular, — dijo, — que esta fonda esté llena, y que lo esté sólo de compatriotas?

— No, no es singular: la muestra es apetitosa para gentes de honor, — interrumpió nuestro antiguo conocido Perdicas de Pincornay, tomando parte en la conversación.

— ¡Ah! ¡ah! ¿Es usted, compañero? — dijo Santa Maline. — Aun no me ha explicado usted lo que iba á contarme junto á la plaza de Greve, cuando nos separó aquella oleada de gente.

— ¿Y qué iba á explicar á usted? — preguntó Pincornay poniéndose un tanto encarnado.

— Como, entre Angulema y Angers, le he encontrado á usted en el camino, como le veo hoy, á pie, con una vara en la mano, y sin sombrero.

— ¿Y eso le preocupa á usted, caballero?

— Á fe mía que sí, — respondió Santa Maline; — de Poitiers á París hay buen trecho, y usted viene de más allá de Poitiers.

— Venía de San Andrés de Cubsac.

— ¡Vea usted! ¿y así, sin sombrero?

— Es muy sencillo.

— No lo hallo así.

— Si tal, y va usted á comprenderlo. Mi padre tiene dos magníficos caballos que quiere tanto, que es capaz de desheredarme después de la desgracia que me ha ocurrido.

— ¿Y qué desgracia le ha ocurrido á usted?

— Andaba paseando uno de los dos caballos, el más hermoso, cuando de súbito un tiro de arcabuz parte á diez pasos de mí; mi caballo se espanta, se desboca, y toma la dirección del Dordoña.

— ¿Adónde se lanzó?

— Ni más ni menos.

— ¿Con usted?

— No; por fortuna tuve tiempo para deslizarme á tierra; sin eso me ahogaba con él.

— ¡Ah! ¡ah! ¿conque el pobre animal se ha ahogado?

— ¡Pardiez! Ya conoce usted el Dordoña, un río que tiene media legua de ancho.

— ¿Y entonces?

— Entonces resolví no volver á casa y sustraerme lo más lejos posible de la cólera paterna.

— ¿Pero el sombrero?

— Aguarde usted, ¡qué diablos! Mi sombrero se había caído.

— ¿Como usted?

— ¡Yo! yo no había caído; me había dejado deslizar al suelo; un Pincornay no cae del caballo; los Pincornay son jinetes desde que nacen.

— Es notorio, — dijo Santa Maline; — ¿pero el sombrero?

— ¡Hum! ¡Dale con el sombrero!

— Sí.

— Mi sombrero se había caído; me puse á buscarlo, porque, habiendo yo salido sin dinero, era mi único recurso.

— ¿Y cómo podía el sombrero ser su único recurso? — insistió Santa Maline decidido á apurar á Pincornay.

— ¡Sandious! ¡Y muy grande! Debo decir á usted que la pluma de aquel sombrero estaba sujeta por una presilla de diamantes que S. M. el emperador Carlos V regaló á mi abuelo cuando, á su paso de España para Flandes, se detuvo en nuestra casa de campo.

— ¡Ah, ah! Y usted ha vendido la presilla con el sombrero. Entonces, querido amigo, debe ser

usted el más rico de todos nosotros, y habría debido muy bien, con el dinero de esa presilla, comprarse un segundo guante; porque tiene usted las manos desparejadas; la una es blanca como la de una mujer, y la otra negra como la mano de un negro.

— Aguarde usted; en el momento de volverme para buscar mi sombrero, veo un enorme cuervo que se arroja sobre él.

— ¿Sobre el sombrero de usted?

— Ó más bien sobre mi diamante; ya sabe usted que ese animal arrebató todo lo que brilla; se arroja, pues, sobre mi diamante y me lo lleva.

— ¿El diamante de usted?

— Sí, señor. Yo le seguí primero con la vista, luego, corriendo, grito: ¡Detenedle, detenedle! ¡al ladrón! ¡Mala peste! Al cabo de cinco minutos había desaparecido, y no he vuelto á oír hablar de él.

— De suerte que abrumado por esa doble pérdida...

— No me he atrevido á volver á la casa paterna, y me he decidido á venir á París á buscar fortuna.

— ¡Bueno! dijo un tercero. — ¿Conque el

viento se ha convertido en cuervo? Me parece que he oído á usted contar al señor de Loignac, que, ocupado en leer una carta de su querida, le había llevado el viento carta y sombrero, y que, como verdadero Amadís, había corrido usted tras la carta, dejando ir el sombrero adonde se le antojaba.

— Amigo, — dijo Santa Maline, — tengo el honor de conocer al señor de Aubigné que, aunque soldado muy valiente, maneja bastante bien la pluma; refiérale usted, si lo encuentra, la historia de su sombrero, y él hará de ella un admirable cuento.

Oyéronse algunas risas medio sofocadas.

— ¡Eh, eh! señores, dijo el gascón irritable, — ¿por casualidad se ríen de mí?

Cada uno se volvió para reír á sus anchuras.

Perdicás echó una mirada investigadora alrededor suyo, y vió cerca de la chimenea á un joven que ocultaba su cara entre las manos: creyó que aquel joven obraba así para ocultarse mejor y se dirigió á él.

— ¡Eh, caballero! — dijo, — si os reís, á lo menos reís á la cara, y que veamos la vuestra.

Y dió una palmada sobre el hombro del joven, el cual levantó una frente grave y serena.

Aquel joven no era otro que nuestro amigo Ernaúton de Carmainges, que estaba aún todo aturrido de la aventura de la Greve.

— Ruego á usted que me deje tranquilo, — le dijo, — y sobre todo, que si usted vuelve á tocarme, que lo haga con la mano del guante; bien ve que no me ocupo de usted.

— Enhorabuena, — dijo entre dientes Pincornay, — si no os ocupáis de mí, nada tengo que deciros.

— ¡ Ah, señor ! — dijo Eustaquio de Miradoux á Carmainges con las intenciones más conciliadoras, — no sois amable con nuestro compatriota.

— ¡ Y de qué diablo se mezcla usted ? — replicó Ernaúton cada vez más irritado.

— Tenéis razón, — dijo Miradoux saludándole, — esto no me importa.

Y volvió los talones para juntarse con Lardilla que estaba sentada en un rincón de la gran chimenea; pero alguno le obstruyó el paso.

Era Militar, con sus dos manos en el cinturón, y su sonrisa socarrona en los labios.

— Diga usted, pues, padraastro, — dijo el pelete.

— ¡ Qué ?

— ¡ Qué dice usted de eso ?

— ¡ De qué ?

— Del modo con que ese caballero le ha metido á usted el resuello en el cuerpo.

— ¡ Heim !

— Le ha dado á usted una buena soba.

— ¡ Ah ! ¡ Conque has observado eso ? — dijo Eustaquio tratando de volver á Militar.

Pero éste frustró la maniobra conversando sobre la izquierda y volviendo á hallarse delante de él.

— No sólo he observado yo, — respondió Militar, — sino todos; vea usted cómo se rien alrededor nuestro.

— Lo cierto es que se reían, pero no más de eso que de cualquier otra cosa.

Eustaquio se puso encendido como una ascua.

— Vamos, vamos, padraastro, no deje usted que se enfríe la cosa, — dijo Militar.

Eustaquio se enderezó sobre sus espolones, y se aproximó á Carmainges.

— Se pretende, caballero, — le dijo, — que habéis querido serme particularmente desagradable.

— ¡ Cuándo ?

— En este momento.

— ¿ Á usted ?

— Á mí.

— ¿ Y quién pretende eso ?

— El señor, — dijo Eustaquio mostrando á Militor.

— Entonces el señor, — respondió Carmainges recalcando irónicamente la calificación, — es un estornino.

— ¡ Oh, oh ! — exclamó Militor furioso.

— Y le aconsejo, continuó Carmainges, — que no venga á dar picotazos sobre mí, si no quiere que yo recuerde los consejos del señor de Loignac.

— El señor de Loignac no ha dicho que yo fuese un estornino, caballero.

— No, ha dicho que era usted un asno, ¿ prefiere usted esto ? Bien poco me importa; si es usted un asno, le cincharé á usted, y si es un estornino, le desplumaré.

— Caballero, — dijo Eustaquio, — es mi hijastro, os suplico que le tratéis mejor por miramiento á mí.

— ¡ Ah ! ¡ Es así como usted me defiende,

padrastró mío ! — exclamó Militor exasperado, — si así es, yo me defenderé mejor solo.

— ¡ Á la escuela estos chiquillos ! — dijo Ernautón, — ¡ á la escuela !

— ¿ Á la escuela ? — exclamó Militor avanzando con el puño levantado sobre el señor de Carmainges.

— Tengo diez y siete años, ¿ lo oís, caballero ?

— Y yo tengo veinticinco, — dijo Ernautón ; — y hé ahí por qué voy á corregirte según mereces.

Y cogiéndole por el cuello y el cinturón, le levantó en el aire y le arrojó cual si arrojara un paquete por la ventana del piso bajo á la calle ; y eso mientras Lardilla daba gritos capaces de echar abajo las paredes.

— Ahora, — añadió tranquilamente Ernautón, — padrastró, madrastra, hijastro, y todas las familias del mundo, las hago jigote si vuelven á incomodarme.

— Á fe mía, — dijo Miradoux, — yo hallo que tiene razón, ¿ por qué azuzar á este caballero ?

— ¡ Ah, cobarde ! ¡ cobarde ! que deja maltratar á su hijo, — gritó Lardilla adelantándose hacia Eustaquio y sacudiendo su desmelenada cabeza.

— Lá, lá, lá, — hijo Eustaquio. — ¡ Calma !
Eso le domará.

— ¡ Pues me gusta ! Díganme ustedes, ¿ así se
arrojan aquí hombres por la ventana ? — dijo un
oficial entrando. — ¡ Qué diablo ! Cuando uno se
entrega á esa clase de chanzas, á lo menos debería
gritar : ¡ Allá va eso !

— ¡ El señor de Loignac ! — exclamaron unas
veinte voces.

— ¡ El señor de Loignac ! — repitieron los cua-
renta y cinco.

Y á este nombre, conocido por toda la Gascuña,
todos se levantaron y guardaron silencio.

IX.

El señor de Loignac.

Detrás de Loignac entró á su vez Miltor, molido
de su caída y amoratado de cólera.

— Servidor, señores, — dijo Loignac; — mucho
ruido hacemos, á lo que parece. ¡ Ah ! ¡ ah ! Miltor
se ha hecho aún el arisco, al parecer, y su nariz se
resiente de ello.

— Ya me pagarán mis golpes, — dijo entre
dientes mostrando el puño á Carmainges.

— Sirva usted la comida, maese Fournichón, —

— Lá, lá, lá, — hijo Eustaquio. — ¡ Calma !
Eso le domará.

— ¡ Pues me gusta ! Díganme ustedes, ¿ así se arrojan aquí hombres por la ventana ? — dijo un oficial entrando. — ¡ Qué diablo ! Cuando uno se entrega á esa clase de chanzas, á lo menos debería gritar : ¡ Allá va eso !

— ¡ El señor de Loignac ! — exclamaron unas veinte voces.

— ¡ El señor de Loignac ! — repitieron los cuarenta y cinco.

Y á este nombre, conocido por toda la Gascuña, todos se levantaron y guardaron silencio.

IX.

El señor de Loignac.

Detrás de Loignac entró á su vez Miltor, molido de su caída y amoratado de cólera.

— Servidor, señores, — dijo Loignac; — mucho ruido hacemos, á lo que parece. ¡ Ah ! ¡ ah ! Miltor se ha hecho aún el arisco, al parecer, y su nariz se resiente de ello.

— Ya me pagarán mis golpes, — dijo entre dientes mostrando el puño á Carmainges.

— Sirva usted la comida, maese Fournichón, —

gritó Loignac, — y que cada uno sea amable con su vecino, si es posible. Desde este momento, se tratará de amarse unos á otros como hermanos.

— ¡Hum! — hizo Santa Maline.

— La caridad es rara, — dijo Chalabre, extendiendo una servilleta sobre su ropilla gris de hierro, para que no le sucediese ningún percance, cualquiera que fuese la abundancia de las salsas.

— Y amarse tan de cerca es difícil, — añadió Ernautón; — verdad es que no estaremos juntos largo tiempo.

— ¡Vean ustedes! — exclamó Pincornay que aun tenía sobre el corazón las burlas de Biran; — se burlan de mí porque no traigo sombrero, y no dicen nada al señor de Monterabeau que se va á poner á la mesa con una coraza del tiempo del emperador Pertinaz, de quien él descende según todas las probabilidades... ¡Lo que es la defensiva!

Monterabeau, picado de la chanzoneta, se enderezó y con una voz de falsete:

— Señores, — dijo, la quito; aviso á los que gustan más verme con armas ofensivas que con armas defensivas.

Y desenlazó majestuosamente su coraza haciendo

una seña á su lacayo, hombre grueso y canoso de unos cincuenta años, para que se acercase.

— ¡Vamos! paz! paz! — dijo el señor de Loignac, — y sentémonos á la mesa.

— Ruego á usted que me desembarace de esta coraza, — dijo Pertinaz á su lacayo.

El hombre grueso se la tomó de la mano.

— Y yo, — le dijo en voz baja, — ¿no voy á comer también? Manda que me traigan alguna cosa, Pertinaz, que estoy muerto de hambre.

Esta interpelación, por extrañamente familiar que fuese, no excitó ningún asombro en aquel á quien se dirigía.

— Haré lo posible, — respondió; — pero, para más seguridad, ingéniense usted por su lado.

— ¡Hum! — hizo el lacayo con un aire mohino; — ¡hé ahí una cosa nada satisfactoria!

— ¿No le queda á usted absolutamente nada? — preguntó Pertinaz.

— Hemos comido nuestro último escudo en Sens.

— ¡Diantre! Trate usted de hacer dinero de alguna cosa.

Apenas había acabado, cuando oyó gritar en la calle, y luego en el umbral de la hostería:

— ¡Marchante de hierro viejo! ¿Quién quiere vender su hierro viejo?

Á ese grito la señora Fournichón corrió hacia la puerta, mientras que Fournichón transportaba majestuosamente los platos á la mesa.

Á juzgar por la acogida que le hicieron la cocina de Fournichón debía de ser exquisita.

Fournichón, no pudiendo hacer frente á todos los cumplimientos que le dirigían, quiso admitir á su mujer á participar de ellos.

Buscóla con la vista, pero inútilmente; había desaparecido.

La llamó.

— ¿Qué es lo que está haciendo? — preguntó á un marmítón viendo que no venía.

— ¡Ah! señor amo, un trato de oro, — respondió éste. — Quiere vender todo el hierro viejo por plata nueva.

— ¡Espero que no se tratará de mi coraza de guerra ni de mi capacete de batalla! — exclamó Fournichón lanzándose hacia la puerta.

— ¡Que no! ¡que no! — dijo Loignac; — puesto que está prohibida por real orden la compra de armas.

— No importa, replicó Fournichón; — y corrió hacia la puerta.

La señora Fournichón volvía á entrar triunfante.

— ¡Y bien! ¿qué tienes? — preguntó á su marido al verle todo asustado.

— Tengo que me advierten que vendes mis armas.

— ¿Y qué?

— ¡Que yo no quiero que se vendan!

— ¡Bah! Ya que estamos en tiempo de paz, más valen dos cacerolas nuevas que una vieja coraza.

— Sin embargo debe ser un comercio bastante pobre el del hierro viejo, después de ese edicto del rey de que acaba de hablar el señor de Loignac, — dijo Chalabre.

— Al contrario, señor, — dijo la señora Fournichón, — y hace largo tiempo que ese mismo marchante me tentaba con sus ofertas. Hoy no he podido resistir, á fe mía, y como se presentaba de nuevo la ocasión, la aproveché. Diez escudos, señor, son diez escudos, y una vieja coraza nunca es más que una vieja coraza.

— ¡Cómo diez escudos! — exclamó Chalabre, — ¡tan caro como todo eso? ¡Diablo!

Y se quedó pensativo.

— Diez escudos, — repitió Pertinaz echando una ojeada elocuente á su lacayo. — ¿Lo oye usted, señor Samuel?

Pero el señor Samuel ya no estaba allí.

— ¡ Con que sí ! — dijo el señor de Loignac; — pero ese marchante se expone á que lo cuelguen.

— ¡ Oh ! Es un hombre honrado, muy dulce y de muy buen acomodo, — repuso la señora Fournichón.

— ¿ Pero qué es lo que hace de toda esa morralla ?

— La revende al peso.

— ¡ Al peso ! ¿ y dice usted que le ha dado diez escudos ? ¿ por qué ?

— Por una coraza y una celada viejas.

— Suponiendo que pesasen veinte libras entre las dos, sale á medio escudo la libra. ¡ Parfandious ! como dice cierto conocido mío, eso encierra algún misterio.

— ¡ Que no pueda yo ver á ese honrado marchante por mi castillo ! — dijo Chalabre cuyos ojos se inflamaron. — Le vendería yo por tres millares de peso en yelmos, brazaletes y corazas.

— ¡ Cómo ! ¿ Vendería usted las armaduras de sus antepasados ? — dijo Santa Maline con tono burlón.

— ¡ Ah ! caballero, — añadió Eustaquio de Miradoux, — haría usted muy mal; esas son reliquias sagradas.

— ¡ Bah ! Á estas horas, mis antepasados son reliquias ellos mismos, y no tienen necesidad de misas.

La comida se iba animando, gracias al vino de Borgoña cuyo consumo aceleraban las especias de Fournichón.

Las voces iban subiendo á un diapasón superior, los platos sonaban, los cerebros se llenaban de vapores, á través de los cuales cada gascón lo veía todo de color de rosa, excepto Militar, que pensaba en su caída, y Carmainges, que pensaba en su paje.

— ¡ Hé ahí nuestra gente alegre ! — dijo Loignac al de su lado, que era precisamente Ernaudón;

— y no saben por qué.

— Ni yo tampoco, — respondió Carmainges; — verdad es que, por lo que á mí toca, soy la excepción, pues no estoy migaja alegre.

— Hacíis mal, caballero, — replicó Loignac; —

porque sois de aquellos para quienes París es una mina de oro, un paraíso de honores, un mundo de felicidades.

Ernautón meneó la cabeza.

— ¡ Y bien ! ¡ veamos !

— No os burléis de mí, señor de Loignac, — dijo Ernautón; — y ya que parecéis tener todos los hilos que hacen mover á la mayor parte de nosotros, hacedme á lo menos la gracia de no tratar al vizconde Ernautón de Carmainges como á un cómico de palo.

— Aun os haré otras gracias más que esa, señor vizconde, — dijo Loignac inclinándose con urbanidad; — os he distinguido entre todos á la primera ojeada, á vos cuya mirada es fiera y dulce, y á ese otro joven que está allí abajo, cuyo ojo es disimulado y sombrío.

— ¿ Cómo le llamáis ?

— El señor de Santa Maline.

— ¿ Y la causa de esa distinción, caballero ? si no es demasiada curiosidad de mi parte.

— Porque os conozco, y nada más.

— ¡ Á mi ! — replicó Ernautón sorprendido; — ¿ me conocéis á mí !

— Á vos y á él; y á todos cuantos están aquí.

— Es extraño.

— Sí, pero es necesario.

— ¿ Por qué es necesario ?

— Porque un jefe debe conocer á sus soldados.

— Y todos estos hombres...

— Serán mis soldados mañana.

— Pero creía que el señor de Epernon...

— ¡ Chut ! No pronunciéis ese nombre aquí, ó más bien no pronunciéis ningún nombre. Abrid los oídos y cerrad la boca, y supuesto que he prometido haceros otras gracias, tomad desde luego este consejo á cuenta.

— Gracias, caballero, — dijo Ernautón.

Loignac limpió su bigote, y levantándose:

— Caballeros, — dijo, ya que la casualidad reúne aquí cuarenta y cinco compatriotas, bebamos un vaso de este vino de España á la prosperidad de todos los presentes.

Esta proposición fué acogida con aplausos frenéticos.

— Están borrachos la mayor parte de ellos, — dijo Loignac á Ernautón; — sería precioso este

momento para hacer á cada uno contar su historia, pero nos urge el tiempo.

Luego levantando la voz :

— ¡Hola! maese Fournichón, — añadió, — haga usted salir de aquí todo lo que es mujeres, chiquillos y lacayos.

Lardilla se levantó renegando, pues aun no había acabado sus postres.

Militor no se movió.

— ¿Me han oído por ahí abajo? — dijo Loignac con una mirada que no sufría réplica... — ¡Vamos, vamos! á la cocina, señor Militor.

Al cabo de algunos instantes no quedaban en la sala más que los cuarenta y cinco convidados y el señor de Loignac.

— Señores, cada uno de vosotros sabe quién le ha hecho venir á Paris, ó cuando menos lo presumo... ¡Bueno, bueno! ¡no digáis su nombre! Lo sabéis, y esto basta... También sabéis que habéis venido para obedecerle.

Un murmullo de asentimiento se levantó de todos los puntos de la sala, sólo que como cada uno sabía únicamente lo que le concernía, é ignoraba á lo que

había venido su vecino, todos se miraron con asombro, movidos por la misma curiosidad.

— ¡Está bien! — dijo Loignac. — Ya os miréis más tarde, caballeros. Perded cuidado, que ya tendréis tiempo para conoceros. ¿Habéis pues venido para obedecer á ese hombre? ¿lo reconocéis así?

— ¡Sí! ¡sí! — gritaron los cuarenta y cinco; — ¡lo reconocemos!

— Pues bien; para comenzar, — continuó Loignac, vais á salir sin ruido de esta hostería para venir al alojamiento que se os ha designado.

— ¿Á todos? — preguntó Santa Maline.

— Á todos.

— Nosotros somos todos llamados, todos somos iguales aquí, — continuó Perducas, cuyas piernas estaban tan vacilantes que, para conservar su centro de gravedad, le fué preciso echar un brazo al cuello de Chaladre.

— ¡Tenga usted cuidado! — dijo éste; — ¡me arruga usted mi ropilla!

— Sí, todos iguales, — repuso Loignac, — ante la voluntad del amo.

— ¡Oh! ¡oh! caballero, — dijo Carmainges

sonrosándose; — perdonad, pues no se me había dicho que el señor de Epernón se llamaría mi amo.

— Aguardad.

— No es eso lo que yo había entendido.

— ¡Aguardad, os digo, maldita cabeza!

El mayor número de los presentes guardó un silencio curioso, y algunos otros un silencio impaciente.

— Aun no os he dicho quién sería vuestro amo, caballeros.

— Sí, — replicó Santa Maline; — pero habéis dicho que tendríamos uno.

— Todos tienen uno, — exclamó Loignac; — pero si sois demasiado orgulloso para reparar en lo que acabáis de decir, buscad más alto; no solamente no os prohibo, sino que os autorizo á ello.

— El rey, — murmuró Carmainges.

— ¡Silencio! — dijo Loignac; — habéis venido aquí para obedecer, por consiguiente obedeced; entretanto, hé aquí una orden que vais á hacerme el gusto de leer en voz alta, señor Ernautón

Ernautón desdobló lentamente el pergamino que le alargaba el señor de Loignac, y leyó en voz alta:
« Ordeno al señor de Loignac que vaya á tomar,

» para mandarlos, á los cuarenta y cinco caballeros
» que he mandado venir á París, con el consentimiento de S. M. »

NOGARET DE LA VALETTE,
duque de Epernón.

Borrachos ó hartos, todos se inclinaron; no hubo desigualdades más que en el equilibrio, cuando tuvieron que levantarse.

— Así, ya me habéis oído, — dijo el señor de Loignac. — Se trata de seguirme en este mismo instante. Vuestros equipajes y criados quedarán aquí, en casa de maese Fournichón, que cuidará de ellos, y adonde más tarde haré que los vengán á tomar; pero, por ahora, apresuraos; las lanchas están aguardando.

— ¿Las lanchas? — repitieron todos los gascones. — ¿Conque vamos á embarcarnos?

Y cambiaron entre sí miradas hambrientas de curiosidad.

— Sin duda que vais á embarcaros, — dijo Loignac. — ¿No hay que pasar el río para ir al Louvre?

— ¡Al Louvre! ¡al Louvre! — murmuraron los

gascones gozosos. — ¡ Cap de Bious ! ¡ vamos al Louvre !

Loignac se separó de la mesa, hizo pasar por delante de él á los cuarenta y cinco, contándolos cual si fueran carneros, y los condujo por las calles hasta la torre de Nesle.

Allí se hallaban tres grandes lanchas, que tomaron á bordo quince pasajeros cada una, y se alejaron al punto de la orilla.

— ¡ Qué diablos vamos á hacer al Louvre ? — se preguntaron los más intrépidos, despejados ya sus cascos por el frío del río, y la mayor parte de ellos muy mezquinamente vestidos.

— ¡ Si á lo menos tuviera yo mi coraza ! — murmuró Pertinaz de Monterabeau.

X.

El hombre de las cerazas.

Mucha razón tenía Pertinaz en sentir la ausencia de su coraza, porque precisamente en aquella hora, por el intermedio del singular lacayo que hemos visto hablaba con tanta familiaridad á su amo, acababa de deshacerse de ella para siempre.

En efecto, al oír aquellas palabras mágicas pronunciadas por la señora Fournichón : « diez escudos, » el lacayo de Pertinaz echó á correr tras del marchante.

gascones gozosos. — ¡ Cap de Bious ! ¡ vamos al Louvre !

Loignac se separó de la mesa, hizo pasar por delante de él á los cuarenta y cinco, contándolos cual si fueran carneros, y los condujo por las calles hasta la torre de Nesle.

Allí se hallaban tres grandes lanchas, que tomaron á bordo quince pasajeros cada una, y se alejaron al punto de la orilla.

— ¡ Qué diablos vamos á hacer al Louvre ? — se preguntaron los más intrépidos, despejados ya sus cascos por el frío del río, y la mayor parte de ellos muy mezquinamente vestidos.

— ¡ Si á lo menos tuviera yo mi coraza ! — murmuró Pertinaz de Monterabeau.

X.

El hombre de las cerazas.

Mucha razón tenía Pertinaz en sentir la ausencia de su coraza, porque precisamente en aquella hora, por el intermedio del singular lacayo que hemos visto hablaba con tanta familiaridad á su amo, acababa de deshacerse de ella para siempre.

En efecto, al oír aquellas palabras mágicas pronunciadas por la señora Fournichón : « diez escudos, » el lacayo de Pertinaz echó á correr tras del marchante.

Como era ya noche y sin duda el marchante de hierro viejo estaba de prisa, y había dado éste último unos treinta pasos cuando Samuel salió de la hostería.

Por consiguiente Guillermo se vió obligado á llamar al marchante.

Este se detuvo con miedo, echó una mirada penetrante sobre un hombre que se dirigía hacia él; pero al verle cargado de mercancías, se quedó parado.

— ¿Qué quiere usted, amigo mío? — le preguntó.

— ¡Pardiez! lo que yo quiero es hacer trato con usted, — respondió el lacayo con un aire ladino.

— Pues bien, entonces despachemos pronto.

— ¿Está usted de prisa?

— Sí.

— Pero ya dará usted tiempo para respirar, ¡qué diablo!

— Sin duda, pero respire usted pronto, que me están aguardando.

Era evidente que el marchante conservaba cierta desconfianza respecto al lacayo.

— Cuando usted haya visto lo que le traigo, — dijo este último, — como usted me parece aficionado, creo que ya se detendrá.

— ¿Y qué es lo que usted me trae?

— Una magnífica pieza, una obra de la que... ¡pero usted no escucha!

— No, estoy mirando.

— ¿Qué?

— ¿Conque no sabe usted, amigo mío, — dijo el hombre de las corazas, — que el comercio de armas está prohibido por un edicto del rey?

Y echó en torno suyo miradas inquietas.

El lacayo creyó oportuno el aparentar ignorarlo.

— Yo no sé nada, — respondió, — pues acabo de llegar de Mont-de-Marsan.

— ¡Ah! Entonces es diferente, — dijo el hombre de las corazas, á quien pareció tranquilizar aquella respuesta; — pero aunque usted acaba de llegar de Mont-de-Marsan, — continuó, — sin embargo ya sabe usted que yo compro armas.

— Sí, cierto es que lo sé.

— ¿Y quién se lo ha dicho á usted?

— ¡Sanguinous! Nadie ha tenido necesidad de

decírmelo, puesto que hace un momento lo ha gritado usted bastante fuerte.

— ¿En dónde?

— En la puerta de la hostería de la *Espada del bizarro Caballero*.

— Según eso estaba usted allí.

— Sí.

— ¿Con quién?

— Con una multitud de amigos.

— ¿Con una multitud de amigos? Pues ordinariamente no hay nadie en esa hostería.

— Entonces ha debido hallarla usted muy cambiada.

— En efecto. ¿Pero de dónde venían todos esos amigos?

— De Gascuña, como yo.

— ¿Son ustedes partidarios del rey de Navarra?

— ¡Quite usted allá! ¡Nosotros somos franceses de corazón y de sangre!

— Sí, pero hugonotes.

— Católicos como nuestro santo padre el Papa, á Dios gracias, — dijo Samuel sacando su gorra, — pero no se trata ahora de eso, se trata de esta coraza.

— Acerquémonos un poco á la pared, si usted tiene á bien, porque estamos demasiado á descubierto en medio de la calle.

Y dieron algunos pasos hasta una casa de mediana apariencia, en cuyas vidrieras no se percibía ninguna luz.

Aquella casa tenía la puerta bajo una especie de sobradillo que formaba un balcón. Un banco de piedra acompañaba á la fachada de la que era el único adorno.

Aquel banco era á la vez útil y agradable, porque servía de estribo á los transeuntes para montar en mulas ó caballos.

— Veamos esa coraza, — dijo el marchante así que llegaron bajo el sobradillo.

— Mire usted.

— Aguarde usted, que siento pasos en la casa.

— No, es en la de enfrente.

El marchante se volvió.

En efecto, enfrente había una casa de dos pisos, de los que el segundo se alumbraba por momentos fugitivamente.

— Despachemos pronto, — dijo el marchante palpando la coraza.

- ¡Hein! ¡qué pesada es! — dijo Samuel.
- ¡Vieja, maciza, ya no es de moda!
- Objeto de arte.
- Seis escudos, ¿los quiere usted?
- ¡Cómo, seis escudos! ¡y acaba usted de dar diez por un viejo resto de coselete!
- Seis escudos, ¿sí, ó no? — repitió el marchante.
- ¡Pero considere usted la cinceladura!
- Para revenderla al peso, ¿de qué sirven las cinceladuras?
- ¡Oh, oh! Aquí regatea usted, — dijo Samuel, — y en la hostería ha dado lo que le han pedido.
- Añadiré un escudo, — dijo el marchante, con impaciencia.
- Sólo los dorados valen catorce escudos.
- Vamos, despachemos pronto, — dijo el marchante, — ó dejémoslo.
- Bueno, dijo Samuel, — usted es un pícaro marchante. Se oculta usted para hacer su comercio, infringe usted los edictos del rey, y regatea con las personas honradas.
- Vamos, vamos, no grite usted de ese modo!

- ¡Ah! Yo no tengo miedo, — dijo Samuel alzando la voz.
- Yo no hago un comercio ilícito y no tengo por qué ocultarme.
- Vamos, vamos, tome usted diez escudos y calle.
- ¿Diez escudos? le digo á usted que los vale sólo el oro. ¡Ah! ¿quiere usted escaparse?
- Yo no quiero escaparme, ¡qué hombre! — balbució.
- Es que si usted trata de escaparse, ya ve usted, grito á la guardia.
- Y diciendo estas palabras, Samuel había levantado tanto la voz, que hubiera sido igual efectuase la amenaza sin hacerla.
- Á este ruido se había abierto una ventana del balcón de la casa á cuyo pie se hacía el trato, y el marchante había oído con terror el ruido de aquella ventana.
- Vamos, vamos, — dijo, — le daré todo lo que usted pide; ahí tiene usted quince escudos, y vaya usted con Dios.
- Acabáramos, — dijo Samuel metiéndose en el bolsillo los quince escudos.

— Es una grande fortuna.

— Pero estos quince escudos son para mi amo,
— continuó Samuel, y yo necesito también alguna cosa.

El marchante miró en torno suyo, desenhainando la mitad de una daga. Era evidente que tenía la intención de hacer á la piel de Samuel un rasgón que le hubiese dispensado para siempre de hacerse con otra coraza para reemplazar la que acababa de vender; pero Samuel tenía el ojo alerta como un pardal que vendimia, y reculó diciendo:

— Sí, sí, buen marchante; veo tu daga, pero aun veo otra cosa; esa figura del balcón que te está viendo también.

El marchante, pálido de espanto, miró en la dirección indicada por Samuel, y vió en efecto al balcón una larga y fantástica criatura, envuelta en una bata con pieles de gato. Aquel Argos no había perdido ni una sílaba ni un ademán de la última escena.

— ¡Vamos, vamos! usted hace de mí lo que quiere, — dijo el marchante con una risa como la del chacal que enseña sus dientes, — ahí tiene

usted un escudo de más. ¡ que el diablo te ahogue!
— añadió en voz baja.

— ¡ Gracias! — respondió, Samuel, — ¡ Buen negocio!

Y saludando al hombre de las corazas, desapareció riéndose socarronamente.

El marchante, que había quedado solo en la calle se puso á recoger la coraza de Pertinaz y acomodarla en la de Fournichón.

El del balcón seguía mirando; luego, cuando vió al marchante bien embarazado:

— Parece, amiguito, que compra usted armaduras, — le dijo:

— No, señor, — respondió el desgraciado marchante, — ha sido una casualidad, y porque la ocasión se ha presentado así.

— ¿ Entonces la casualidad me viene á pedir de boca?

— ¿ Por qué, señor? — preguntó el marchante.

— Figúrese usted que tengo justamente aquí al alcance de mi mano un montón de hierro viejo que me embaraza.

— No diré á usted que no; pero por ahora, como usted ve, tengo todo lo que me hace falta.

— Sin embargo, voy á enseñárselo.
 — Es inútil, porque no tengo más dinero.
 — Que no quede por eso, se lo daré al fiado, porque tiene usted trazas de un hombre muy honrado.
 — Gracias; pero me están aguardando.
 — ¡ Es extraño cómo me parece que le conozco á usted! — dijo el del balcón.
 — ¿ Á mí? — replicó el marchante tratando inútilmente de reprimir un escalofrío.
 — Mire usted esta celada, — dijo el del balcón arrastrando con su largo pie el objeto anunciado, pues no quería dejar el balcón porque el marchante no se escabuliese.
 Y pasó, por el balcón, la celada anunciada á manos del marchante.

— Usted me conoce, — dijo éste, — es decir, cree usted conocerme.

— Es decir, le conozco á usted. ¿ No es usted?...

Y pareció recapacitar; el marchante permaneció inmóvil entretanto.

— ¿ No es usted Nicolás?

La cara del marchante se demudó; se veía temblar la celada en su mano.

— ¿ Nicolás? — repitió.

— Nicolás Truchón, mercader quincallero, calle de la Cassommerie.

— No, no, — replicó el marchante sonriendo y respirando como hombre cuatro veces feliz.

— No importa; usted tiene buena cara, por consiguiente se trata de comprarme la armadura completa: coraza, brazaletes y espada.

— Hágase usted cargo que es comercio prohibido, caballero.

— Ya lo sé; pues bastante alto acaba de decirlo en este momento su vendedor.

— ¿ Lo ha oído usted?

— Perfectamente; hasta ha andado usted generoso en el trato, eso es lo que me ha sugerido la idea de tratar con usted; pero no tenga usted cuidado, que yo no he de abusar, sé bien lo que es el comercio, pues también yo he sido negociante.

— ¡ Ah! ¿ Y qué vendía usted?

— ¿ Qué vendía?

— Sí.

— Favor.

— Buen comercio, caballero.

— Así es que he hecho fortuna.

— Le doy á usted el parabién.

— Resulta de ahí que me gusta el vivir á mis anchuras, y que vendo todo mi hierro viejo porque me incomoda.

— Lo comprendo.

— Aun tengo ahí las corazas. ¡Ah! y los guantes.

— Pero no me hace falta nada de eso.

— Ni tampoco á mí.

— Tomaré solamente la coraza.

— ¿Luego no compra usted más que corazas?

— Sí.

— Es raro, porque al fin usted compra para revender al peso; á lo menos así lo ha dicho usted, y el hierro siempre es hierro.

— Es verdad, pero ya ve usted, con preferencia...

— Como usted guste, compre usted la coraza... ó más bien, tiene usted razón; vamos, no compre usted nada.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Quiero decir que en unos tiempos como éstos, cada uno tiene necesidad de sus armas.

— ¡Cómo! ¿En completa paz?

— Querido amigo, si estuviésemos en completa

paz, no se haría un comercio tal de corazas, ¡cuerpo de Crispo! No soy yo á quien se viene con esas cosas.

— ¡Caballero!

— Y sobre todo tan clandestinamente.

El marchante hizo un movimiento para alejarse.

— Pero en verdad, cuanto más miro á usted más seguro estoy de que le conozco; no, usted no es Nicolás Truchón, pero lo mismo es, le conozco.

— ¡Silencio!

— Y si usted compra corazas.

— ¿Qué?

— Que estoy seguro de que es para hacer una obra grata á Dios.

— ¡Calle usted!

— Usted me encanta, — dijo el de la bata alargando por el balcón un inmenso brazo cuya mano fué á agarrar la del marchante.

— ¿Pero quién diablos es usted? — preguntó éste al sentir su mano apretada como en un torno.

— Yo soy Robert Briquet, apellidado el terror del cisma, amigo de la Unión, y católico rabioso. Ahora le reconozco á usted positivamente.

El marchante se puso pálido.

— Usted es Nicolás... Grimbelot, zurrador de la vaca sin hueso.

— No, usted se equivoca. Adiós, maese Roberto Briquet; tengo un placer en haber hecho su conocimiento.

Y volvió las espaldas al balcón.

— ¡Cómo! ¿usted se va?

— Ya lo ve usted.

— ¿Sin tomarme mi hierro viejo?

— Ya he dicho á usted que no traía dinero.

— Mi criado irá con usted.

— Imposible.

— Entonces ¿cómo hacer?

— ¡Diantre! Quedemos como estamos.

— ¡Cuerpo de Crispo! ya me guardaré bien de ello, porque tengo grandes deseos de cultivar su amistad.

— Y yo de huir de la usted, — replicó el marchante, quien, esta vez, resignándose á abandonar sus corazas y á perderlo todo antes que ser reconocido, puso pies en polvorosa.

Pero Roberto Briquet no era hombre que se dejase batir así; bajó por el balcón á la calle casi

sin necesidad de saltar, y de cinco ó seis zancadas alcanzó al marchante.

— ¿Está usted loco, amigo mío? — dijo poniendo su ancha mano sobre el hombro del pobre diablo. — Si yo fuese su enemigo, si quisiese hacerle prender, no tendría más que gritar, pues á esta hora pasa la ronda por la calle de los Agustinos; pero no, usted es mi amigo, el diablo me lleve, y la prueba es que ahora me acuerdo positivamente de su nombre.

Esta vez el marchante se echó á reír.

Roberto Briquet se puso enfrente de él.

— Usted se llama Nicolás Poulain, dijo, — usted es teniente del prebostazgo de París; bien me parecía que había en esto algo de Nicolás.

— ¡Soy perdido! — balbuceó el marchante.

— Al contrario, se ha salvado usted, ¡cuerpo de Crispo! Jamás hará usted por la buena causa lo que yo tengo intención de hacer.

Nicolás Poulain exhaló un gemido.

— ¡Vamos, vamos! ¡ánimo! — dijo Roberto Briquet; — tranquilícese usted; usted ha hallado un hermano, el hermano Briquet; tome usted una coraza, yo tomaré las otras dos, y le regalaré mis

brazaletes, mis grebas y mis guantes además: vamos, ¡ en marcha, y viva la Unión !

— ¿ Usted me va á acompañar ?

— Le ayudaré á llevar estas armas que deben vencer á los filisteos; enséñeme usted el camino, pues ya le sigo.

Pasó por el alma del infeliz teniente del prebostazgo un relámpago de sospecha muy natural, pero se desvaneció tan pronto como había brillado.

— Si quisiese perderme, — dijo para sí, — ¿ habría confesado que me conocía ?

Luego en voz alta :

— Ya que usted lo quiere absolutamente, venga usted, amigo, — dijo.

— ¡ Amigos hasta la muerte ! — gritó Roberto Briquet apretando con una mano la de su aliado, mientras que con la otra levantaba triunfalmente en el aire su carga de hierro viejo.

Y ambos echaron á andar.

Al cabo de veinte minutos de marcha, Nicolás Poulain llegó al Marais, todo él bañado en sudor, tanto á causa de la rapidez de la marcha, como por el fuego de su conversación política.

— ¡ Qué recluta he hecho ! — murmuró Nicolás

Poulain parándose á corta distancia del palacio de Guisa.

— Sospechaba que mi armadura vendría hacia este lado, — pensó Briquet.

— Amigo, — dijo Nicolás volviéndose con un gesto trágico hacia Briquet, muy confitado en aires inocentes, — antes de entrar en la guarida del león, le dejo á usted reflexionar aún un minuto; es tiempo de que usted se retire si no está muy seguro de su conciencia.

— ¡ Bah ! dijo Briquet. — Á muchos he visto yo, y *non intremuit medulla mea*, — dijo en tono declamatorio. — ¡ Ah ! Perdone usted, puede que no sepa usted latín.

— ¿ Y usted lo sabe ?

— Como usted ve.

— Letrado, atrevido, vigoroso, rico, ¡ qué hazgo ! — dijo para sí Poulain; — vamos, entremos.

Y condujo á Briquet á la gigantesca puerta del palacio de Guisa que se abrió al tercer aldabazo.

El patio estaba lleno de guardias y de hombres embozados en capas, que lo recorrían como fantasmas.

En el palacio no había siquiera una luz.

Ocho de los caballos ensillados y embridados, estaban aguardando en un rincón.

El ruido de la aldaba hizo volverse á la mayor parte de aquellos hombres, los cuales formaron una especie de carrera para recibir á los recién venidos.

Entonces Nicolás Poulain, inclinándose al oído de una especie de conserje que tenía entreabierto el nostiguillo, le declinó su nombre.

— Y traigo un buen compañero, — añadió.

— Pasen ustedes, señores, — dijo el conserje.

— Lleve usted esto á los almacenes, — dijo Poulain entregando á un guardia las tres corazas y el hierro viejo de Roberto Briquet.

— ¡ Bueno ! hay un almacén, — se dijo éste; — va de bueno á mejor : ¡ cáspita ! ¡ qué organizador os hacéis, señor preboste !

— Sí, sí, hay juicio. — respondió Poulain sonriendo con orgullo; — pero venga usted, que yo le presente.

— Tenga usted cuidado, — dijo Briquet, — porque soy excesivamente tímido. Todo lo que yo quiero es que me toleren; cuando haya hecho mis

pruebas, me presentaré yo solo, como dice el Griego, por mis hechos.

— Como usted guste, — respondió el teniente del prebostazgo, — aguárdeme usted aquí.

Y fué á dar la mano á la mayor parte de los paseantes.

— ¡ Qué aguardamos aún ? — preguntó una voz.

— Al amo, — respondió otra.

En aquel momento acababa de entrar en el palacio un hombre de alta estatura; y habia oído las últimas palabras cambiadas entre los misteriosos paseantes.

— Señores, — dijo, — yo vengo en su nombre.

— ¡ Ah ! Es el señor de Mayneville, — exclamó Poulain.

— ¡ Héme aquí en país conocido ! — dijo para sí Briquet haciendo un gesto que le desfiguró completamente.

— Señores, estamos todos; deliberemos, — repuso la voz que se habia hecho oír la primera.

— ¡ Ah ! ¡ bueno ! — dijo Briquet; — este es mi procurador, maese Marteau.

Y cambió de gesto con una facilidad que probaba

lo muy familiares que le eran los estudios fisiológicos.

— Subamos, señores, — dijo Poulain.

El señor de Mayneville pasó el primero, siguióle Nicolás Poulain; los de las capas fueron tras de éste, y Roberto Briquet tras los de las capas.

Todos subieron los peldaños de una escalera exterior que conducía á una bóveda.

Roberto Briquet subía como los otros, aunque murmurando:

— ¿Pero el paje? ¿en dónde diablos está ese paje?

XI.

Aun la Liga.

En el momento en que Roberto Briquet subía la escalera detrás de todo un mundo, dándose un aire bastante decente de conspirador, percibió que Nicolás Poulain, después de haber hablado á sus misteriosos colegas, aguardaba á la puerta de la bóveda.

— Debe ser por mí, — se dijo Briquet.

En efecto, el teniente del prebostazgo detuvo á su nuevo amigo en el mismo momento en que éste iba á pasar el temible umbral.

— Usted no se incomodará conmigo, — le dijo; — pero la mayor parte de nuestros amigos no le conocen á usted, y desean tomar informes antes de admitirle á su consejo.

lo muy familiares que le eran los estudios fisiológicos.

— Subamos, señores, — dijo Poulain.

El señor de Mayneville pasó el primero, siguióle Nicolás Poulain; los de las capas fueron tras de éste, y Roberto Briquet tras los de las capas.

Todos subieron los peldaños de una escalera exterior que conducía á una bóveda.

Roberto Briquet subía como los otros, aunque murmurando:

— ¿Pero el paje? ¿en dónde diablos está ese paje?

XI.

Aun la Liga.

En el momento en que Roberto Briquet subía la escalera detrás de todo un mundo, dándose un aire bastante decente de conspirador, percibió que Nicolás Poulain, después de haber hablado á sus misteriosos colegas, aguardaba á la puerta de la bóveda.

— Debe ser por mí, — se dijo Briquet.

En efecto, el teniente del prebostazgo detuvo á su nuevo amigo en el mismo momento en que éste iba á pasar el temible umbral.

— Usted no se incomodará conmigo, — le dijo; — pero la mayor parte de nuestros amigos no le conocen á usted, y desean tomar informes antes de admitirle á su consejo.

— Es muy justo, — respondió Briquet, — y ya sabe usted que mi natural modestia había previsto esta objeción.

— Le hago á usted justicia, replicó Poulain, — es usted un hombre completo.

— Me retiro, pues, — prosiguió Briquet, muy contento por haber visto en una sola noche á tantos valientes defensores de la Unión católica.

— ¿ Quiere usted que yo le acompañe ? — preguntó Poulain.

— No, gracias; no merece la pena.

— Es que pueden poner á usted dificultades á la puerta, aunque, por otra parte, me están aguardando.

— ¿ No hay una contraseña para salir ? No le reconoceré á usted por eso, maese Nicolás; porque no sería prudente.

— Sí hay.

— Pues bien, démela usted.

— En resumidas cuentas, puesto que usted ha entrado...

— Y que somos amigos.

— Sea; no tiene usted más que decir: *Parma y Lorena*.

— ¿ Y me abrirá el portero ?

— Al instante.

— Muy bien, gracias. Vaya usted á sus negocios, que yo me vuelvo á los míos.

Nicolás Poulain se separó de su compañero y fué á incorporarse á sus colegas.

Briquet dió algunos pasos como para bajar al patio, pero así que llegó al primer escalón, se detuvo, á fin de explorar las localidades.

El resultado de sus observaciones fué que la bóveda se prolongaba paralelamente al muro exterior, que ella guarecía por medio de un ancho sobradillo. Era evidente que aquella bóveda comunicaba con alguna sala baja, propia para aquella misteriosa reunión á que Roberto Briquet no había temido el honor de ser admitido.

Lo que le confirmó en esa suposición, que muy luego se confirmó en certidumbre, fué que vió aparecer una luz á una ventana enrejada, abierta en la pared, y defendida por una especie de embudo de madera, como el que hoy se pone á las ventanas de las cárceles ó de los conventos para interceptar la vista de afuera, y no dejar más que el aire y el aspecto del cielo.

Briquet pensó que aquella ventana era la de la

sala de las reuniones; que si pudiese llegar hasta ella, el sitio sería favorable á las observaciones, y que, colocado en aquel observatorio, podía el ojo suplir fácilmente á los otros sentidos. La dificultad estaba sólo en llegar hasta aquel observatorio, y colocarse allí de manera que pudiese ver sin ser visto.

Briquet miró alrededor suyo.

Estaban en el patio los pajes con sus caballos, los soldados con sus alabardas, y el portero con sus llaves: en suma, toda ella gente alerta y previsora.

Afortunadamente, el patio era muy grande y la noche estaba muy oscura.

Además, los pajes y soldados, habiendo visto á los afiliados desaparecer bajo la bóveda, no se ocupaban ya de nada, y el portero, seguro de que las puertas estaban bien cerradas, y de la imposibilidad de salir sin la contraseña, no se ocupaba más que de arreglar su cama para la noche, y de cuidar un hermoso escalfador de vino con especias, que estaba calentando á la lumbre.

Hay en la curiosidad estimulantes tan enérgicos como en toda pasión. Ese deseo de saber es tan grande, que ha devorado la vida de más de un curioso.

Briquet había recogido hasta allí bastantes datos

para no desear completarlos. Echó una mirada en torno suyo, y fascinado por la luz que aquella ventana enviaba hasta las rejas de hierro, creyó ver en aquel reflejo una señal de llamada, y en aquellas rejas tan relucientes alguna provocación á sus robustos puños.

En consecuencia, resuelto á alcanzar su embudo, se delizó á lo largo de la cornisa que, desde la gradería exterior que aquella parecía continuar como un adorno, iba á dar á la ventana, y siguió la pared como habría podido seguirla un gato ó un mono marehando á gatas por las esculturas de la misma pared.

Si los pajes y soldados hubiesen podido distinguir en la sombra aquella silueta fantástica deslizándose en medio de la pared sin apoyo aparente, de seguro que no habrían podido menos de gritar: magia; y más de uno de aquellos valientes habría sentido erizarse sus cabellos.

Pero Roberto Briquet no les dejó tiempo para ver sus brujerías. De cuatro zancajadas llegó á las rejas, se agarró á ellas, y se metió entre ellas y el embudo, de manera que no pudiesen percibirle de afuera, y que de dentro estuviese casi oculto por la misma reja.

Briquet no se había engañado, y quedó abun-

dantemente recompensado de sus penas y de su audacia, cuando se vió allí.

En efecto, su vista abarcaba una gran sala alumbrada por una lámpara de hierro con cuatro mecheros, y llena de armaduras de toda especie, entre las que, examinando bien, hubiera podido reconocer sus brazaletes y grebas.

Las picas, estoques, alabardas y mosquetes que allí había, colocados en montones ó en pabellones, hubieran bastado para armar cuatro buenos regimientos.

Sin embargo, Briquet fijó menos la atención en las armas que en la asamblea encargada de ponerlas en uso ó de distribuirlas. Sus ardientes miradas penetraban el vidrio espeso y dado de una crasa capa de humo y polvo, para adivinar los rostros conocidos bajo las viseras ó las capuchas.

— ¡ Oh, oh ! — dijo. — Allí está maese Crucé, nuestro revolucionario... Aquí tenemos á nuestro pequeño Brigard, el especiero de la esquina de la calle de los Lombardos... hé allí maese Leclere, que se da el nombre de Bussy, y que ciertamente no se hubiera atrevido á cometer semejante sacrilegio en vida del verdadero Bussy. Será preciso que algún día pregunte yo á ese antiguo maestro de esgrima,

si conoce el bote secreto que ha muerto en Lyon un cierto David, conocido mío. La clase media está grandemente representada, pero la nobleza... ¡ Ah ! el señor de Mayneville, ¡ Dios me perdone ! estrecha la mano de Nicolás Poulain ; es muy tierno, se fraterniza... ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ conque ese señor de Mayneville es orador ? Me parece que se dispone á pronunciar una arenga. Tiene el gesto afable, echa unas miradas persuasivas.

Y en efecto, el señor de Mayneville había principiado un discurso.

Roberto Briquet meneaba la cabeza mientras hablaba el señor de Mayneville, no porque pudiese entender una sola palabra de la arenga, sino porque interpretaba sus ademanes y los de la asamblea.

— No parece que persuade mucho á su auditorio. Crucé le hace gestos. Lachapelle Marteau le vuelve la espalda, y Bussy Leclere se encoge de hombros. ¡ Animo, ánimo, señor de Mayneville ! hablad, sudad, soplad, sed elocuente, ¡ cuerpo de Crispo !... ¡ Oh ! Acabáramos ; hé ahí que se reanima el auditorio... ¡ Oh, oh ! se acercan á él, le estrechan la mano, arrojan al aire los sombreros... ¡ Diablo !

Briquet, como hemos dicho, veía y no podía oír ;

pero nosotros que asistimos en espíritu á las deliberaciones de la borrascosa asamblea, vamos á decir al lector lo que en ella acababa de pasar.

Primeramente, Crucé, Marteau y Bussy se habian quejado al señor de Mayneville de la inacción del duque de Guisa.

Marteau, como procurador, habia tomado la palabra.

— Señor de Mayneville, — habia dicho, — ¿venís de parte del duque Enrique de Guisa? Gracias. Nosotros os aceptamos como embajador, pero nos es indispensable la presencia del mismo duque. Después de la muerte de su glorioso padre, á la edad de diez y ocho años, ha hecho adoptar á todos los buenos franceses el proyecto de la Unión, y nos ha alistado á todos bajo esta bandera. Según nuestro juramento, hemos expuesto nuestras personas y sacrificado nuestra fortuna por el triunfo de esta santa causa, y hé ahí que, á pesar de nuestros sacrificios, nada se progresa, nada se decide. ¡Tened cuidado, señor de Mayneville! porque se cansarán los parisienses, y una vez cansado París, ¿qué se hará en Francia? El señor duque debiera pensar en ello.

Este exordio obtuvo la aprobación de todos los de

la Liga, y Nicolás Poulain, especialmente se distinguió por su celo en aplaudirlo.

El señor de Mayneville respondió con sencillez:

— Señores, si nada se decide, es porque no está en sazón aún. Os ruego que examinéis la situación. El señor duque y su hermano el señor cardenal se hallan en Nancy en observación. El uno está levantando un ejército destinado á contener á los hugonotes de Flandes que el duque de Anjou quiere arrojar sobre nosotros para ocuparnos; el otro despacha correo tras de correo á todo el clero de Francia y al Papa para hacer adoptar la Unión. El señor duque de Guisa sabe lo que vosotros no sabéis, señores; sabe que esa antigua alianza, mal rota entre el duque Anjou y el Bearné, está para anudarse de nuevo. Trátase de ocupar la España por el lado de la Navarra, y de impedirle que nos envíe armas y dinero. El señor duque, antes de hacer nada, y sobre todo antes de venir á París, quiere hallarse en estado de combatir la herejía y la usurpación. Pero á falta del señor de Guisa, tenemos al señor de Mayenne que se multiplica como general y como consejero, y á quien aguardo de un momento á otro.

— Es decir, — interrumpió Bussy, y fué en este

momento cuando se encogió de hombros, — que vuestros príncipes están siempre en donde nosotros no estamos, y jamás en donde necesitamos que estén. ¿Qué hace, por ejemplo, madama de Montpensier?

— Caballero, madama de Montpensier ha entrado esta mañana en París.

— ¿Y nadie la ha visto?

— Sí tal, caballero.

— ¿Y quién la ha visto?

— Salcedo.

— ¡Oh, oh! — exclamó toda la asamblea.

— Pero, — dijo Crucé, — ¿según eso se ha hecho invisible?

— No enteramente, sino inaprehensible, como espero.

— ¿Y cómo se sabe que está aquí? — preguntó Nicolás Poulain. — No presumo que sea Salcedo quien os lo ha dicho.

— Sé que está aquí, — respondió Mayneville; — porque la he acompañado hasta la puerta de San Antonio.

— He oído decir que habían cerrado las puertas, — interrumpió Marteau que codiciaba la ocasión de enjaretar un segundo discurso.

— Sí, señor, — respondió Mayneville con su imperturbable urbanidad, de la que ningún ataque podía hacerle salir.

— ¿Cómo ha hecho ella que se las abrieran?

— Á su manera.

— ¡Ah! ¡Ella tiene el poder de hacer que le abran las puertas de París! — dijeron los de la Liga, celosos y suspicaces como son siempre los pequeños cuando se ligan con los grandes.

— Señores, — dijo Mayneville, — pasaba esta mañana en las puertas de París una cosa que parecéis ignorar, ó cuando menos no saber sino de un modo vago. Se había dado la consigna de no dejar pasar la barrera más que á los que fuesen portadores de un salvoconducto. ¿De quién debía estar visado ese salvoconducto? Lo ignoro. Delante de nosotros, en la puerta de San Martín, han venido cinco ó seis hombres, cuatro de ellos bastante pobremente vestidos y de bien malas trazas, que eran portadores de esos billetes obligados y han pasado por frente de nosotros. Algunos de ellos tenían la insolente bufonería de los que se creen en país conquistado. ¿Quiénes eran esos hombres, qué salvoconductos eran aquéllos? respondednos, señores de

Paris, vosotros que estáis encargados de no ignorar nada relativo á los negocios de vuestra ciudad.

Así Mayneville de acusado se había hecho acusador, que es el gran arte de la oratoria.

— ¡Salvosconductos... Personas aisladas... Admisiones excepcionales á las puertas de París!... ¡ Oh, oh ! ¿ qué quiere decir eso ? — preguntó Nicolás Poulain muy pensativo.

— Si vosotros que habitáis aquí, no sabéis esas cosas, ¿ cómo las hemos de saber nosotros que habitamos la Lorena, pasando todo nuestro tiempo en correr los caminos para unir los dos cabos de ese círculo que se llama Unión ?

— ¿ Y esos hombres, en fin, cómo venían ?

— Los unos á pie, los otros á caballo; unos solos, otros con lacayos.

— ¿ Son gente del rey ?

— Tres ó cuatro tenían trazas de mendigos.

— ¿ Son militares ?

— Sólo tenían dos espadas entre los seis.

— ¿ Son extranjeros ?

— Los creo gascones.

— ¡ Puf ! — exclamaron algunas voces con un acento de desprecio.

— No importa, — dijo Bussy; — aunque fuesen turcos deben despertar nuestra atención. Se tomarán informes acerca de ellos. Señor Poulain, este es un asunto de vuestra incumbencia. Pero todo eso no nos dice nada de los asuntos de la Liga.

— Hay un nuevo plan, — respondió el señor de Mayneville. — Mañana sabréis que Salcedo, que ya nos había vendido, y que debía vendernos otra vez, no solamente no ha hablado, sino que se ha retractado en el cadalso, y eso gracias á la duquesa que, arrastrada tras uno de aquellos portadores de salvosconductos, tuvo el valor de penetrar hasta el cadalso á riesgo de ser ahogada mil veces, y de hacerse ver del paciente con peligro de ser reconocida. En aquel momento se detuvo Salcedo en su efusión; un instante después nuestro valiente verdugo le cortó su arrepentimiento. Así, señores, nada tenéis que temer en cuanto á nuestras empresas de Flandes. Ese terrible secreto se ha ido á sepultar en una tumba.

Esta última frase fué la que atrajo á los de la Liga alrededor del señor de Mayneville.

Briquet adivinaba su alegría por sus movimientos; aquella alegría le inquietaba mucho, y pareció tomar una resolución definitiva.

Se dejó deslizar desde el alto de su embudo sobre el pavimento del patio, y se dirigió hacia la puerta, en donde, habiendo dicho las dos palabras *Parma* y *Lorena*, el portero le dejó libre el paso.

Una vez en la calle, maese Roberto Briquet respiró con tanto estrepito, que denotaba hacia largo tiempo estaba reteniendo la respiración.

El conciliabulo seguía: la historia nos dice lo que en él pasaba.

El señor de Mayneville traía de parte de los Guisas á los futuros insurrectos de París todo el plan de la insurrección.

No se trataba nada menos que de degollar á los personajes importantes de la ciudad conocidos por estar en favor del rey; de recorrer las calles gritando: ¡ *Viva la misa!* ¡ *Mueran los polticos!* y de encender así un nuevo San Bartolomé con los viejos despojos del antiguo; sólo que en el nuevo se confundía á los católicos que pensaban mal con los hugonotes de toda especie.

Obrando de ese modo se quería servir á dos Dioses: al que reina en el cielo y al que iba á reinar en Francia: al Eterno y al señor de Guisa.

XII.

La cámara de S. M. Enrique III, en el Louvre.

En aquella grande cámara del Louvre, en que nuestros lectores han entrado ya tantas veces con nosotros, y en donde hemos visto al pobre Enrique III pasar tan largas y tan crueles horas, vamos á hallarle otra vez, no ya rey, no ya amo, sino abatido, pálido, inquieto y entregado sin reserva á la persecución de todas las sombras que su recuerdo evoca incesantemente bajo aquellas bóvedas.

Mucho había cambiado Enrique desde aquella

Se dejó deslizar desde el alto de su embudo sobre el pavimento del patio, y se dirigió hacia la puerta, en donde, habiendo dicho las dos palabras *Parma* y *Lorena*, el portero le dejó libre el paso.

Una vez en la calle, maese Roberto Briquet respiró con tanto estrepito, que denotaba hacia largo tiempo estaba reteniendo la respiración.

El conciliabulo seguía: la historia nos dice lo que en él pasaba.

El señor de Mayneville traía de parte de los Guisas á los futuros insurrectos de París todo el plan de la insurrección.

No se trataba nada menos que de degollar á los personajes importantes de la ciudad conocidos por estar en favor del rey; de recorrer las calles gritando: ¡ *Viva la misa!* ¡ *Mueran los políticos!* y de encender así un nuevo San Bartolomé con los viejos despojos del antiguo; sólo que en el nuevo se confundía á los católicos que pensaban mal con los hugonotes de toda especie.

Obrando de ese modo se quería servir á dos Dioses: al que reina en el cielo y al que iba á reinar en Francia: al Eterno y al señor de Guisa.

XII.

La cámara de S. M. Enrique III, en el Louvre.

En aquella grande cámara del Louvre, en que nuestros lectores han entrado ya tantas veces con nosotros, y en donde hemos visto al pobre Enrique III pasar tan largas y tan crueles horas, vamos á hallarle otra vez, no ya rey, no ya amo, sino abatido, pálido, inquieto y entregado sin reserva á la persecución de todas las sombras que su recuerdo evoca incesantemente bajo aquellas bóvedas.

Mucho había cambiado Enrique desde aquella

muerte fatal de sus amigos que hemos contado en otra parte. Aquel luto había pasado por encima de su cabeza como un huracán devastador y el pobre rey, que acordándose incesantemente de que era un hombre, no había puesto su fuerza y confianza más que en las afecciones privadas, se había visto despojar, por la muerte celosa, de toda confianza y de toda fuerza, anticipando así el momento terrible en que los reyes van á Dios solos, sin amigos, sin guardias y sin coronas.

Enrique III había recibido golpes crueles. Todo lo que él amaba, había caído sucesivamente en torno suyo. Después de Schomberg, Quélus y Mangirón, muertos en duelo por Livarot y Antragaet, San Megrin había sido asesinado por el señor de Mayenne: las llagas habían quedado abiertas y sangrando. El afecto que profesaba á sus favoritos, de Epernon y Joyeuse, se parecía al que un padre que ha perdido sus mejores hijos conserva á los que le quedan, que aunque conozca muy bien los defectos de éstos, los ama, los contempla, los cuida para que la muerte no se cebe en ellos.

Enrique había colmado de bienes á Epernon, y sin embargo no amaba á Epernon, más que por

intervalos y por capricho, y hasta le aborrecía en ciertos momentos. Entonces era cuando Catalina, esa implacable consejera en quien velaba siempre el pensamiento como la lámpara en el tabernáculo; entonces era cuando Catalina, incapaz de locuras, hasta en su juventud, tomaba la voz del pueblo para censurar los afectos del rey.

Jamás le hubiera dicho, cuando el rey dejaba vacío el tesoro para erigir en condado la posesión de Lavalette y ensancharla regimiento: « Señor, aborreced á esos hombres que no os aman, ó, lo que es aún peor, que no os aman sino por ellos. » Pero, vésele fruncir el ceño, óyesele en un momento de lasitud acusar á de Epernon de avaricia ó cobardía, y al momento hallaba la palabra inflexible que resumía todas las quejas del pueblo y de la soberanía contra de Epernon, y que abría un nuevo surco en el odio real.

De Epernon, gascón incompleto, había tomado, con su astucia y su perversidad nativa, la medida á la debilidad real; sabía ocultar su ambición, ambición vaga, y cuyo objeto era aún desconocido para él mismo; solamente que su avidez le servía de brújula para dirigirse al mundo lejano é ignorado

que le ocultaban aún los horizontes del porvenir, y sólo se gobernaba por esa avidez.

Si por casualidad se hallaba el tesoro un poco provisto, se veía á de Epernón surgir y acercarse con el rostro risueño; si estaba vacío, desaparecía con el labio desdeñoso y el ceño fruncido para encerrarse en su hotel ó en alguna de sus casas de campo, en donde lloraba miseria, hasta que cogía al pobre rey por la debilidad de su corazón y le sacaba alguna nueva dádiva.

Por él el favoritismo se había erigido en oficio; oficio de que él explotaba hábilmente todos los productos posibles. Primeramente no toleraba al rey el menor retardo en pagar al vencimiento de los plazos; luego, cuando más adelante se hizo cortesano y las brisas caprichosas del favor real fueron bastante frecuentes para hacer sólido su cerebro gascón, consintió en tomarse una parte del trabajo, es decir, en cooperar al ingreso de los fondos de que él quería hacer su presa.

Bien conocía él que esa necesidad le arrastraba á hacerse, de cortesano perezoso, que es el mejor de los estados, cortesano activo, que es la peor de todas las condiciones. Entonces deploró muy amar-

gamente los dulces ocios de Quélus, de Schomberg y de Maugirón, que en toda su vida no habían hablado de negocios públicos ni privados, y que convertían tan fácilmente el favor en dinero, y el dinero en placeres; la edad de hierro había sucedido á la edad de oro; el dinero no venía como en otro tiempo, era preciso ir á su encuentro, excavar, para sacarlo de las venas del pueblo como de una mina medio agotada. De Epernón se resignó y se lanzó hambriento en las inextricables dificultades de la administración, devastando acá y acullá á su paso, y apremiando sin hacer caso de las maldiciones cada vez que el ruido de los escudos de oro cubría la voz de los que se quejaban.

El bosquejo rápido y muy incompleto que hemos trazado del carácter de Joyeuse, puede mostrar al lector la diferencia que había entre los dos favoritos que se repartían, no diremos la amistad, sino aquella abundante porción de influencia que Enrique dejaba tomar siempre sobre la Francia á aquellos que le rodeaban. Joyeuse, naturalmente y sin pensar en ello, había seguido las huellas y adoptado la tradición de los Quélus, de los Schomberg, los Maugirón y los San Megrin: amaba al

rey, y se dejaba negligentemente amar por él; sólo que todos aquellos extraños rumores que habían corrido sobre la maravillosa amistad que el rey profesaba á los predecesores de Joyeuse, habían muerto con aquella amistad, y ningún borrón infame manchaba aquel afecto casi paternal de Enrique hacia Joyeuse. Nacido de una familia ilustre y honrada, Joyeuse profesaba, á lo menos en público, respeto á la soberanía, y jamás su familiaridad traspasaba ciertos límites. En medio de la vida moral, Joyeuse era un amigo verdadero; pero ese medio no se presentaba mucho. Ana era joven, arrebatado, enamoradizo, y cuando estaba enamorado era egoísta. Para él era poca cosa el ser feliz por el rey y hacer subir su felicidad hacia su origen; y era todo el ser feliz de cualquiera manera que fuese. Valiente, hermoso, rico, brillaba con ese triple reflejo que forma á las frentes jóvenes una aureola de amor; la naturaleza había hecho demasiado por Joyeuse, y Enrique maldecía algunas veces á la naturaleza, que tan poco le había dejado que hacer por su amigo.

Enrique conocía bien á esos dos hombres, y sin duda los amaba á causa de su contraste. Bajo su

exterior escéptico y caprichoso, Enrique ocultaba un fondo de filosofía que, sin Catalina, se habría desarrollado en un sentido de utilidad notable.

Vendido á menudo, Enrique no fué jamás engañado.

Era, pues, con esa perfecta inteligencia del carácter de sus amigos, con ese profundo conocimiento de sus defectos y cualidades, como alejado de ellos, aislado, triste, en aquella sombría cámara, pensaba en ellos, en sí, en su vida, y miraba en la sombra aquellos fúnebres horizontes delineados ya en el porvenir para muchas vistas menos penetrantes que las suyas.

El asunto de Salcedo le había puesto muy sombrío. Solo entre dos mujeres en semejante momento, Enrique había sentido su desenlace; la debilidad de Luisa le entristecía; la fuerza de Catalina le espantaba. Sentía en fin en sí ese vago y eterno terror que experimentan los reyes señalados por la fatalidad para que una raza se extinga en ellos y con ellos.

Percibir en efecto que, aunque elevado sobre todos los hombres, esa elevación no tiene base sólida; sentir que es uno la estatua incensada, el

ídolo que adoran; pero que los sacerdotes y el pueblo, los adoradores y los ministros, lo inclinan ó levantan según su interés, lo hacen oscilar según su capricho, es para un espíritu altivo la más cruel de las desgracias. Enrique lo sentía vivamente y se irritaba de sentirlo.

Y sin embargo, de vez en cuando, acudía á la energía de su juventud apagada en él antes del fin de esa juventud.

— Al cabo, — se decía, — ¿por qué me he de inquietar? No tengo ya guerras que sostener; Guisa está en Nantes, Enrique en Pau; el uno se ve obligado á encerrar en si mismo su ambición, y el otro no la ha tenido jamás. Los espíritus se calman; ningún francés ha examinado seriamente esa empresa irrealizable de destronar á su rey; esa tercera corona prometida por las tijeras de oro de madama de Montpensier, no es más que un dicho de mujer ofendida en su amor propio; sólo mi madre piensa siempre en su fantasma de usurpación sin poder mostrarme seriamente el usurpador; pero yo, que soy hombre, que, á pesar de mis pesares, tengo aún un cerebro joven, sé á qué atenerme sobre los pretendientes que ella teme.

Yo haré á Enrique de Navarra ridículo, á Guisa odioso, y disiparé con la espada en la mano las ligas extranjeras. ¡Por Dios santo! yo no valía más que valgo hoy, en Jarnac y en Moncontour.

— Sí, — continuaba Enrique dejando caer la cabeza sobre el pecho, — sí, pero entretanto me fastidio, y es mortal el fastidiarse. ¡Eh! ¡hé ahí mi único, mi verdadero conspirador, el fastidio! y mi madre no me habla jamás de éste.

— ¡Mirad si viene alguno á verme esta noche! Joyeuse habia prometido tanto estar aquí temprano... él se divierte; pero, ¿cómo diablos hace para divertirse? De Epernón, ¡ah, ése no se divierte! se enfurruña; aun no ha cobrado la libranza de veinticinco mil escudos sobre las patas hendidas. ¡Y bien! que se enfurruñe á sus anchuras.

— Señor, — dijo el ujier, — el señor duque de Epernón!

Todos los que conocen el fastidio de esperar, las recriminaciones que éste produce contra las personas que se esperan, la facilidad con que se disipa la nube cuando la persona se presenta, comprenderán la solicitud con que el rey ordenó que acercasen un sillón.

— ¡ Ah ! Buenas noches, duque, — dijo, — me alegro infinito de verte.

De Epernón se inclinó con respeto.

— ¿ Por qué no has ido á ver descuartizar á ese pícaro español ? Bien sabías que tenías un puesto en mi balcón, pues he mandado á decírtelo.

— Señor, no he podido.

— ¿ No has podido ?

— No, señor ; tenía que hacer.

— ¿ No se diría en verdad que es mi ministro con su cara de un codo, que viene á anunciarme que no se ha pagado el subsidio ? — dijo el rey encogiéndose de hombros.

— Á fe mía, señor — dijo de Epernón aprovechándose de la ocasión, — V. M. ha acertado ; no se ha pagado el subsidio, y estoy sin un escudo.

— ¡ Bueno ! — exclamó Enrique impaciente.

— Pero, — repuso de Epernón, — no es esto de lo que se trata, y me apresuro á decirlo á V. M., porque podría pensar que son esos los negocios de que me he ocupado.

— Veamos cuáles son esos negocios, duque.

— V. M. sabe lo que ha pasado en el suplicio de Salcedo.

— ¡ Pardiez si lo sé ! como que lo presencié.

— Han intentado arrebatarse el reo.

— Yo no he visto eso.

— Sin embargo, son las voces que circulan por la ciudad.

— Voces sin causa y sin resultado ; nadie se ha movido.

— Yo creo que V. M. está equivocado.

— ¿ Y en qué fundas esa creencia ?

— En que Salcedo ha desmentido delante del pueblo lo que ha declarado delante de los jueces.

— ¡ Ah ! ¿ Conque sabes tú eso ?

— Yo trato de saber todo lo que interesa á V. M.

— Gracias, — pero ¿ adónde vas á parar con ese preámbulo.

— Á esto : un hombre que muere como Salcedo, ha muerto como un excelente servidor, señor.

— Y bien, ¿ qué más ?

— El amo que tiene tales servidores es muy dichoso : hé ahí todo.

— ¿ Y quieres tú decir que yo no tengo tales servidores ó más bien que no tengo ninguno ? Razón tienes, si es eso lo que quieres decir.

— No es eso lo que quiero decir. V. M. hallaría

en la ocasión, y de ello puedo responder cual ninguno, servidores tan fieles como los que ha hallado el amo de Salcedo.

— ¡El amo de Salcedo, el amo de Salcedo!... Acabad de nombrar una vez las cosas, todos vosotros los que me rodeáis, ¿cómo se llama ese amo?

— V. M. debe saberlo mejor que yo, puesto que se ocupa de política.

— Yo sé lo que sé. Dime tú lo que sabes.

— Yo no sé nada; sólo que sospecho muchas cosas.

— ¡Bueno! — dijo Enrique disgustado. — Vienes aquí á espantarme y decirme cosas desagradables, ¿no es verdad? ¡Gracias, duque! Te reconozco bien en eso.

— Vamos; hé ahí que V. M. me trata mal! — dijo de Eperón.

— Creo que con bastante razón.

— No tal, señor. La advertencia de un hombre del puede ser equivocada, pero no por ello ese hombre cumple menos con su deber haciendo esa advertencia.

— Esos son negocios míos.

— ¡Ah! Si V. M. lo toma así, tenéis razón, señor; no hablemos más de esto.

Hubo un silencio que el rey rompió el primero.

— Vamos, — dijo, — no vengas á ponerme sombrío, duque. Estoy ya lúgubre como un Faraón de Egipto en su pirámide: alégrame.

— ¡Ah! señor, la alegría no está siempre á vuestras órdenes.

El rey dió con cólera un puñetazo sobre la mesa.

— ¡Eres un testarudo, un mal amigo, duque!

Ay! ¡no creía yo haber perdido tanto al perder mis servidores de otro tiempo!

— ¡Me atreveré á hacer observar á V. M. que no alienta mucho á los nuevos?

El rey hizo una nueva pausa durante la cual, por toda respuesta, miró con una expresión de las más significativas á aquel hombre cuya grande fortuna había hecho.

De Eperón comprendió.

— V. M. me echa en cara sus beneficios, — dijo con el acento de un gascón consumado. — Yo no le echo en cara mi adhesión.

Y el duque, que aun no se había sentado, tomó el sillón que el rey había mandado aproximarle.

— ¡Lavalette, Lavalette, — dijo Enrique triste-

mente, — tú me despedazas el corazón! tú que tienes tanta grandeza, tú que con tu buen humor podrías ponerme alegre y divertido! Dios me es testigo: que no he querido hablar de Quélus, tan valiente; de Schomberg, tan bueno; de Maugirón, tan puntilloso tratándose de mi honor. No vivía aún en ese tiempo Bussy, Bussy que no era mi partidario, si quieres, pero á quien yo me hubiera atraído á no haber temido hacer sombra á los otros; Bussy que fué la causa involuntaria de su muerte. ¡Ay! ¡Á qué he venido á parar, que hasta echo de menos á mis enemigos! Ciertamente que todos cuatro eran unos valientes. ¡Eh! ¡Dios mío! no te enfades por esto que te digo. ¿Qué quieres, Lavalette? No es tu temperamento para andar á todas las horas del día dando estocadas al primero que llega; pero en fin, querido amigo, si no eres arriesgado y de buen brazo, eres jocoso, agudo, y á veces de buen consejo. Conoces todos mis negocios, como aquel otro amigo más humilde con quien jamás experimenté el fastidio.

— ¿De quién quiere hablar V. M.? — preguntó el duque.

— Tú debieras parecerte á él, de Epernón,

— Pero desearía saber quién es ese que V. M. echa de menos.

— ¡Oh! ¿Dónde estás, pobre Chicot?

De Epernón se levantó muy picado.

— ¡Y bien! ¿qué es lo que haces? — dijo el rey.

— Parece, señor, que V. M. está hoy para recuerdos; y en verdad que no es muy satisfactorio para todos.

— ¿Y por qué?

— Porque V. M., quizá sin pensar en ello, me compara con el señor Chicot, y la comparación no me lisonjea mucho.

— No tienes razón, de Epernón. Yo no puedo comparar con Chicot más que á un hombre á quien ame y que me ame. Chicot era un servidor sólido é ingenioso.

Y Enrique dió un profundo suspiro.

— Presumo que V. M. no me ha hecho duque y par por parecerme á maese Chicot, — dijo de Epernón.

— Vamos, dejemos las recriminaciones, — dijo el rey con una sonrisa tan melancólica que el gascón, á pesar de lo astuto é impudente que era,

se halló más mortificado con aquel sarcasmo tímido, que lo habría estado con un reproche claro.

— Chicot me amaba, — continuó Enrique, — y me falta; he ahí todo lo que puedo decir. ¡ Oh! Cuando pienso que en ese mismo sitio en que tú estás, han estado esos jóvenes, hermosos, valientes y fieles; que allí, sobre aquel mismo sillón en que has dejado tu sombrero, se ha dormido Chicot más de cien veces...

— Tal vez era muy espiritual, — interrumpió de Eperón; — en todo caso, era poco respetuoso.

— ¡ Ay! continuó Enrique. — Ese amigo querido no tiene hoy más espíritu que cuerpo.

Y agitó tristemente su rosario de calaveras que hizo oír un chischás lúgubre, como si estuviese formado de verdaderos huesos de difunto.

— ¡ Eh! ¿ Qué se ha hecho vuestro Chicot? — preguntó de Eperón.

— Ha muerto, — respondió Enrique; — ¡ muerto como todos los que me han amado!

— Y bien, señor, — replicó el duque, — creo que ha hecho bien en morirse; se envejecía, aunque mucho menos que sus chistes, y me han dicho que la sobriedad no era su virtud favorita. ¿ De qué

ha muerto el pobre diablo, señor? ¿ de indigestión?

— Chicot ha muerto de pesar, mal corazón, — replicó el rey con aertud.

— Lo habrá dicho él por haceros reír por última vez.

— Te engañas, pues ni aun ha querido entristecerme con el anuncio de su enfermedad, porque él, que tantas veces me ha visto llorar á mis amigos, sabía lo mucho que siento su pérdida.

— Entonces se ha aparecido su sombra.

— ¡ Ojalá la volviese á ver aun su sombra! No, es su amigo el digno prior Gorenflot quien me ha escrito esa noticia.

— ¡ Gorenflot! ¿ qué cosa es ese Gorenflot?

— Un santo varón á quien he nombrado prior de los Jacobinos, y que habita ese hermoso convento fuera de la puerta de San Antonio, enfrente de la Cruz Faubin, cerca de Bel-Esbat.

— Muy bien; algún mal predicador á quien V. M. habrá dado un priorato de treinta mil libras y á quien se guarda bien hacerle reproches.

— ¡ Ahora te vas á hacer un impio?

— Si eso pudiese curar el fastidio á V. M., probaría...

— ¿Quieres callar, duque? Estás ofendiendo á Dios.

— Chicot era bien impío, y me parece que se le perdonaba.

— Chicot ha vivido en un tiempo en que yo podía reirme aún de alguna cosa.

— Entonces V. M. no tiene razón en echarle de menos.

— ¿Por qué?

— Si V. M. no puede ya reirse de nada, por divertide que fuese Chicot, no le sería de gran recurso.

— Ese hombre era bueno para todo, y no es sólo por su agudeza por lo que le hecho de menos.

— ¿Entonces por qué? supongo que no será por su cara, porque el señor Chicot era muy feo.

— Daba consejos prudentes.

— ¡Vamos! Estoy viendo que, si viviese, le haría V. M. su guardasellos, como ha hecho prior á ese frailote.

— ¡Vamos, duque, te ruego que no te rías de los que me han profesado afecto y á quienes lo he profesado yo mismo. Chicot, desde que ha muerto,

me es sagrado como un amigo verdadero, y cuando yo no tengo ganas de reír, desao que nadie se ría.

— ¡Oh! sea así, señor; yo no tengo más ganas de reír que V. M. Lo que decía es que, hace un momento, echabais de menos á Chicot por su buen humor; es que hace un momento, me pedíais que os alegrase, mientras que ahora deseáis que os entristezca... ¡Parfandious!... ¡Oh perdonad, señor, este maldito jaramento se me escapa á cada instante.

— ¡Bien, bien! ahora estoy sosegado; estoy en el punto en que querías verme cuando has comenzado la conversación por anuncios siniestros. Dime, pues, tus malas noticias, de Eperón, que hay en el rey la fuerza de un hombre.

— No lo dudo, señor.

— Y es una fortuna, porque, mal guardado como estoy, si yo no me guardase á mí mismo, habría muerto diez veces en un día.

— Lo que no desagradaría á ciertos sujetos que yo conozco.

— Contra esos, duque, tengo las alabardas de mis Suizos.

— Son muy impotentes para alcanzar de lejos.

— Contra los que es preciso alcanzar de lejos, tengo los mosquetes de mis arcabuceros.

— Son incómodos para herir de cerca; para defender un pecho real, lo que vale más que las alabardas y los mosquetes, son buenos pechos.

— ¡Ah! ¡Hé ahí lo que yo tenía en otro tiempo! ¡y en sus pechos nobles corazones! Jamás se hubiera llegado hasta mí, en tiempo de esos baluartes vivientes que se llamaban Quélus, Schomberg, Maugirón y San Megrin.

— ¿Es eso, pues, lo que V. M. echa de menos? — preguntó de Epernón que contaba tomar su desquite cogiendo al rey en flagrante delito de egoísmo.

— Yo echo de menos, ante todo, los corazones que latían en aquellos pechos, — respondió Enrique.

— Señor, — dijo de Epernón, — si me atreviese, haría observar á V. M. que yo soy gascón, es decir, previsor é industrioso; que trato de suplir con el ingenio las cualidades que me ha negado la naturaleza; en una palabra, que hago cuanto puedo, es decir, todo lo que debo, y que por consiguiente tengo derecho á decir: Suceda lo que suceda.

— ¡Ah! ¿Es así como sales de embarazos? Vienes á hacerme grande ostentación de los peligros verdaderos ó falsos que corro, y cuando has logrado amedrentarme, te reduces á estas palabras: Suceda lo que suceda. Muchas gracias, duque.

— ¿Quieres, pues, V. M. creer un poco en que hay peligros?

— Sea. Crearé en ellos, si me pruebas que los puedes combatir.

— Me parece que lo puedo.

— ¿Tú lo puedes?

— Sí, señor.

— Bien sé que tienes tus recursos... tus pequeños medios... ¡qué zorro eres!

— No tan pequeños.

— Entonces veamos.

— ¿Consiente V. M. en levantarse?

— ¿Para qué?

— Para venir conmigo hasta las antiguas piezas del Louvre.

— Del lado de la calle del Astruce.

— Precisamente al sitio en que se ocupaban en construir un guarda-muebles, proyecto que ha sido abandonado desde que V. M. no quiere otros mue-

bles que reclinatorios y rosarios de calaveras.

— Están dando las diez en el reloj del Louvre; me parece que no es tan tarde.

— ¿Y qué he ver en esa pieza?

— ¡Caramba! Si os lo digo, será el medio de que no vengáis.

— Muy lejos es, duque.

— Por las galerías, no se tarda más que cinco minutos, señor.

— ¡De Epernón, de Epernón!

— ¿Y bien, señor?

— Si lo que quieres enseñarme no es muy curioso, ¡cuidado contigo!

— Os respondo, señor, que ha de ser curioso.

— Vamos, pues, — dijo el rey levantándose con un esfuerzo.

El duque tomó su capa, y presentó al rey su espada; luego cogiendo un cirio, echó á andar por la galería precediendo á S. M. C., que le siguió con perezoso paso.

XIII.

El dormitorio.

Aunque no eran aún más que las diez, como había dicho de Epernón, reinaba ya en el Louvre un silencio sepulcral, y era tan recio el viento que soplabá, que apenas se oían los pesados pasos de las centinelas y el rechinar de los puentes levadizos.

En menos de cinco minutos, en efecto, llegaron los dos paseantes á los edificios de la calle del Astruce, que había conservado este nombre, aun

bles que reclinatorios y rosarios de calaveras.

— Están dando las diez en el reloj del Louvre; me parece que no es tan tarde.

— ¿Y qué he ver en esa pieza?

— ¡Caramba! Si os lo digo, será el medio de que no vengáis.

— Muy lejos es, duque.

— Por las galerías, no se tarda más que cinco minutos, señor.

— ¡De Epernon, de Epernon!

— ¿Y bien, señor?

— Si lo que quieres enseñarme no es muy curioso, ¡cuidado contigo!

— Os respondo, señor, que ha de ser curioso.

— Vamos, pues, — dijo el rey levantándose con un esfuerzo.

El duque tomó su capa, y presentó al rey su espada; luego cogiendo un cirio, echó á andar por la galería precediendo á S. M. C., que le siguió con perezoso paso.

XIII.

El dormitorio.

Aunque no eran aún más que las diez, como había dicho de Epernon, reinaba ya en el Louvre un silencio sepulcral, y era tan recio el viento que soplabá, que apenas se oían los pesados pasos de las centinelas y el rechinar de los puentes levadizos.

En menos de cinco minutos, en efecto, llegaron los dos paseantes á los edificios de la calle del Astruce, que había conservado este nombre, aun

después de la construcción de San German-l'Auxerrois.

El duque sacó una llave de su bolsillo, bajó algunas escaleras, atravesó un patinejo, y abrió una puerta cimbrada, cubierta de zarzas amarillentas, y cuya parte inferior estaba obstruída por las crecidas hierbas.

Dió diez pasos por un camino sombrío, á cuyo extremo se halló en un patio interior dominado ca uno de sus ángulos por una escalera de piedra.

Aquella escalera iba á dar en una vasta sala, ó más bien á un inmenso pasadizo.

De Epernón tenía también la llave de aquel pasadizo.

Abrió suavemente la puerta, é hizo notar á Enrique el extraño mueblaje que, abierta aquella puerta, se presentó al punto á su vista.

Guarnecíanlo cuarenta y cinco camas, y cada una de éstas estaba ocupada por un durmiente.

El rey miró todas aquellas camas y á todos aquellos durmientes; luego, volviéndose hacia el duque con inquieta curiosidad:

— ¡Y bien! — le preguntó, — ¿quiénes son todos esos que están ahí durmiendo?

— Hombres que duermen aún esta noche, pero que desde mañana no volverán á dormir, sino por su turno.

— ¿Y por qué no volverán á dormir?

— Para que pueda dormir V. M.

— Explicate; ¿esos hombres son, pues, amigos tuyos?

— Escogidos por mí, señor; entresacados como el trigo en el aire; guardias intrépidos que no dejarán nunca á V. M., más que á su sombra, y que, todos nobles, teniendo el derecho de ir adonde quiera que vaya V. M., no dejarán á nadie acercarse á vos á la distancia de una espada.

— ¿Y eres tú quien ha inventado eso, de Epernón?

— ¡Dios mío! Sí, señor; yo solo.

— Se van á reir de ellos.

— No tal; les tendrán miedo.

— ¿Conque tan terribles son tus nobles?

— Señor, es una jauría que vos lanzaréis sobre la pieza que os agrade, y que, no conociendo más que á vos, no teniendo relaciones más que con V. M., no se dirigirán más que á vos para recibir la luz, el calor, la vida.

— Pero eso debe arruinarme.

— ¿Acaso se arruina nunca un rey?

— Ya no puedo pagar á los Suizos...

— Mirad bien á estos recién venidos, señor. ¿y decidme si os parecen gentes de mucho gasto?

El rey echó una mirada sobre aquel dormitorio, que presentaba un aspecto bastante digno de atención, aun para un rey acostumbrado á las bellas divisiones arquitectónicas.

Aquella larga sala estaba cortada, en toda su longitud, por un tabique, en el que el constructor había abierto cuarenta y cinco alcobas colocadas como otras tantas capillas, unas al lado de otras, y dando al pasadizo en uno de cuyos extremos se hallaban el rey y de Epernón.

Una puerta, abierta en cada una de aquellas alcobas, daba acceso á una especie de habitación contigua.

Resultaba de aquella distribución ingeniosa que cada noble tenía su vida pública y su vida murada.

Al público, se presentaba por la alcoba.

En familia, se ocultaba en su pequeña habitación.

La puerta de cada una de aquellas habitacion-

eitas daba sobre un balcón corrido á todo lo largo del edificio.

El rey no comprendió desde luego aquellas sutiles distinciones.

— ¿Por qué me los enseñas así, durmiendo todos en sus camas? preguntó el rey,

— Porque he creído, señor, que de ese modo sería más fácil á V. M. el hacer su inspección. Además, estas alcobas, todas numeradas, tienen una ventaja, que es la de transmitir su número á su inquilino, de manera que cada uno de esos inquilinos será, según la necesidad, un hombre ó un guarismo.

— Está bastante bien ideado, — dijo el rey, — especialmente si sólo nosotros conservamos la clave de toda esta aritmética. Pero los desdichados se ahogarán, si han de vivir siempre en este tabuco.

— V. M. va á dar la vuelta conmigo alrededor, si lo desea, y entrar en la habitación de cada uno de ellos.

— ¡Cáspita! ¡qué guarda-muebles acabas de hacerme, de Epernón! — dijo el rey, dirigiendo la vista sobre las sillas cargadas con la ropa de los

durmientes. — Mucho ha de reir París si encierro aquí los pingajos de estos jaquetones.

— Cierto es, señor, — respondió el duque, — que mis cuarenta y cinco no están suntuosamente vestidos; pero, señor, si todos hubiesen sido duques y pares...

— Sí, comprendo, — dijo sonriendo el rey, — me costarían más de lo que van á costarme.

— Y bien; eso mismo quería decir, señor.

— ¿Cuánto me podrán costar? Veamos. Esto podrá tal vez decidirme, porque en verdad, de Epernón, sus caras no son muy apetitosas.

— Señor, bien sé que están algo flacos y tostados por el sol de nuestras provincias del Sur; pero también yo estaba flaco y tostado como ellos cuando vine á París; se pondrán gordos y blancos como yo.

— ¡Hum! — hizo Enrique echando una mirada oblicua á de Epernón.

Luego, después de una pausa:

— ¿Sabes que roncan como unos chantres tus hidalgos? — dijo el rey.

— Señor, no hay que formar juicio de ellos por esa circunstancia, porque esta tarde han comido largo, y ya veis...

— ¡Calla! Aquí tenemos uno que sueña alto, — dijo el rey aplicando el oído con curiosidad.

— ¿Verdaderamente?

— Sí, ¿qué dirá?... Escucha.

En efecto, uno de aquellos nobles, con la cabeza y los brazos pendientes fuera de la cama, y la boca entreabierta, murmuraba algunas palabras con una melancólica sonrisa.

El rey se aproximó á él de puntillas.

— Si sois una mujer, — decía, — ¡huid! ¡huid!

— ¡Ah! ¡ah! — dijo Enrique, — éste es galante.

— ¿Qué os parece de él, señor?

— Su cara no me es del todo desconocida.

De Epernón aproximó su bujía á la alcoba.

— Luego, tiene las manos blancas y la barba bien atusada.

— Es el señor Ernautón de Carmainges, un guapo muchacho que promete mucho.

— Habrá dejado allá en su país algún amor en embrión, ¡pobre diablo!

— Para no tener otro amor que el de su rey, señor: ya le recompensaremos su sacrificio.

— ¡ Oh ! ¡ oh vaya una figura estrafalaria la que sigue á tu señor... ¿ cómo le llamas ?

— Ernautón de Carmainges.

— ¡ Ah, sí ! ¡ Peste, qué camisa tiene el número 3 ! Se diría que es un saco de penitente.

— Ese es el señor de Chalabre ; si él arruina á V. M., os respondo que no lo hará sin enriquecerse un poco.

— ¿ Y esotra cara sombría que no tiene trazas de soñar en amor ?

— ¿ Qué número, señor ?

— Número 12.

— Fina espada, corazón de bronce, hombre de recursos : el señor de Santa Maline, señor.

— Pero, bien reflexionado, ¿ sabes que has tenido una bonita idea, Lavalette ?

— Ya lo creo ; juzgad, señor, qué efecto van á producir estos nuevos perros de guardia, que no se separarán más de V. M. que la sombra del cuerpo ; estos molosos que nunca han sido vistos en ninguna parte, y que, en la primera ocasión, van á mostrarse de un modo que nos hará honor á todos.

— Sí, sí, tienes razón, no es mala idea. Pero escucha.

— ¿ Qué ?

— Supongo que no me seguirán como mi sombra con ese equipaje. Mi cuerpo es airoso, y no quiero que su sombra, ó más bien sus sombras lo deshonren.

— ¡ Ah ! Volvemos á la cuestión del guarismo.

— ¿ Contabas eludirla ?

— No, señor, al contrario ; es en todas las cosas la cuestión fundamental ; pero respecto de ese guarismo, he ideado también una cosa.

— ¡ De Epernón, de Epernón !

— ¿ Qué queréis, señor ? El deseo de agradar á V. M. dobla mi imaginación.

— Vamos, di esa idea.

— Y bien, si de mí dependiera, cada uno de estos hidalgos hallaría mañana por la mañana, sobre el taburete en que están sus guiñapos, un bolsillo de mil escudos en pago del primer semestre.

— ¡ Mil escudos por el primer semestre ! ¡ seis mil libras por año ! Vamos, estás loco, duque. Un regimiento entero no costaría tanto.

— Olvidáis, señor, que están destinados á ser las sombras de V. M. ; y, vos mismo lo habéis dicho, deseáis que esas sombras estén vestidas decente-

mente. Así pues, cada uno tendrá que sacar de esos mil escudos para vestirse y armarse de un modo que os haga honor. Y sobre la palabra honor, hay que dejar la rienda algo suelta á los gascones. Por consiguiente, destinando mil y quinientas libras para el equipo, vendrían á quedar cuatro mil quinientas libras por el primer año, tres mil por el segundo y los otros.

— Es más aceptable.

— ¿Y V. M. acepta?

— Hay para ello alguna dificultad, duque.

— ¿Cuál?

— La falta de dinero.

— ¿La falta de dinero?

— ¡Diantre! Tú debes saber mejor que ningún otro que la razón que alego no es mala, puesto que todavía no has podido hacer que te pagasen tu letra.

— Señor, he hallado un medio.

— ¿De hacerme tener dinero?

— Para vuestra guardia, sí, señor.

— Algún juego de avariento, — pensó el rey mirando á de Epernón de lado. Luego en voz alta:

— Veamos ese medio, le dijo.

— Se ha refrendado hace hoy mismo seis meses

un edicto sobre los derechos de caza y de pesca.

— Es posible.

— El pago del primer semestre ha producido sesenta y cinco mil escudos, que el tesorero del ahorro iba á entrar en caja esta mañana, cuando le previne que no lo hiciese; de manera que en lugar de ingresarlo en el tesoro, tiene á disposición de V. M. el dinero de la contribución.

— Lo destinaba á las guerras, duque.

— Y bien, precisamente, señor. La primera condición de la guerra es tener hombres; el primer interés del reino es la defensa y seguridad del rey; pagando la guardia del rey se llenan todas estas condiciones.

— La razón no es mala, pero, según tu cuenta, no veo empleados más que cuarenta y cinco mil escudos, por consiguiente, van á quedarme veinte mil escudos para mis regimientos.

— Perdonad, señor, he dispuesto, salvo el beneplácito de V. M., de esos veinte mil escudos. ®

— ¡Ah! ¿Has dispuesto de ellos?

— Sí, señor, será un descuento de mi letra.

— Ya estaba yo seguro de ello, — dijo el rey; — me das una guardia para cobrar tu dinero.

— ¡ Oh ! ¿ cómo podéis decirme eso, señor ?

— Pero, ¿ por qué esa cuenta justa de cuarenta y cinco ? — preguntó el rey pasando á otra idea.

— Hé aquí la razón, señor: el número 3 es primordial y divino; además es cómodo. Por ejemplo, cuando un jinete tiene tres caballos, nunca queda á pie: el segundo reemplaza al primero que está cansado, y luego le queda otro para reemplazar al segundo en caso de herida ó de enfermedad. Así pues, tendréis siempre tres veces quince gentileshombres: quince de servicio, treinta de descanso. Cada servicio durará doce horas, y durante esas doce horas, tendréis siempre cinco á la derecha, cinco á la izquierda, dos delante y tres detrás. Que vengan á atacaros con semejante guardia.

— ¡ Por Dios santo, que está bien combinado, duque ! y te doy la enhorabuena.

— Miradlos, señor; verdaderamente hacen muy buen efecto.

— Sí, vestidos no estarán mal.

— ¡ Ahora creéis que tengo derecho á hablaros de los peligros que os amenazan, señor !

— No digo que no.

— ¿ Luego tenía razón ?

— Sea.

— ¡ No es al señor de Joyeuse á quien habría ocurrido esta idea !

— ¡ De Epernón, de Epernón ! ¿ no es caritativo hablar mal de los ausentes !

— ¡ Parfandious ! vos habláis bien mal de los presentes, señor.

— ¡ Ah ! Joyeuse me acompaña siempre. Hoy estaba conmigo en la Greve.

— Y bien; yo estaba aquí, señor, y ya ve V. M. que no perdía el tiempo.

— Gracias, Lavalette.

— Á propósito, señor, — dijo de Epernón después de un instante de silencio, — tenía una cosa que pedir á V. M.

— En efecto, duque, ya extrañaba mucho que no me pidieses nada.

— V. M. está cruel hoy, señor.

— ¡ Eh ! No, tú no comprendes, amigo mío, — dijo el rey cuya venganza había quedado satisfecha con la sátira, — ó más bien me comprendes mal; decía que, habiéndome hecho un servicio, tenías derecho á pedirme alguna cosa; pide, pues.

— Eso es diferente, señor. Además, lo que yo pido á V. M. es un cargo.

— ¡ Un cargo ! ¿ Tú, coronel de infantería, quieres aún un cargo ? ¿ No ves que te abrumará ?

— Para el servicio de V. M. soy fuerte como Sansón; para el servicio de V. M. puedo llevar en mis hombros el cielo y la tierra.

— Pide, pues, — dijo el rey suspirando.

— Deseo que V. M. me confiera el mando de estos cuarenta y cinco nobles.

— ¡ Cómo ! — replicó el rey atónito. ¿ Tú vas á marchar delante y detrás de mí ? ¿ vas á consagrarte á mí hasta ese punto ? ¿ Quieres ser capitán de los guardias !

— ¡ No, señor, no !

— Enhorabuena. Entonces ¿ qué quieres ? habla.

— Quiero que estos guardias, mis compatriotas, comprendan mejor mi mando que el de ningún otro; pero yo no los precederé ni los seguiré; tendré un segundo jefe á mis órdenes.

— Aun hay algún gato encerrado en esto, — pensó el rey; — este diablo de hombre siempre da para recibir.

Luego en voz alta :

— Y bien, sea; tendrás tu mando.

— ¿ Secreto ?

— Sí; pero ¿ quién ha de ser oficialmente jefe de estos cuarenta y cinco ?

— El pequeño Loignac.

— ¡ Ah !... Tanto mejor.

— ¿ Le place á V. M. ?

— Perfectamente.

— ¿ Queda convenido así, señor ?

— Sí, pero...

— ¿ Pero qué ?

— Qué papel desempeña cerca de ti ese Loignac ?

— Es mi de Epernon, señor.

— Entonces te debe costar caro, — dijo entre dientes el rey.

— ¿ V. M. dice ?...

— Digo que le acepto.

— Señor, voy á casa del tesorero de la caja de ahorro á buscar los cuarenta y cinco mil escudos.

— ¿ Esta noche ?

— ¿ No es preciso que nuestros hombres los hallen mañana sobre sus sillas ?

— Es justo. Ve; yo me vuelvo á mi cuarto.

— ¿ Contento, señor ?

— Bastante.

— En todo caso, bien guardado.

— Sí, por hombres que duermen con los puños cerrados.

— Mañana velarán, señor.

De Epernón acompañó á Enrique hasta la puerta de la galería, y se separó de él diciendo para sí:

— Si no soy rey, tengo guardias como un rey, y que no me cuestan nada, ¡ parlandious !

XIV.

La sombra de Chieet.

Como hemos dicho hace poco, el rey no tenía jamás decepciones sobre sus amigos. Conocía sus defectos y sus virtudes, y leía, rey de la tierra, en lo más profundo de su corazón tan exactamente como podía hacerlo el rey del cielo.

Había comprendido desde luego adónde quería ir á parar de Epernón ; pero como se prometía no recibir nada en cambio de lo que él diese, y, por el contrario, recibía cuarenta y cinco estaferos en

— Bastante.

— En todo caso, bien guardado.

— Sí, por hombres que duermen con los puños cerrados.

— Mañana velarán, señor.

De Epernón acompañó á Enrique hasta la puerta de la galería, y se separó de él diciendo para sí:

— Si no soy rey, tengo guardias como un rey, y que no me cuestan nada, ¡ parlandious !

XIV.

La sombra de Chieet.

Como hemos dicho hace poco, el rey no tenía jamás decepciones sobre sus amigos. Conocía sus defectos y sus virtudes, y leía, rey de la tierra, en lo más profundo de su corazón tan exactamente como podía hacerlo el rey del cielo.

Había comprendido desde luego adónde quería ir á parar de Epernón ; pero como se prometía no recibir nada en cambio de lo que él diese, y, por el contrario, recibía cuarenta y cinco estaferos en

cambio de sesenta y cinco mil escudos, la idea del gascón le pareció un hallazgo.

Además era una novedad. Un pobre rey de Francia no está siempre muy provisto de esa mercancía, tan rara aun para los súbditos. Especialmente Enrique III, que, cuando había hecho sus procepciones, peinado sus perros, repasado sus calaveras y exhalado su cantidad requerida de suspiros, no tenía nada que hacer.

Así pues, la guardia establecida por de Epernón agradó al rey, especialmente porque hablarían de ella, y podría por consiguiente leer en las fisonomías algo más de lo que en ellas veía diariamente en los diez años desde su vuelta de Polonia.

Poco á poco y según se iba acercando á su cuarto en donde le aguardaba el ujier, bastante sorprendido de aquella excursión nocturna é inusitada, Enrique se explicaba á sí mismo las ventajas de la institución de los cuarenta y cinco, y, como todos los espíritus débiles ó debilitados, columbraba las ideas que de Epernón había emitido en la conversación que con él acababa de tener.

— En realidad, — pensó el rey, — esos hombres son sin duda valientes y quizá me serán muy adie-

tos. Algunos de ellos tienen caras afables, otros las tienen de vinagre, y, á Dios gracias, habrá para todos... y además es muy hermoso un acompañamiento de cuarenta y cinco espadas siempre prontas á salir de la vaina.

Este último eslabón de su pensamiento, uniéndose al recuerdo de aquellas otras espadas tan adictas que él deploraba tan amargamente en voz alta, y más amargamente aún en voz baja, condujo á Enrique á aquella profunda tristeza en que tan á menudo caía en la época á que hemos llegado, que podía llamarse su estado habitual. Los tiempos tan crueles, los hombres tan malvados, las coronas tan vacilantes en la cabeza de los reyes, le impusieron por segunda vez esa inmensa necesidad de morir ó de divertirse, para evadirse un instante de esa enfermedad que, ya en aquella época, los ingleses, nuestros maestros en melancolía, habían bautizado con el nombre de esplin.

● Buscó con la vista á Joyeuse, y como no le viese en ningún lado, preguntó por él.

— Aun no ha vuelto el señor duque, — dijo el ujier.

— Está bien. Llama á mi ayuda de cámara y retírate.

— Señor, el cuarto de V. M. está preparado, y S. M. la reina ha mandado tomar las órdenes del rey.

Enrique se hizo el sordo.

— ¿Se debe mandar decir á S. M. que pongan el traversero? — se aventuró á preguntar el ujier.

— No, no, — dijo Enrique, — tengo que rezar mis devociones, tengo que hacer, y además estoy algo indispuerto, dormiré solo.

El ujier se inclinó.

— Á propósito, — dijo Enrique llamándole, — lleva á la reina estos confites de Oriente que son buenos para conciliar el sueño.

Y le entregó una cajita.

El rey entró en su cuarto, que en efecto habían preparado los criados. Una vez allí, Enrique echó una ojeada sobre todos los accesorios tan exquisitos, tan minuciosos de las extravagantes toaletas que él hacía no había mucho tiempo, para ser el hombre más hermoso de la cristiandad, ya que no podía ser el rey más grande.

Pero nada le hablaba ya en favor de aquel trabajo

forzado que con tanto ánimo arrostraba en otro tiempo. Todo lo que antes había de mujer en aquella organización hermafrodita, había desaparecido. Enrique era como esas viejas coquetas que han cambiado el tocador por un ordinario de la misa: casi tenía horror á los objetos que más caros le habían sido.

Guantes perfumados, máscaras de tela fina impregnadas de pastas, combinaciones químicas para rizar los cabellos, ennegrecer la barba, sonrosar la oreja y dar brillo á los ojos, todo lo descuidó aún, como lo descuidaba hacía tiempo.

— ¡ Mi cama ! — dijo con un suspiro.

Dos criados le desnudaron, le vistieron unos calzoncillos de fina lana de Frisia, y levantándole con precaución, le deslizaron entre las sábanas.

— ¡ El lector de S. M. ! — gritó una voz.

Porque Enrique, hombre de largos y crueles insomnios, se hacía algunas veces adormecer con la lectura, y aun esa era preciso que fuese en polaco, mientras que en otro tiempo, es decir primitivamente, le bastaba el francés.

— No, nadie, que no venga el lector, — dijo Enrique, — ó que lea las oraciones en su cuarto

por mi intención; sólo el señor de Joyeuse, si entra, decídle que venga.

— ¿Pero si entra tarde, señor?

— ¡Ay! — dijo Enrique, — ¡siempre entra tarde! pero sea la hora que sea, ¿lo entendéis? decídle que venga.

Los criados apagaron los cirios, encendieron cerca de la chimenea una lámpara de esencias que despedía llamas pálidas y azuladas, especie de recreación fantasmagórica de que el rey estaba muy encantado desde que le volvieron sus ideas sepulcrales, y luego se salieron de puntillas de su cuarto.

Enrique, valiente en presencia del peligro verdadero, tenía todo el miedo, todas las debilidades de los niños y las mujeres. Temía las apariciones, tenía miedo á las fantasmas, y sin embargo ese sentimiento le ocupaba: teniendo miedo, se fastidiaba menos. Parecido en esto al preso, que, fastidiado de la ociosidad de una larga detención, respondía á los que le anunciaban que iban á darle tormento:

— Bueno; eso siempre me distraerá un rato.

Sin embargo, siguiendo los reflejos de su lám-

para sobre las paredes, sondeando con la vista los ángulos más oscuros del cuarto, y tratando de percibir el menor ruido que hubiese podido denunciar la misteriosa entrada de un espectro, los ojos de Enrique, fatigados del espectáculo del día y de la excursión nocturna, se velaron, y á muy luego se durmió, ó más bien se amodorró en aquella calma y soledad.

Pero los reposos de Enrique no eran largos; minado por la fiebre sorda que le consumía la vida durante el sueño como estando despierto, creyó oír ruido en su cuarto y se despertó.

— Joyeuse, — dijo, — ¿eres tú?

Nadie respondió.

Las llamas de la lámpara azul se habían amortiguado, y ya no enviaban hasta el techo de encina esculpido más que un círculo pálido, que enverdecía el oro de los artesones.

— ¡Solo, solo aún! — murmuró el rey. — ¡Ah! Razón tiene el profeta: «La majestad debería suspirar siempre;» mejor hubiera dicho: suspira siempre.

Luego, después de un instante de pausa:

— ¡Dios mío, — dijo en forma de rezo, —

dadme la fuerza de estar siempre solo durante mi vida, como lo estaré después de mi muerte!

— ¡Eh, eh! Solo después de tu muerte no es muy seguro, — respondió una voz estridente que vibró como una percusión metálica á algunos pasos de la cama; — ¿y los gusanos, por quiénes los tomas tú?

El rey, despavorido, se sentó, interrogando con ansiedad á cada mueble del cuarto.

— ¡Oh, yo conozco esta voz! — murmuró.

— Es una fortuna, — murmuró la voz.

Un sudor frío bañó la frente del rey.

— Diríase que es la voz de Chicot, — dijo suspirando.

— ¡Que te quemas, Enrique, que te quemas! — respondió la voz.

Entonces, Enrique, sacando una pierna de la cama, percibió á alguna distancia de la chimenea, en el mismo sillón que una hora antes había designado á de Epernón, una cabeza sobre la que la luz derramaba uno de esos reflejos, que en los fondos de Rembrandt iluminan un personaje que apenas se percibe á la primer ojeada.

Ese reflejo caía sobre el brazo del sillón en que

estaba apoyado el brazo de aquel personaje; luego sobre su rodilla huesuda y saliente; después sobre el empuje del pie formando ángulo recto con una pierna nerviosa, descarnada y desmesuradamente larga.

— ¡Dios me ampare! — exclamó Enrique, — ¡es la sombra de Chicot!

— ¡Ah! mi pobre Enrique, — dijo la voz, — ¿conque eres siempre tan tonto?

— ¿Qué quiere decir eso?

— Que las sombras no hablan, imbécil, puesto que no tienen cuerpo, ni por consiguiente lengua, — repitió la figura sentada en el sillón.

— ¿Entonces tú eres verdaderamente Chicot? — replicó el rey embriagado de gozo.

— En cuanto á eso no quiero decidir nada; ya veremos más tarde lo que soy, ya veremos.

— ¡Cómo! ¿Conque no has muerto, mi pobre Chicot?

— ¡Vamos, bueno va! Ya gritas como un águila: sí tal, al contrario, he muerto, cien veces muerto.

— ¡Chicot, mi único amigo!

— Á lo menos, tú me llevas la ventaja de ser

siempre la misma cosa. ¡ Tú no has cambiado !
¡ Caramba !

— ¡ Pero tú, tú, — dijo tristemente el rey, —
has cambiado, Chicot ?

— Así lo espero.

— Chicot, mi amigo, — dijo el rey poniendo los
pies en el suelo, — ¿ por qué me has dejado ?

— Porque he muerto.

— ¡ Pero acabas de decir que no !

— Y lo repito.

— ¿ Qué quiere decir esa contradicción ?

— Esta contradicción quiere decir, Enrique, que
estoy vivo para unos, y muerto para otros.

— Y para mí, ¿ cómo estás ?

— Muerto.

— ¿ Por qué muerto para mí ?

— Fácil es de comprender. Escucha bien.

— Ya escucho.

— Tú no eres el dueño de tu casa.

— ¡ Cómo !

— Tú no puedes nada en favor de los que te
sirven.

— ¡ Chicot !

— No te enfades, ó me enfado.

— Sí, tienes razón, — dijo el rey temblando que
se desvaneciese la sombra de Chicot, — habla,
amigo mío, habla.

— Y bien, tenía yo un asuntito que ventilar con
el señor de Mayenne, ¿ te acuerdas ?

— Perfectamente.

— Lo ventilo : bien. Doy una buena zurra á ese
capitán sin igual ; muy bien. Él me hace buscar
para ahorcarme, y tú, con quien yo contaba para
defenderme contra ese héroe, en lugar de prote-
germe me abandonas ; en lugar de rematarlo, te
arreglas con él. ¿ Qué hice yo entonces ? Me declaré
muerto y enterrado por medio de mi amigo Go-
renflot ; de suerte que desde entonces el señor
de Mayenne, que me andaba buscando, ya no
me busca.

— ¡ Espantoso valor has tenido en eso, Chicot !

¿ No sabías el dolor que había de causarme tu
muerte ? Di.

— Sí, eso es valiente, pero de ningún modo
espantoso. Jamás he vivido tan tranquilo como
después que todos están persuadidos de que he
muerto.

— ¡ Chicot, Chicot, mi amigo ! — exclamó el

rey, — ¡tú me espantas, mi cabeza se pierde!

— ¡Bah! ¿no notaste eso hasta hoy?

— Yo no sé qué creer.

— ¡Diantre! Sin embargo preciso es que te fijes en alguna cosa, ¿qué es lo que crees? Veamos.

— Y bien; yo creo que estás muerto y que vuelves del otro mundo.

— Entonces, miento yo; gracias por el cumplimiento.

— Tú me ocultas una parte de la verdad cuando menos; pero en este momento, como los espectros de la antigüedad, vas á decirme cosas terribles.

— ¡Ah! en cuanto á eso, no digo que no. Espérate, pues, pobre rey.

— Sí, sí, — continuó Enrique, — confiesa que eres una sombra suscitada por el Señor.

— Confesaré todo lo que tú quieras.

— Porque, en fin, sin eso, ¿cómo habrías venido aquí por pasadizos que están guardados? ¿cómo te hallarías aquí, en mi cuarto, cerca de mí? ¡Conque ahora entra en el Louvre el que se le antoja! ¡Conque es así como guardan al rey!

Y Enrique, abandonándose completamente al terror vertiginoso que acababa de acometerle, se

echó en la cama dispuesto á cubrirse la cabeza con las sábanas.

— ¡Vamos, vamos! — dijo Chicot con acento que ocultaba alguna compasión y mucha simpatía.

— ¡Vamos, no te acalores! no tienes más que tocarme para convencerte.

— ¿Luego eres un mensajero de venganza?

— ¡Cuerpo de Crispo! ¿acaso tengo yo cuernos como Satanás, ó una espada flamígera como el arcángel Miguel?

— Entonces, ¿cómo has entrado?

— ¿Vuelves á la misma cantinela?

— Sin duda.

— Y bien; sábetelo, pues, que conservo aquella llave que tú me has dado y que yo me colgué al cuello para hacer rabiar á los gentileshombres de cámara, que sólo tenían el derecho de colgársela atrás. Y bien, con esa llave se entra, y he entrado.

— ¿Entonces por la puerta secreta?

— Sin duda.

— Pero ¿por qué has entrado hoy y no ayer?

— ¡Ah! Es verdad, esa es la cuestión. Y bien, vas á saberlo.

Enrique bajó sus sábanas, y con el mismo acento de sencillez que habría tomado un niño :

— Te suplico que no me digas nada desagradable, Chicot, — replicó. — ¡ Oh ! ¡ Si supieras qué placer me hace experimentar tu voz !

— Yo te voy á decir la verdad, y nada más. Si la verdad es desagradable, tanto peor.

— No es serio tu miedo al señor de Mayenne, ¿ no es verdad ? — dijo el rey.

— Al contrario, es muy serio. Tú comprendes ; el señor de Mayenne ha hecho darme cincuenta palos, yo tomé mi revancha y le devolví cien zurriagazos con la vaina de la espada ; supón que dos de estos zurriagazos valen un palo, y estamos pagos. ¡ Cuidado con el desquite ! supón que uno de los zurriagazos valga un bastonazo, y quizá sea esta la opinión del señor de Mayenne ; entonces aun me está debiendo cincuenta palos ó zurriagazos ; yo nada temo tanto como á los deudores de ese género, y ni aun hubiera venido aquí por mucho que necesitases de mí, si no hubiese sabido que el señor de Mayenne está en Soissons.

— Y bien, Chicot ; siendo así, puesto que has

vuelto del otro mundo sólo por mí, te tomo bajo mi protección, y quiero...

— ¿ Qué quieres ? ¡ Cuidado, Enriqueito ! Siempre que pronuncias la palabra quiero, estás pronto á decir alguna tontería.

— Quiero que resucites, que salgas en medio del día.

— ¡ Si lo decía yo !

— Yo te defenderé.

— ¡ Bueno !

— Chicot, te empeño mi palabra real.

— ¡ Bah ! Tengo una cosa mejor.

— ¿ Qué tienes ?

— Mi escondrijo, y permaneceré en él.

— Yo te lo prohibiré, te digo, — exclamó el rey enérgicamente enderezándose en la grada de su cama.

— Enrique, — dijo Chicot, — vas á resfriarte ; te suplico que te vuelvas á acostar.

— Tienes razón, pero me estás exasperando, — dijo el rey volviendo á meterse entre sus sábanas. — ¡ Cómo ! ¡ Cuando yo, Enrique de Valois, rey de Francia, me hallo con bastantes Suizos, Escoceses, guardias franceses y nobles para mi defensa, el

señor Chicot no se halla contento y en seguridad!

— Escucha, veamos... ¿cómo has dicho eso? Tú tienes los Suizos...

— Sí, mandados por Tocquenot.

— Bien. Tú tienes los Escoceses.

— Sí, mandados por Larchant.

— Muy bien. Tienes los guardias franceses.

— Mandados por Crillon.

— Á las mil maravillas. ¿Y luego?

— Y luego... No sé si debería decirte esto.

— No lo digas. ¿Quién te lo pregunta?

— Y luego, una novedad, Chicot.

— ¿Una novedad?

— Sí, figúrate cuarenta y cinco esforzados nobles...

— ¿Cuarenta y cinco! ¿Cómo dices eso?...

— Cuarenta y cinco nobles.

— ¿En dónde los has hallado? En todo caso, no habrá sido en París.

— No, pero han llegado hoy á París.

— ¡Táte, táte! — dijo Chicot iluminado de una idea súbita: ya conozco yo á tus nobles.

— ¿Verdaderamente?

— Cuarenta y cinco miserables á quienes no falta más que las alforjas.

— No digo que no.

— Unas fachas que excitan la risa.

— Chicot, los hay entre ellos de una figura soberbia.

— En fin, gascones como el coronel-general de tu infantería.

— Y como tú, Chicot.

— ¡Oh! En cuanto á mí, Enrique, eso es muy diferente: yo no soy gascón desde que dejé la Gascuña.

— ¿Y ellos?

— Muy al contrario: ellos no eran gascones en Gascuña, y aquí son archigascones.

— No importa, tengo cuarenta y cinco espadas temibles.

— Mandadas por la cuadragésima sexta espada temible que se llama de Epernon.

— No precisamente por él.

— ¿Por quién?

— Por Loignac.

— ¡Puf!

— No vengas ahora á despreciar á Loignac.

— Ya me guardaré bien; es primo mío en el vigésimosexto grado.

— Vosotros los gascones todos sois parientes.

— Todo lo contrario de vosotros los de Valois, que nunca lo sois.

— En fin, responderás.

— ¿A quién?

— A mis cuarenta y cinco.

— ¿Y es eso con lo que cuentas defenderte?

— ¡Sí, voto al chápiro! sí! exclamó Enrique irritado.

Chicot, ó su sombra, porque, no estando más instruidos que el rey sobre este punto, nos vemos obligados á dejar á nuestros lectores en la duda; Chicot, decimos, se dejó deslizar en el sillón, apoyando sus talones en el borde de éste, de manera que sus rodillas formaban un vértice de ángulo más elevado que su cabeza.

— Y bien; yo, dijo, — tengo más tropas que tú.

— ¡Tropas! ¿tú tienes tropas?

— ¡Calla! ¿por qué no?

— ¿Y qué tropas?

— Una friolera. Primeramente tengo todo el

ejército que los señores duques de Guisa están levantando en la Lorena.

— ¿Estás loco?

— No, un verdadero ejército, seis mil hombres, cuando menos.

— Pero, ¿con qué motivo, veamos, tú que tienes tanto miedo al señor de Mayenne, habrías de ir á que te defendiesen precisamente los soldados del señor de Guisa?

— Porque estoy muerto.

— Volvemos á la misma chanza.

— Y como á quien el señor de Mayenne quería ajustar una cuenta, era á Chicot, me he aprovechado de esa muerte para cambiar de cuerpo, de nombre y posición social.

— ¿Entonces ya no eres Chicot? — preguntó el rey.

— No.

— ¿Pues quién eres?

— Soy Roberto Briquet, antiguo negociante, y de la Liga.

— ¿Tú de la Liga, Chicot?

— Furibundo. Lo que hace que á condición de no ver de demasiado cerca al señor de Mayenne,

tengo para mi defensa personal, para mí, Briquet, miembro de la Santa Unión, primero al ejército de los Loreneses, compuesto de unos seis mil hombres... Retén bien en la memoria los guarismos.

— Ya lo hago.

— Luego como unos cien mil parisienses.

— ¡Famosos soldados!

— Bastante famosos para incomodarte mucho, príncipe mío. Conque, cien mil y seis mil hacen ciento seis mil. Luego el Parlamento, el Papa, los Españoles, el señor cardenal de Borbón, los Flamencos, Enrique de Navarra, el duque de Anjou.

— ¿Comienzas á apurar la lista? — dijo el rey impaciente.

— Vamos, aun me quedan tres clases de gentes.

— Dilas.

— Que te tienen sendas ganas.

— Dilas luego.

— Primero, los católicos.

— ¡Ya! sí, porque no he exterminado más que las tres cuartas partes de los hugonotes.

— Y luego los hugonotes, porque has exterminado las tres cuartas partes de ellos.

— ¡Ya! ¡ya! ¡y los terceros?

— ¿Qué te parece á ti de los políticos, Enrique?

— ¡Sí, sí! Los que ni me quisieran á mí, ni á mi hermano, ni al señor de Guisa.

— Pero quieren mucho á tu cuñado de Navarra.

— Con tal que abjure.

— ¡Valiente inconveniente! Mucho le debe embarazar, ¿no es verdad?

— Sí, pero esa gente de que me hablas...

— ¿Qué?

— Es toda la Francia.

— Precisamente. Esas son las tropas que tengo yo, que soy de la Liga. Vamos, vamos, suma y compara.

— Te estás chanceando, ¿no es verdad, Chicot?

— dijo Enrique sintiendo apoderarse de sus venas cierto frío.

— ¡Y por cierto que vienen bien las chanzas cuando tú estás solo contra todo el mundo, mi pobre Enrique!

Enrique tomó un aire de dignidad enteramente real.

— Solo estoy, — dijo; — pero también mando solo. Tú me muestras un ejército; muy bien. Ahora muéstrame el jefe. ¡Oh! Vas á designarme al señor

de Guisa. ¿ No ves que le tengo en Nancy ? En cuanto al señor de Mayenne, tú mismo confiesas que está en Soissons ; el duque de Anjou, sabes que está en Bruselas. El rey de Navarra está en Pau... mientras que yo, es verdad que estoy solo, pero libre en mi casa, y viendo venir al enemigo, como desde el centro de una planicie ve el cazador salir la pieza, cuadrúpeda ó alada, de los bosques circunvecinos.

Chicot se rascó la nariz. El rey le creyó vencido.

— ¿ Qué respondes á esto ? — preguntó Enrique.

— Que tú eres siempre elocuente, Enrique ; te queda la lengua, y en verdad que es más de lo que yo creía, y te doy la más sincera enhorabuena ; pero no atacaré más que una cosa en tu discurso.

— ¿ Qué cosa ?

— ¡ Dios mío ! Casi nada : una figura de retórica ; atacaré tu comparación.

— ¿ En qué ?

— En que pretendes que tú eres el cazador que acecha la caza, mientras que yo creo que, al contrario, tú eres la caza que el cazador anda batiendo hasta en su cama.

— ¡ Chicot !

— Veamos, ¿ qué has visto tú venir, hombre de la emboscada ? Dime lo que has visto.

— ¡ Pardiez ! á nadie.

— Sin embargo ha venido alguno.

— ¿ Entre los que te he citado ?

— No precisamente entre ellos, pero casi.

— ¿ Quién ha venido ?

— Una mujer.

— ¿ Mi hermana Margot ?

— No, la duquesa de Montpensier.

— ¡ La duquesa de Montpensier ! ¿ ella en Paris ?

— Te digo que sí.

— Y bien ; aun cuando así fuese, ¿ desde cuándo tengo yo miedo á las mujeres ?

— Es verdad, sólo se debe tener miedo á los hombres. Si así es, aguarda un poco. Ella viene de precursora, ¿ lo entiendes ? viene á anunciar la venida de su hermano.

— ¿ Del señor de Guisa ?

— Sí.

— ¿ Y crees tú que eso me embaraza ?

— ¡ Oh ! Á ti nada te embaraza.

— Dame el tintero y el papel.

— ¿ Para qué ? para firmar una orden mandando

al señor de Guisa que permanezca en Nancy.

— ¡Justamente! La idea es buena, puesto que se te ha ocurrido al mismo tiempo que á mí.

— ¡Al contrario, es execrable!

— ¿Por qué?

— Porque no bien habrá recibido esa orden cuando conocerá que su presencia es urgente en París, y se apresurará á venir.

El rey sintió encendérsele la frente de cólera, y miró á Chicot con ceño.

— Si no has venido más que para comunicarme cosas por ese estilo, bien podías haberte quedado en donde estabas.

— ¿Qué quieres, Enrique? Las fantasmas no son adulatoras.

— ¿Luego confiesas que eres una fantasma?

— Jamás lo he negado.

— ¡Chicot!

— Vamos, no te enfades, porque de miope que eres, te harías águila. Veamos, ¿no me has dicho que retenías á tu hermano en Flandes?

— Sin duda, le mantego allí, y eso es una buena política.

— Ahora escucha, y no nos enfademos. ¿Con qué

objeto piensas tú que permanece en Nancy el señor de Guisa?

— Para organizar allí un ejército.

— ¡Bien! Calma... ¿Á qué destina ese ejército?

— ¡Chicot! Me estás fatigando con todas esas preguntas.

— ¡Fatígate, fatígate, Enrique! Más tarde descansarás mejor, yo soy quien te lo promete. Decíamos, pues, que destina ese ejército...

— Á combatir los hugonotes del Norte.

— Ó más bien á contrariar á tu hermano de Anjou, que se ha hecho nombrar duque de Brabante, que trata de formarse un pequeño trono en Flandes, y que para llevarlo á cabo te pide constantemente socorros.

— Socorros que le prometo siempre, y que, bien entendido, jamás le enviaré.

— Con gran satisfacción del duque de Guisa. Y bien, Enrique, ¿quieres que te dé un consejo?

— ¿Cuál?

— Si fingieses una vez el enviar esos socorros prometidos; si esos socorros se adelantasen hacia Bruselas, aunque no pasasen de la mitad del camino...

— ¡ Ah ! sí, — exclamó Enrique; — comprendo : el señor de Guisa no se movería de la frontera.

— Y la promesa que madama de Montpensier nos ha hecho á nosotros los de la Liga, de que el señor de Guisa estaría en París antes de ocho días...

— Quedaría frustrada.

— Tú lo has dicho, dueño mío, — dijo Chicot poniéndose á sus anchuras. — Vamos, ¿ qué te parece del consejo, Enrique ?

— Lo creo bueno..., sin embargo...

— ¿ Qué tenemos aún ?

— Mientras que esos dos señores están ocupados el uno con el otro allá bajo en el Norte...

— ¡ Ah ! Sí, el Mediodía, ¿ no es verdad ?...

Tienes razón, Enrique, del Mediodía es de donde vienen las borrascas.

— Durante ese tiempo, no se agitará mi tercera plaga. Tú sabes lo que hace el Beznés.

— No, ¡ el diablo me lleve !

— Reclama.

— ¿ Qué ?

— Las ciudades que forman parte de la dote de su mujer...

— ¡ Bah ! ¡ Miren el insolente, que no está satisfecho con el honor de haberse enlazado con la casa real de Francia, y se toma la libertad de reclamar lo que le pertenece !

— Por ejemplo, Cahors, como si fuese propio de un buen político abandonar á un enemigo semejante ciudad.

— En efecto que no sería de un buen político, pero lo sería de un hombre honrado.

— ¡ Señor Chicot !

— Supongamos que no he dicho nada; tú sabes que nunca me mezcló en tus asuntos de familia.

— Pero eso no me inquieta; pues tengo mi idea.

— Bueno.

— Así, volvamos á lo más urgente.

— Á Flandes.

— Voy, pues, á enviar alguno á Flandes, á mi hermano; pero, ¿ á quién he de enviar, y de quién puedo fiarme, ¡ Dios mío ! para una misión de tanta importancia ?

— ¡ Diantre !...

— ¡ Ah ! Ya sé.

— Yo también.

— Ve tú, Chicot.

- ¿ Que vaya yo á Flandes ?
- ¿ Por qué no ?
- ¡ Un muerto ir á Flandes ! ¡ Tú te chanceas !
- Puesto que eres Roberto Briquet.
- ¡ Bueno ! ¡ un paisano, uno de la Liga, un partidario del señor de Guisa, desempeñando las funciones de embajador cerca del duque de Anjou !
- ¿ Es decir que rehusas ?
- ¡ Pardiez !
- ¿ Que tú me desobedeces ?
- ¡ Yo desobedecerte ! ¿ Acaso te debo yo obediencia ?
- ¡ Tú no me debes obediencia, desdichado !
- ¿ Me has dado nada nunca que me obligue hacia ti ? Lo poco que poseo lo adquirí por herencia : estoy miserable y obscuro. Hazme duque y par, erige en marquesado mi posesión de la Chicotería ; dótame con quinientos mil escudos, y entonces ya hablaremos de embajada.

Enrique iba á responder y alegar una de esas buenas razones que siempre hallan los reyes cuando les hacen semejantes reproches, cuando oyó rechinar sobre su varilla la maciza mampara de terciopelo.

— ¡ El señor duque de Joyeuse ! — dijo la voz del ujier.

— ¡ Voto á Cribas ! Ahí tienes lo que te hace falta ! — exclamó Chicot. — ¡ Te desafío á que me halles un embajador para representarte mejor que te representará el señor de Ana.

— En realidad, — murmuró Enrique, — este diablo de hombre es decididamente mejor para el consejo que ninguno de cuantos ministros he tenido.

— ¡ Hola ! ¿ Parece que convienes en ello ? — dijo Chicot.

Y se sumergió en su sillón, tomando la forma de una bola, de suerte que el más hábil marino del reino, acostumbrado á distinguir el menor punto sobre las líneas del horizonte, no habría podido distinguir ningún punto que rebasase las molduras del gran sillón en que se había sepultado.

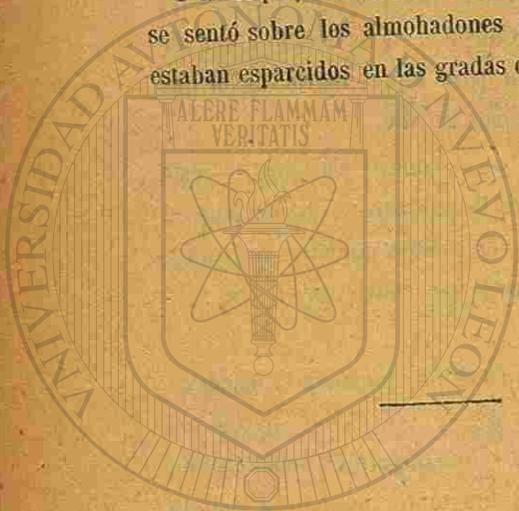
Por más que Joyeuse fuese gran almirante de Francia, no veía allí más que ningún otro. ®

El rey lanzó un grito de alegría al percibir á su joven favorito, y le alargó la mano.

— Siéntate, Joyeuse, hijo mio, — le dijo. — ¡ Dios mio, qué tarde vienes !

— Señor, — respondió Joyeuse, — V. M. es bien bondadoso en observar eso !

Y el duque, acercándose al estrado de la cama, se sentó sobre los almohadones flordelisados que estaban esparcidos en las gradas de aquel estrado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV.

De la dificultad que tiene un rey en hallar buenos embajadores.

Chicot, siempre invisible en su sillón; Joyeuse medio acostado en los cojines; Enrique, muellamente arrebuñado en su cama, comenzó la conversación.

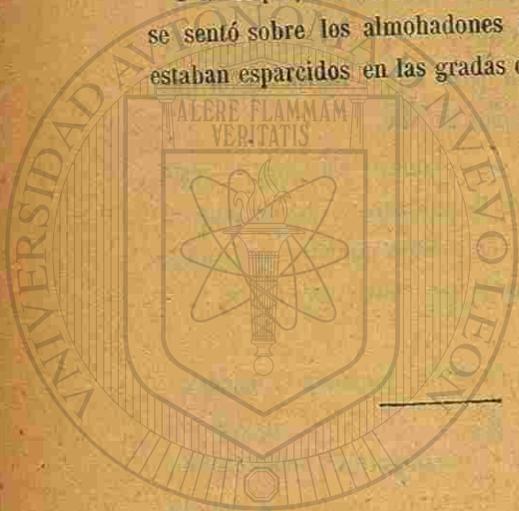
— Y bien, Joyeuse, — preguntó Enrique, — ¿has vagahundeado bien por la ciudad?

— Sí, señor, muy bien; gracias, — respondió con dejadez el duque.

— ¡Qué pronto has desaparecido de la Greve!

— Señor, — respondió Joyeuse, — V. M. es bien bondadoso en observar eso !

Y el duque, acercándose al estrado de la cama, se sentó sobre los almohadones flordelisados que estaban esparcidos en las gradas de aquel estrado.



XV.

De la dificultad que tiene un rey en hallar buenos embajadores.

Chicot, siempre invisible en su sillón; Joyeuse medio acostado en los cojines; Enrique, muellamente arrebutado en su cama, comenzó la conversación.

— Y bien, Joyeuse, — preguntó Enrique, — ¿has vagahundeado bien por la ciudad ?

— Sí, señor, muy bien; gracias, — respondió con dejadez el duque.

— ¡ Qué pronto has desaparecido de la Greve !

— Francamente, señor, era poco recreativo; y además no me gusta ver á los hombres padecer.

— ¡ Corazón misericordioso !

— No; corazón egoísta.... los padecimientos de otros me atacan los nervios.

— ¿ Sabes lo que ha pasado ?

— ¿ En dónde, señor ?

— En la Greve.

— No, á fe mía.

— Salcedo ha negado.

— ¡ Ah !

— ¡ Con mucha indiferencia lo tomas, Joyeuse !

— ¿ Yo ?

— Sí.

— Os confieso, señor, que no daba grande importancia á todo lo que podía declarar; además estaba seguro de que negaría.

— Pero, supuesto que ya había confesado.

— Razón más. Sus primeras confesiones han puesto á los Guisas sobre aviso, y han trabajado mientras V. M. estaba tranquilo: eso era forzoso.

— ¡ Cómo ! ¿ Prevees semejantes cosas y no me las dices ?

— ¿ Acaso soy yo ministro, para hablaros de política ?

— Dejemos eso, Joyeuse.

— Señor.

— Tendré necesidad de tu hermano.

— Mi hermano, como yo, señor, todos estamos al servicio de V. M.

— ¿ Conque puedo contar con él ?

— Sin duda.

— Pues bien, quiero encargarle una pequeña misión.

— ¿ Fuera de París ?

— Sí.

— En ese caso, imposible, señor.

— ¿ Cómo imposible ?

— Del Bouchage no puede mudar de residencia en este momento.

Enrique se incorporó sobre su codo y miró á Joyeuse haciéndose todo ojos.

— ¿ Qué quiere decir eso ? — preguntó.

Joyeuse soportó la mirada interrogadora del rey con la mayor serenidad.

— Señor, — respondió, — es lo más fácil de comprender. Del Bouchage está enamorado, sólo

que había entablado mal sus negociaciones amorosas; seguía un camino errado, y el pobre muchacho se iba enflaqueciendo...

— En efecto, — dijo el rey, — lo he notado.

— Y se ponía sombrío... ¡cáspita! como si hubiese vivido en la corte de V. M.

Cierto gruñido, que salió del lado de la chimenea, interrumpió á Joyeuse, el cual miró atónito alrededor de sí.

— No hagas caso, Ana, — dijo Enrique riendo, — es algún perro que sueña sobre un sillón. Decías, pues, amigo mío, que ese pobre del Bouchage se ponía triste.

— ¡Oh! señor, triste como la muerte. Parece que ha encontrado una mujer de humor fúnebre; son terribles esos encuentros. Sin embargo, de ese género de carácter se triunfa tan bien como de las mujeres alegres; la dificultad sólo está en saberse manejar.

— No, tú no habrías estado embarazado, ¡libertino!

— ¡Vamos! Hé ahí que me llamáis libertino porque amo á las mujeres.

Enrique exhaló un suspiro.

— Conque dices que esa mujer es de un carácter fúnebre.

— Á lo menos, así lo pretende del Bouchage; yo no la conozco.

— ¡Y tú saldrías victorioso á pesar de esa tristeza?

— ¡Pardiez! No hay más que operar por medio de los contrastes; no conozco dificultades serias más que con las mujeres de un temperamento medio: ésas exigen de parte del asaltante una mezcla de gracias y de severidad que pocos hombres logran reunir. Por consiguiente del Bouchage ha tropezado con una mujer sombría, y él tiene un amor negro.

— ¡Pobre muchacho! — dijo el rey.

— Ya comprenderéis, señor, continuó Joyeuse, — que no bien me hizo esa confidencia cuando me ocupé de curarle.

— De suerte que...

— De suerte que á estas horas comienza la cura.

— ¡Está ya menos enamorado?

— No, señor; pero tiene esperanza de que la mujer se ponga más enamorada, que es un modo más agradable de curar á las personas, que el qui-

tarles su amor; así pues, desde esta noche, en lugar de suspirar haciendo duo á la dama, tratará de alegrarla por todos los medios posibles; esta noche, por ejemplo, envió á su querida unos treinta músicos de Italia que van á hacer primores bajo su balcón.

— ¡Puf! — hizo el rey. — Esa es cosa muy común.

— ¡Cómo! ¿Es común treinta músicos que no tienen iguales en el mundo entero?

— ¡Ah! te aseguro que no me hubieran distraído á mí con la música, cuando estaba enamorado de madama de Condé.

— Sí, pero vos estabais enamorado, señor.

— Como un loco, — dijo el rey.

Oyóse un nuevo gruñido, muy semejante á una risa burlona.

— Bien veis, señor, que es muy diferente, — dijo Joyeuse tratando de ver, aunque inútilmente, de dónde procedía la extraña interrupción. — La dama, al contrario, es indiferente como una estatua, y fría como un hielo.

— ¡Y crees tú que la música ha de derretir el hielo y animar la estatua?

— Ciertamente que lo creo.

El rey meneó la cabeza.

— ¡Diantre! Yo no digo, — continuó Joyeuse, — que al primer golpe de música vaya la dama á echarse en los brazos del Bouchage, no; pero le chocará el que se haga todo aquel ruido por ella, se irá acostumbrando, y... ¡qué caramba! nos quedará la comedia, los titiriteros, los juegos de manos, la poesía, en fin, todas las locuras de la tierra, de modo que si esa bella desolada no recobra su alegría, cuando menos la recobrará del Bouchage.

— Así se lo deseo, — dijo Enrique; — mas dejemos á del Bouchage, ya que tan penoso le sería el dejar á París en este momento; pues al cabo no me es indispensable que sea él quien desempeñe esta misión; pero espero que tú, que tan buenos consejos das, no te habrás hecho esclavo, como él, de alguna bella pasión!

— ¡Yo! — exclamó Joyeuse; — en toda mi vida no he estado tan libre como ahora.

— Á las mil maravillas; así, ¿no tienes nada que hacer?

— Nada absolutamente, señor.

— Pues yo te creía un poco entretenido con una bella dama.

— ¡Ah! sí, con la querida del señor de Mayenne; una mujer que me adoraba.

— ¿Y bien?

— Figuraos, señor, que esta noche, después de haber enseñado la lección á del Bouchage, le dejo para ir á casa de ella; llego allá con la cabeza acalorada por las teorías que acababa de desarrollar; os juro, señor, que me creía casi tan enamorado como Enrique; y hé ahí que me encuentro con una mujer temblando, y muy azorada. La primera idea que me ocurre es que hago mal tercio á alguno; miro alrededor de mí, á nadie veo, trato de tranquilizarla, inútil; la interrogo, no responde; quiero besarla, separa la cabeza; y como yo frunciere el entrecejo, se enoja, se levanta, nos armamos una disputa, y ella me advierte que no volverá jamás á hallarse en casa cuando yo me presente allí.

— ¡Pobre Joyeuse! — dijo el rey riendo. — ¿Y qué has hecho tú?

— ¡Pardiez! Cogí mi espada y mi capa, la saludé cortésmente y salí sin mirar atrás.

— ¡Bravo, Joyeuse! Eso se llama tener valor! — dijo el rey.

— Tanto más valor, señor, cuanto que oía yo á la pobre muchacha suspirar.

— ¡Bah! No vayas ahora á arrepentirte de tu estoicismo.

— No, señor, si me arrepintiese un solo instante, bien pronto correría allá; pero nada me quitará de la cabeza que la pobre mujer me deja contra su voluntad.

— ¿Y sin embargo, te has marchado?

— Aquí me tenéis.

— ¿Y no piensas en volver allá?

— Jamás... si tuviese yo el vientre del señor de Mayenne, no diría que no; pero soy delgado, y tengo derecho á ser orgulloso.

— Amigo mío, — dijo seriamente Enrique, — es muy feliz para tu salud ese rompimiento. ®

— No digo que no, señor; pero entretanto me voy á fastidiar cruelmente durante ocho días, sin tener que hacer, sin saber adónde ir; así es que me han ocurrido ideas de pereza deliciosas; es muy entretenido el fastidiarse; en verdad... yo no tenía esa costumbre, y hallo que eso es de buen tono.

— ¡ Vaya si es de buen tono ! — dijo el rey, — lo he hecho yo de moda !

— Así, hé aqui mi plan, señor; lo he formado en mi tránsito del atrio de la catedral al Louvre. Todos los días vendré aquí en litera : V. M. rezará sus oraciones, yo leeré libros de alquimia, ó de marina, que es aún mejor, puesto que soy marino. Tendré perritos que haré juguetear con los vuestros, ó más bien gatitos, que es más divertido; luego comeremos crema, y el señor de Epernon nos contará cuentos. También yo quiero engordar; después, cuando la querida del Bouchage, de triste se haya vuelto alegre, buscaremos otra que de alegre se vuelva triste; esta variación nos divertirá; pero todo ello sin movernos, señor : decididamente, no está uno bien sino sentado; y muy bien sino acostado. ¡ Oh ! ¡ Qué buenos cojines, señor ! Bien se ve que los tapiceros de V. M. trabajan para un rey que se fastidia.

— ¡ Quita allá, Ana ! — dijo el rey.

— ¡ Cómo es eso de quita allá ?

— ¡ Un hombre de tu edad y rango hacerse perezoso y engordar ! ¡ qué ideas tan ruines !

— Yo no las hallo así, señor.

— Quiero ocuparte en alguna cosa

— Si es fastidiosa, la deseo.

Oyóse un tercer gruñido; hubiérase dicho que el perro se reía de las palabras que acababa de pronunciar Joyeuse.

— Hé ahí un perro bien inteligente, — dijo Enrique, — que adivina lo que te voy á encargar.

— ¡ Qué me queréis encargar, señor ? Veamos lo que es.

— Vas á calzarte botas.

Joyeuse hizo un movimiento de terror.

— ¡ Oh ! No me pidáis eso, señor, porque es contra todas mis ideas.

— Vas á montar á caballo.

Joyeuse dió un repullo.

— ¡ Á caballo ! No, yo no voy sino en litera.

¡ No me ha oído V. M. ?

— Vamos, Joyeuse, dejémonos de bromas; ya me oyes, vas á calzarte botas y espuelas y montar á caballo.

— No, señor, — respondió, el duque muy serio, — eso es imposible.

— ¡ Y por qué es imposible ? — preguntó el rey enfadado.

— Porque... porque... soy almirante.

— ¿Y qué?

— Y los almirantes no montan á caballo.

— ¡ Ah! ¡ esas tenemos! — exclamó Enrique.

Joyeuse respondió con uno de esos signos de cabeza que hacen los niños cuando son bastante obstinados para no obedecer, y bastante tímidos para no responder.

— Pues bien, sea así, señor almirante de Francia; no iréis á caballo; tenéis razón, no es propio de un marino el ir á caballo; pero lo es el ir en un navío ó galera. Así pues, pasaréis al instante mismo en un buque á Ruan, en donde hallaréis vuestra galera almirante, la montaréis al punto, y mandaréis hacer rumbo para Amberes.

— ¡ Para Amberes! — exclamó Joyeuse, tan desesperado como si hubiese recibido la orden de partir para Cantón ó Valparaíso.

— Creo haberlo dicho claramente, — replicó el rey con un tono tan glacial que establecía sin réplica su derecho de jefe y su voluntad de soberano; — creo haberlo dicho y no quiero repetirlo.

Joyeuse, sin manifestar la menor resistencia, abrochó su capa, ciñóse su espada, y tomó de

encima de un sillón su toquilla de terciopelo.

— ¡ Caramba, cuánto trabajo cuesta hacerse obedecer! — siguió diciendo entre dientes Enrique; — si yo olvido algunas veces que soy el amo, todo el mundo, excepto yo, debería tenerlo presente.

Joyeuse, mudo y helado, se inclinó poniendo, según la ordenanza, una mano sobre la guarnición de su espada.

— Las órdenes, señor, — dijo con un acento de sumisión que al momento convirtió en cera derretida la voluntad del monarca.

— Vas á pasar á Ruan, — le dijo, — en donde deseo que te embarques, á menos que prefieras ir por tierra á Bruselas.

Enrique aguardaba una observación de Joyeuse, pero éste se contentó con una inclinación de cabeza.

— ¿ Prefieres el camino de tierra? — preguntó Enrique.

— Cuando se trata de ejecutar una orden, señor, no tengo preferencia, — respondió Joyeuse.

— ¡ Vamos, ponte de hocico, ponte de hocico, mal genio! — exclamó Enrique. — ¡ Ah! ¡ Los reyes no tienen amigos!

— Quien da órdenes no debe prometerse hallar

más que servidores, — respondió Joyeuse con solemnidad.

— Caballero, — replicó el rey ofendido, — iréis pues á Ruan; montaréis vuestra galera; reuniréis las guarniciones de Caudebec, Harfleur y Dieppe, que yo mandaré relevar, y las haréis pasar á bordo de seis buques que pondréis á disposición de mi hermano que está aguardando los socorros que le he prometido.

— Mis credenciales, si tenéis á bien señor, — dijo Joyeuse.

— ¿Y desde cuándo, — respondió el rey, — no obráis en virtud de vuestros poderes de almirante?

— Yo no tengo más derecho que el de obedecer, y evito cuanto puedo, señor, toda responsabilidad.

— Está bien, señor duque, recibiréis vuestras credenciales en vuestro hotel en el momento de la marcha.

— ¿Y cuándo será ese momento?

— Dentro de una hora.

Joyeuse se inclinó respetuosamente y se dirigió hacia la puerta.

El corazón del rey latía con violencia.

— ¡Cómo! — dijo, — ¡ni siquiera la urbanidad de un adiós! Señor almirante, sois poco cortés, y merecéis el reproche que generalmente se hace á los marinos. Vamos, puede que me deje más satisfecho mi coronel general de infantería.

— Dignaos perdonarme, señor, — balbuceó Joyeuse, — pues soy aún peor cortesano que marino, y comprendo que V. M. sienta lo que ha hecho por mí.

Y salió cerrando la puerta con violencia, detrás de las cortinas que se hinchieron con el viento.

— ¡Hé ahí cómo me aman esos por quienes tanto he hecho! — exclamó el rey. — ¡Ah, Joyeuse, ingrato Joyeuse!

— Y bien, no vayas ahora á llamarle, — dijo Chicot adelantándose hacia la cama. — ¡Cómo! ¡Una vez que por acaso has tenido un poco de energía, ya te arrepientes!

— Escucha, — respondió el rey, — tú eres muy original; ¿crees tú que es agradable ir en el mes de Octubre á recibir la lluvia y el viento en el mar? Mucho quisiera verte á ti allí, egoista.

— En tu mano está, gran rey, en tu mano está

— ¿El verte por montes y barrancos?

— Por montes y barrancos; en este momento mi más ardiente deseo es viajar.

— Así, si yo te enviase á alguna parte como acabo de enviar á Joyeuse, ¿aceptarías?

— No solamente aceptaría, sino que te lo suplico.

— ¿Una misión?

— Una misión.

— ¿Irias tú á Navarra?

— Al mismo infierno, gran rey.

— ¿Te burlas, bufón?

— Ya sabes que no estaba yo muy alegre durante mi vida, y te juro que desde que he muerto estoy aún mucho más triste.

— Pero hace un momento rehusabas dejar á Paris.

— Mi gracioso soberano, hacía mal, muy mal, y ya me arrepiento.

— De suerte que ahora descas salir de Paris.

— En seguida, ilustre rey; en el mismo instante, gran monarca.

— No te comprendo, — dijo Enrique.

— ¿No has oído las palabras del gran almirante de Francia?

— ¿Qué palabras?

— Aquellas con que te anunciaba su rompimiento con el cortejo del señor de Mayeane.

— Sí, ¿y qué?

— Si esa mujer, enamorada de un gallardo manco como el duque, porque Joyeuse es encantador...

— Sin duda.

— Si esa mujer le despide suspirando, es porque tiene un motivo.

— Probablemente, de lo contrario no le despediría.

— Y bien; ¿sabes tú ese motivo?

— No.

— ¿Y no lo adivinas?

— No.

— Es porque el señor de Mayenne va á volver.

— ¡Oh, oh! — hizo el rey.

— Al cabo comprendes; te felicito por ello.

— Sí, comprendo; pero sin embargo...

— Sin embargo, ¿qué?

— No hallo tus razones muy poderosas.

— Dame tú las tuyas, Enrique, dámelas, nada apetezco más que hallarlas excelentes.

— ¿Por qué esa mujer no habia de romper con

Mayenne en lugar de despedir á Joyeuse? ¿ Crees tú que Joyeuse no se lo agradecería bastante, para conducir al señor de Mayenne al Pré-aux-Cleres, y agujerearla la panza? ¿ Tiene mala espada nuestro Joyeuse?

— Muy bien, pero el señor de Mayenne tiene el puñal traidor, si Joyeuse no tiene mala espada. Acuérdate de San Megrín. — Enrique lanzó un suspiro. — La mujer que está verdaderamente enamorada no se expone á que maten á su amante, prefiere dejarle, ganar tiempo, y sobre todo prefiere el que no la maten á ella misma. En esa buena casa de Guisa tienen fama de brutos como el diablo.

— ¡ Ah! Puede que tengas razón.

— Es una gran fortuna.

— Sí, y comienzo á creer que Mayenne vendrá; pero tú, Chicot, no eres una mujer tímida y enamorada.

— Yo, Enrique, soy un hombre prudente, un hombre que tiene una cuenta abierta con el señor de Mayenne, una partida empeñada; si me halla, querrá comenzar de nuevo, porque ese buen Mayenne es un jugador de diez mil diablos.

— ¿ Y qué?

— Que jugará tan bien, que recibiré yo alguna puñalada.

— ¡ Bah! Conozco bien á mi Chicot; nunca recibe sin dar.

— Tienes razón, le devolveré diez que le harán reventar.

— Tanto mejor. Con eso se acabará la partida.

— ¡ Tanto peor! al contrario, tanto peor! La familia pondrá el grito en el cielo; tú te echarás encima toda la Liga, y el día menos pensado me dirás: Chicot, amigo mío, perdona, pero tengo que mandar enrodarte.

— ¿ Te diré eso?

— Tú dirás eso, y, lo que es aún mucho peor, lo harás, gran rey. Por consiguiente prefiero que la cosa lleve otro giro, ¿ comprendes? Yo no me hallo mal como estoy, y me gusta mantenerme así. Ya ves, me parecen muy peligrosas todas esas progresiones aritméticas aplicadas al rencor; así, iré á Navarra, si tú quieres enviarme allá.

— Sin duda que quiero.

— Aguardo tus órdenes, gracioso príncipe.

Y Chicot, tomando la misma actitud de Joyeuse, aguardó.

— Pero tú no sabes si te convendrá la misión,

— replicó el rey.

— Supuesto que te la pido...

— Es que, ya ves, Chicot, — dijo Enrique, — tengo ciertos proyectos para desuinar á Margot y su marido.

— Dividir para reinar, — dijo Chicot, — hace cien años era el abecedario de la política.

— Así no tienes ninguna repugnancia.

— ¿Qué me toca ni atañe eso? — respondió Chicot, — harás lo que quieras, gran príncipe; yo soy embajador y nada más. No tienes que darme cuentas, y con tal que yo sea inviolable... ¡Oh! En cuanto á esto, ya comprendes, me es indispensable.

— Pero aun así, es preciso que sepas lo que has de decir á mi cuñado.

— ¿Yo decir alguna cosa! ¡No, no, no!

— ¿Cómo, no, no, no?

— Iré adonde tú quieras, pero no diré una palabra. Hay un proverbio sobre esto que dice: Mucho meneallo...

— Entonces, rehusas.

— Rehusó la palabra, pero aceptó la carta. El que lleva la palabra siempre tiene alguna responsabilidad; el que presenta una carta nunca es brujualeado sino de segunda mano.

— Y bien, sea así, te daré una carta; esto entra en mi política.

— Para que veas cómo se arreglan las cosas. Dámela.

— ¿Qué es lo que dices?

— Digo que me la des.

Y Chicot alargó la mano.

— ¡Ah! No te imagines que se puede escribir en un abrir y cerrar de ojos una carta como esa. Es preciso combinarla, meditarla, pesarla.

— Pues bien, pesa, medita y combina. Yo volveré mañana al despuntar el día, ó enviaré á buscarla.

— ¿No sería mejor que durmieses aquí?

— ¿Aquí?

— Sí, en tu sillón. ®

— ¡Fuego! Está acabado. No volveré á dormir en el Louvre. ¡Ver á una fantasma dormir en un sillón! ¡qué absurdo!

— Pero en fin, — exclamó el rey, — quiero que

onozcas mis intenciones respecto de Margot y de su marido. Tú eres gaseón, mi carta va á hacer mucho ruido en la corte de Navarra; te harán preguntas, y es preciso que sepas lo que has de responder. ¡Qué diablo! tú me representas, y no quiero que te tengan por un imbécil.

— ¡Dios mío! — exclamó Chicot encogiéndose de hombros. — ¡qué obtuso tienes el entendimiento, gran rey! ¡Cómo! ¡Te figuras que voy á llevar una carta á doscientas cincuenta leguas de aquí sin saber lo que contiene? Pierde cuidado, ¡cuerpo de Crispo! Á la primera vuelta de una esquina, bajo el primer árbol en donde me pare, abriré tu carta. ¡Cómo! ¡Hace diez años que estás enviando embajadores á todas las partes del mundo, y no los conoces mejor que eso! Vamos, deja tu cuerpo y alma descansar, que yo me vuelvo á mi soledad.

— ¡En dónde está tu soledad?

— En el cementerio de los Grandes Inocentes, gran príncipe.

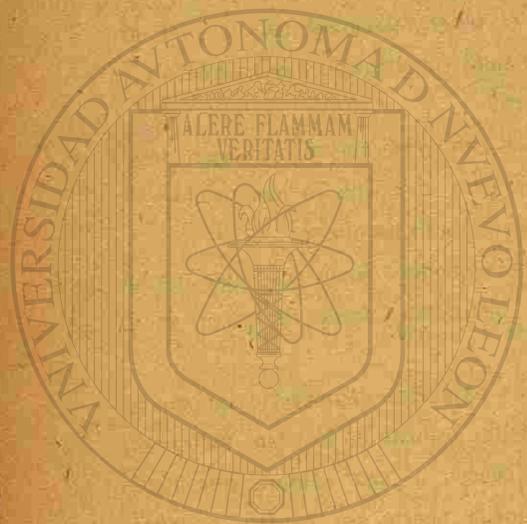
Enrique miró á Chicot con aquel asombro que, en las dos horas que hacía que lo estaba viendo, no había podido dominar aún.

— Tú no esperabas nada de esto, ¿no es verdad? continuó Chicot cogiendo su fieltro y su capa. — ¡Lo que es el tener relaciones con los del otro mundo! Quedamos convenidos: hasta mañana; yo ó mi mensajero.

— Bien, pero es preciso que tu mensajero tenga una contraseña para que sepa yo que viene de tu parte, y que se le abran las puertas.

— ¡Perfectísimamente! Si soy yo, vengo de mi parte; si mi mensajero, viene de parte de la *Sombra*.

Y dichas esas palabras, desapareció tan ligero, que el supersticioso espíritu de Enrique dudó si era realmente un cuerpo ó una sombra que había pasado por aquella puerta sin hacerla rechinar, por debajo de aquellas cortinas sin agitar uno de sus pliegues.



XVI.

Cómo y por qué causa había muerto Chicot.

Chicot, verdadero cuerpo, por más que esto desagrade á aquellos de nuestros lectores que sean bastante partidarios de lo maravilloso para creer que hemos tenido la audacia de introducir una sombra en esta historia, Chicot había salido después de haber dicho al rey, según su costumbre, bajo la forma de la bufonada, todas las verdades que tenía que decirle.

Hé aquí lo que había sucedido :

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1-40 1825 MONTERREY, MEXICO

Después de la muerte de los amigos del rey, y después de los desórdenes y conspiraciones fomentados por los Guisas, Chicot había reflexionado. Aunque valiente, como se sabe, y nada aprehensivo, estimaba mucho la vida que le divertía, como sucede á todos los hombres selectos. No hay muchos más que los tontos que se fastidien en este mundo y vayan á buscar la distracción en el otro.

El resultado de la reflexión que hemos indicado, fué que la venganza del señor de Mayenne le pareció más sensible que eficaz la protección del rey, y se decía, con aquella filosofía práctica que le caracterizaba, que en este mundo nada deshace lo que está hecho materialmente; que así, todas las alabardas y todos los tribunales de justicia del rey de Francia no remendarían, por poco visible que fuese, cierta abertura que el puñal del señor de Mayenne había hecho en la ropilla de Chicot.

Así pues, había tomado su partido como hombre, además, cansado del papel de bufón que á cada minuto ansiaba cambiar en papel serio, y de las familiaridades reales que, según los tiempos que corrían, le conducían derechito á su pérdida.

Chicot había comenzado por poner entre la

espada del señor de Mayenne y su piel la mayor distancia posible. Al efecto, había salido para Beaune con el triple objeto de dejar á Paris, de abrazar á su amigo Gorenflot, y de saborear aquel famoso vino de 1550 de que con tanto calor se había hablado en la famosa carta que termina nuestra relación de la *Dama de Monsoreau*.

Digámoslo: el consuelo había sido eficaz. Al cabo de dos meses, Chicot notó que engordaba á ojos vista, y que esa circunstancia contribuiría maravillosamente á disfrazarle; pero advirtió también que, engordando, se iba pareciendo á Gorenflot más de lo que convenía á un hombre de talento. El espíritu triunfó contra la materia. Después que Chicot hubo destripado algunos cientos de botellas de aquel famoso vino de 1550, y devorado los veintidós volúmenes de que se componía la biblioteca del priorato, y en los que el prior había leído este axioma latino: *Bonum vinum letificat cor hominis*, Chicot se sintió con un gran peso en el estómago y un gran vacío en el cerebro.

— Gustoso me haría fraile, — se decía; — pero en el convento de Gorenflot, sería yo demasiado el amo, y en otro no lo sería bastante. Ciertamente

que el hábito me disfrazaría para siempre á los ojos del señor de Mayenne; pero ¡con mil diablos! debe haber otros medios más que los vulgares busquemos, pues he leído en otro libro, que no está en la biblioteca de Gorenflot: *Quære et invenies*.

Chicot buscó, y hé aquí lo que halló, y que no dejaba de ser bastante nuevo por aquel tiempo:

Se franqueó con Gorenflot, y le rogó que escribiese al rey lo que él le dictaría.

Gorenflot escribió difícilmente, es verdad, pero en fin escribió que Chicot se había retirado al priorato; que el pesar de haberse visto obligado á separarse de su amo cuando éste se había reconciliado con el señor de Mayenne, había alterado su salud, que él había tratado de luchar distrayéndose, pero que el dolor había sido el más fuerte, y que al fin había sucumbido.

Por su parte, Chicot había escrito él mismo una carta al rey. Aquella carta, fechada el año de 1580 estaba dividida en cinco párrafos.

Cada uno de ellos se suponía escrito con un día de diferencia, y según progresaba la enfermedad.

El primer párrafo estaba escrito y firmado por una mano bastante firme.

El segundo estaba trazado con mano segura, y la firma, aunque legible, era ya muy temblona.

Al fin del tercero había escrito *Chic...*

Al fin del cuarto, *Chi*.

En fin había hecho una *C* con un borrón al fin del quinto.

Aquel borrón de un muribundo produjo en el rey el efecto más doloroso.

Eso es lo que explica el motivo por qué había creído á Chicot fantasma ó sombra.

Bien citaríamos aquí la carta de Chicot, pero era éste un hombre muy excéntrico, como se diría hoy; y como el estilo es el hombre, su estilo epistolar particularmente era tan excéntrico, que no nos atrevemos á reproducir aquí esa carta, sea cualquiera el efecto que de ella pudiésemos prometernos.

Pero se la hallará en las *Memorias de la Estrella*. Tiene la fecha de 1580, como hemos dicho, — año de las grandes cornamentas, — añade Chicot. ®

Al pie de aquella carta, y para no dejar enfriarse el interés de Enrique, añadía Gorenflot que, desde la muerte de su amigo, se le había hecho odioso el priorato de Beaune, y que le gustaba más París.

Esta posdata fué con especialidad lo que más

trabajo costó á Chicot arrancar de la punta de los dedos de Gorenflot, pues éste, al contrario, se hallaba maravillosamente en Beaune, lo mismo que Panurgo, y hacía observar lastimeramente á Chicot que el vino está siempre adulterado cuando uno no está en los mismos lugares de producción para escogerlo. Pero Chicot prometió al digno prior el ir todos los años en persona á hacer su provisión de Romanée, de Volney y de Chambertin, y como en este punto, y en otros muchos, Gorenflot reconocía la superioridad de Chicot, acabó por ceder á las solicitudes de su amigo.

Á su vez, en respuesta á la carta de Gorenflot y á los últimos adioses de Chicot, el rey había escrito de su puño y letra :

« Señor prior: dará usted una santa y poética
 » sepultura al pobre Chicot, cuya muerte siento
 » con toda mi alma, porque no era sólo un amigo
 » sincero, sino también un noble bastante bueno,
 » aunque él mismo no haya podido nunca descifrar
 » su genealogía más allá de su tatarabuelo. Rodee
 » usted su sepulcro de flores, y haga de manera que
 » le bañe el sol que él tanto amaba, porque era del
 » Mediodía. En cuanto á usted, cuya tristeza honro

» tanto que participo de ella, dejará el priorato de
 » Beaune, como me manifiesta desearlo. Tengo
 » demasiada necesidad en París de hombres adictos
 » y buenos clérigos para tener á usted lejos. En
 » consecuencia, le nombro á usted prior de los
 » Dominicos, hallándose fijada su residencia cerca
 » de la puerta de San Antonio, en París, barrio á
 » que nuestro pobre amigo tenía particular apego.

» Su afecto Enrique, que ruega á usted no le
 » olvide en sus santas oraciones. »

Júzguese si semejante carta autógrafa, toda ella
 escrita por una mano real, habría hecho abrir unos
 grandes ojazos al prior; si él admiraría el poder
 del genio de Chicot, y si se apresuraría á dirigir
 su vuelo hacia los honores que le aguardaban.

Porque se recordará que la ambición había ya
 hecho crecer en otro tiempo uno de sus tenaces
 vástagos en el corazón de Gorenflot; de Gorenflot
 cuyo nombre propio había sido siempre *Modesto*, y
 que desde que era prior de Beaune se llamaba don
 Modesto Gorenflot. ®

Todo se había hecho á la vez según los deseos
 del rey y de Chicot. Un manojito de espinos destinado
 á representar física y alegóricamente el cadáver,

había sido enterrado al sol en medio de las flores, bajo una hermosa cepa; luego, una vez muerto y enterrado en efígie, Chicot había ayudado á Gorenflot á mudar sus muebles.

Don Modesto se había visto instalado con gran pompa en el priorato de los Dominicos, Chicot había elegido la noche para deslizarse en París; había comprado cerca de la puerta Bussy una casita por trescientos escudos; y cuando quería ir á ver á Gorenflot, tenía tres caminos: el de la ciudad que era el más corto, el de las orillas del río, que era el más poético, en fin el que seguía á lo largo de las murallas de París que era el más seguro.

Pero Chicot, que era un hombre de imaginación, casi siempre elegía el del Sena; y como en aquel tiempo aun no estaba encajonado el río en muros de piedra, venía el agua á lamer, como dice el poeta, sus anchas riberas, á lo largo de las cuales más de una vez pudieron los habitantes de la ciudad ver la silueta de Chicot dibujarse cuando hacía buena luna.

Una vez instalado y habiendo cambiado de nombre, Chicot se ocupó en cambiar de figura: se llamaba Roberto Briquet, como ya sabemos, y

marchaba algo encorvado; luego; la inquietud y el transcurso de cinco ó seis años le habían dejado casi calvo, pues su cabellera de otro tiempo, rizada y negra, se había retirado, como la mar en su reflujó, de su frente hacia su nuca.

Además, como hemos dicho, había cultivado ese arte querido de los bufones antiguos, que consistía en cambiar, por medio de sabias contracciones, el juego natural de los músculos, y el juego habitual de la fisonomía. De ese estudio asiduo resultaba que Chicot, visto en medio del día, era, cuando se quería tomar ese trabajo, un verdadero Roberto Briquet, es decir, un hombre cuya boca le llegaba de oreja á oreja, cuya barba tocaba á la nariz, y cuyos ojos eran horrorosamente bizeos; todo ello sin muecas, pero no sin encanto para los aficionados al cambio de fisonomía, pues de fina, larga y angulosa que era su cara, se había hecho ancha, abierta, obtusa y encurtida.

No había más que sus largos brazos y sus piernas inmensas que Chicot no había podido acostar; pero, como era muy industrioso, se había encorvado, como hemos dicho, lo cual le hacía los brazos casi tan largos como las piernas.

Á esos ejercicios fisonómicos unía la precaución de no trabar relaciones con nadie. En efecto, por dislocado que estuviese Chicot, no podía conservar eternamente la misma postura; por consiguiente, ¿cómo parecer giboso á mediodía, cuando había sido derecho á las diez, y qué pretexto podía alegar á un amigo que le viese cambiar de repente de figura, si al pasearse con él le encontrase por casualidad una cara sospechosa?

Roberto Briquet se hacía, pues, la vida de un recluso. Además esa vida cuadraba á sus gustos: toda su distracción consistía en ir á visitar á Gorenflot y apurar con él aquel famoso vino de 1550 que el digno prior había tenido buen cuidado de no dejar en las bodegas de Beaune.

Pero los espíritus vulgares están sujetos á cambios, como los grandes espíritus: Gorenflot cambió no físicamente, á Dios gracias, sino moralmente.

Vió en su poder y á su discreción á aquel que hasta entonces había tenido sus destinos en su mano. Chicot yendo á comer á su priorato le pareció un Chicot esclavo, y Gorenflot desde aquel momento pensó demasiado de sí y no bastante de Chicot.

Chicot vió sin ofenderse el cambio de su amigo. Los que había experimentado cerca del rey Enrique le habían amoldado á esa especie de filosofía. Se observó más, y á eso se redujo todo. En lugar de ir todos los días al priorato, no iba más que una vez por semana, luego cada quince días, y al fin cada mes. Gorenflot estaba tan engreído que no hizo alto en ello.

Chicot era demasiado filósofo para ser sensible; se rió para su capote de la ingratitud de Gorenflot, y se rascó la nariz y la barba según su costumbre.

El agua y el tiempo, — dijo, — son los dos disolventes más poderosos que conozco. El uno disuelve la piedra, el otro el amor propio. Aguardemos.

Y aguardó.

Estaba, pues, aguardando, cuando ocurrieron los acontecimientos que acabamos de referir, y en medio de los cuales le pareció que surgían algunos de esos elementos nuevos que presagian las grandes catástrofes políticas. Como su rey, á quien seguía amando á pesar de su muerte, le pareció que, en medio de los acontecimientos futuros, corría algu-

nos peligros análogos á aquellos de que él le había preservado ya, tomó bajo su responsabilidad el aparecersele en estado de sombra, y, con aquel objeto, presagiarle el porvenir. Hemos visto cómo el anuncio de la próxima llegada del señor de Mayenne, anuncio encubierto en la despedida de Joyeuse por su cortejo, y que Chicot, en su grande inteligencia, había ido á buscar al fondo de su cubierta, había hecho pasar á Chicot del estado de fantasma á la condición de viviente, y de la posición de profeta á de la embajador.

Ahora que queda explicado todo lo que podría parecer obscuro en nuestra relación, volveremos á la salida del Louvre, y le seguiremos hasta su casita de la encruvejada Bussy.

XVII.

La serenata.

Para ir desde el Louvre á su casa, Chicot no tenía mucho que andar. Bajó á la barca y comenzó á atravesar el Sena en una lanchita que dirigía él solo, y que había traído de la orilla de Nesle y amarrado en el desierto muelle del Louvre.

— Es extraño, — decía, remando, y mirando sin dejar el remo á las ventanas del palacio, de las que una sola, la de la cámara del rey, seguía alumbrada á pesar de lo avanzado de la hora, — es

nos peligros análogos á aquellos de que él le había preservado ya, tomó bajo su responsabilidad el aparecersele en estado de sombra, y, con aquel objeto, presagiarle el porvenir. Hemos visto cómo el anuncio de la próxima llegada del señor de Mayenne, anuncio encubierto en la despedida de Joyeuse por su cortejo, y que Chicot, en su grande inteligencia, había ido á buscar al fondo de su cubierta, había hecho pasar á Chicot del estado de fantasma á la condición de viviente, y de la posición de profeta á de la embajador.

Ahora que queda explicado todo lo que podría parecer obscuro en nuestra relación, volveremos á la salida del Louvre, y le seguiremos hasta su casita de la encruvejada Bussy.

XVII.

La serenata.

Para ir desde el Louvre á su casa, Chicot no tenía mucho que andar. Bajó á la barca y comenzó á atravesar el Sena en una lanchita que dirigía él solo, y que había traído de la orilla de Nesle y amarrado en el desierto muelle del Louvre.

— Es extraño, — decía, remando, y mirando sin dejar el remo á las ventanas del palacio, de las que una sola, la de la cámara del rey, seguía alumbrada á pesar de lo avanzado de la hora, — es

extraño; después de tantos años, Enrique está lo mismo: otros han crecido, otros se han encorvado, otros han muerto, él se ha adquirido algunas arrugas en la cara y en el corazón, y nada más; es eternamente el espíritu débil y distinguido, fantástico y poético; es eternamente esa misma alma egoísta, pidiendo siempre más de lo que pueden darle; la amistad á la indiferencia, el amor á la amistad, la adhesión al amor, y con todo eso desgraciado rey, pobre rey, triste, más que ningún hombre de su reino! Creo que no hay en realidad más que yo que haya sondado esa singular mezcla de desarreglo y arrepentimiento, de impiedad y superstición; como tampoco hay ninguno más que conozca al Louvre, por cuyos pasadizos tantos favoritos han pasado á la tumba, al desierto ó al olvido; como no hay ninguno más que yo que maneje sin peligro y que juegue con esa corona que abraza el pensamiento de tantas personas, mientras tanto les llega á abrasar los dedos.

Chicot dió un suspiro más filosófico que triste, y comenzó á manejar vigorosamente los remos.

— Á propósito, — dijo de súbito, — el rey no me ha hablado de dinero para el viaje: esta

confianza me honra, por cuanto me prueba que soy siempre su amigo.

Y se echó á reír silenciosamente, como tenía de costumbre; luego de un golpe de remo lanzó su lanchita sobre la fina arena, en donde quedó encajada.

Luego, amarrando la proa á un poste por medio de un nudo cuyo secreto sólo él conocía, y que en aquellos tiempos de inocencia (hablamos comparativamente) era una seguridad suficiente, se dirigió hacia su habitación situada, como se sabe, á dos escasos tiros de fusil de la orilla del río.

Al entrar en la calle de los Agustinos, le chocó y quedó muy sorprendido de oír resonar instrumentos y voces que llenaban de armonía el barrio, tan sosegado de ordinario en aquellas horas avanzadas.

— ¡Cuerpo de Crispo! sin duda hay por aquí alguna boda, — pensó desde luego; — sólo me quedaban cinco horas para dormir, y voy á tener que estar en vela, yo que no me caso.

Y acercándose, vió un resplandor bailar sobre los vidrios de las pocas casas que poblaban su calle. Aquel resplandor era producido por una docena de hachones llevados por pajes y lacayos, mientras que

veinticuatro músicos, dirigidos por un italiano energúmeno, hacían estrago de sus violas, salterios, sistros, rabeles, violines, trompetas y tambores.

Aquel ejército de alborotadores estaba colocado en gran orden delante de una casa que Chicot reconoció, no sin sorpresa, ser la suya.

El general invisible que había dirigido aquella maniobra, había dispuesto músicos y pajes de manera que todos, con la cara vuelta hacia la habitación de Roberto Briquet, y la mirada fija en las ventanas, pareciesen no respirar, ni vivir, ni animarse más que para aquella contemplación.

Chicot permaneció un instante atónito mirando toda aquella evolución, y escuchando toda aquella batahola.

Luego, dando en sus muslos dos palmadas con sus huesudas manos :

— ¡Pero aquí hay alguna equivocación! — dijo.

— Es imposible que sea por mí por quien hacen todo este ruido.

Entonces, aproximándose más, se mezcló con los curiosos que habían sido atraídos por la serenata, y mirando con atención alrededor suyo, se cercióro de que toda la luz de los hachones se reflejaba en

su casa, así como toda la armonía se sumía en ella; ninguno de aquel gentío se ocupaba de la casa de enfrente ni de las inmediatas.

— ¡No cabe duda! — se dijo Chicot. — Es por mí. ¡Si por casualidad se habrá prendado de mi alguna princesa desconocida!

Sin embargo, esta suposición, por lisonjera que fuese, no pareció convencer á Chicot.

Se volvió hacia la casa que daba frente á la suya.

Las dos solas ventanas de aquella casa, colocadas en el segundo piso, únicas que no tenían postigos, absorbían por intervalos algunos resplandores de luz; pero sólo por el placer de la pobre casa, que parecía privada de toda vida, viuda de todo rostro humano.

— Preciso es que duerman bien profundamente en esa casa, — dijo Chicot. — ¡Cuerpo de Crispo! semejante bacanal podría despertar á los muertos.

Durante estas preguntas y respuestas que Chicot se hacía á sí mismo, la orquesta continuaba sus sinfonías cual si estuviese tocando delante de una asamblea de reyes y emperadores.

— Dispense usted, amigo, — dijo entonces

Chicot dirigiéndose á un porta-hachón, — ¿podría usted decirme por quién es toda esta música?

— Por el vecino que habita allí, — respondió el lacayo á Chicot señalando la casa de Roberto Briquet.

— Es por mí, — repitió Chicot; — decididamente, es por mí.

Chicot penetró por entre la muchedumbre para leer la explicación de aquel enigma en la manga ó en el pecho de los pajes; pero había desaparecido cuidadosamente todo blasón bajo una especie de capote de color gris.

— ¿Á quién pertenece usted, amigo mío? — preguntó Chicot á un tamborilero que se calentaba los dedos con su hálito, por no tener en aquel momento nada que tamborilear.

— Al vecino que habita ahí, — respondió el instrumentista, señalando con un palillo la habitación de Roberto Briquet.

— ¡ Ah! ¡ ah! — dijo Chicot; — ¡ no sólo están aquí por mí, sino que me pertenecen! Esto va cada vez mejor; en fin, vamos á ver.

Y armando su cara con la más complicada mueca que pudo hallar, codeó á derecha é izquierda á

pajes, lacayos y músicos, á fin de llegar á la puerta, maniobra que logró ejecutar no sin dificultad, y allí visible y esplendente en el círculo formado por los porta-hachones, sacó su llave del bolsillo, abrió la puerta, entró, volvió á cerrar y corrió los cerrojos.

Luego, subiendo al balcón, puso en él una silla de cuero, se instaló allí cómodamente, con la mano apoyada en la barandilla, y sin manifestar que notaba las risas que acogían su aparición:

— Caballeros, — dijo, — ¿no os equivocáis? ¿son efectivamente por mí vuestros gorjeos, vuestras cadencias y trinos?

— ¿Sois vos maese Roberto Briquet? — preguntó el director de toda aquella orquesta.

— En persona.

— Pues bien; estamos á vuestro servicio, caballero, — replicó el italiano con un movimiento de *battuta* que levantó una nueva tempestad de melodía.

Decididamente, es incomprendible, — dijo para sí Chicot, dirigiendo sus activas miradas por toda aquella multitud y las casas inmediatas.

Todos los vecinos de aquellas casas estaban en sus ventanas, ó en el umbral de sus puertas, ó mezcla-

dos con los grupos estacionados delante de la de Chicot.

Maese Fournichon, su mujer y toda la comitiva de los cuarenta y cinco, mujeres, niños y lacayos, poblaban todas las aberturas de la *Espada del bizarro Caballero*.

Sólo la casa de enfrente estaba sombría, silenciosa como una tumba.

Chicot seguía buscando con la vista la explicación de aquel indescifrable enigma, cuando de súbito creyó ver bajo el mismo sobradillo de su casa á través de las rendijas del piso del balcón, á un hombre muy embozado en una capa de color obscuro, con sombrero negro, pluma encarnada y una larga espada, el cual, creyendo no ser visto, miraba con ansiedad la casa de enfrente, aquella casa desierta silenciosa y muerta.

De vez en cuando el jefe de la orquesta dejaba su puesto, para ir á hablar quedo á aquel hombre.

Chicot advinó bien pronto que todo el interés de la escena estaba allí, y que aquel sombrero negro ocultaba una figura de caballero.

En su virtud, fijó toda su atención en aquel personaje: el papel de observador le era fácil, su po-

sición sobre la barandilla del balcón permitía á su vista distinguir lo que pasaba en la calle y debajo del sobradillo; por consiguiente, logró seguir todos los movimientos del misterioso incógnito, cuya primera imprudencia no podía menos de descubrirle las facciones.

De súbito, y mientras Chicot estaba absorto en estas contemplaciones, apareció en el ángulo de la calle un jinete seguido de dos esenderos, y dispersó enérgicamente, á varillazos, á los curiosos que se obstinaban en rodear á los músicos.

— ¡El señor de Joyeuse! — murmuró Chicot, reconociendo en el jinete al gran almirante de Francia, con botas y espuelas, según la orden del rey.

Dispersados los curiosos, calló la orquesta.

El jinete se acercó al caballero que estaba oculto bajo el sobradillo.

— Y bien, Enrique, — le preguntó, — ¿qué hay de nuevo?

— Nada, hermano mío, nada.

— ¡Nada!

— No, ni siquiera se ha presentado.

— ¿Luego estos tunos no han hecho bastante ruido?

— Han atronado el barrio.

— Entonces no han gritado, como se les ha mandado que tocaban en honor de este vecino!

— Han gritado tanto, que lo tienes ahí en persona, en su balcón oyendo la serenata.

— ¿Y ella no se ha presentado?

— Ni ella, ni nadie.

— Sin embargo, la idea era ingeniosa, — dijo Joyeuse picado; — porque en fin, podía, sin comprometerse, hacer lo que hacen todas estas buenas gentes, y disfrutar de la música dada á un vecino.

Enrique meneó la cabeza.

— ¡Ah! Bien se ve que no la conoces, hermano, — dijo.

— Sí tal, sí tal, la conozco; es decir, conozco á todas las mujeres, y como ella está comprendida en este número... ¡y bien! no desmayemos.

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Me dices eso en un tono enteramente desmayado!

— Nada de eso; sólo que desde hoy es preciso que este vecino tenga su serenata todas las noches.

— Pero entonces ella dejará la casa.

— ¿Por qué la ha de dejar si tú no dices nada, si no la designas, si permaneces siempre oculto? ¿Ha dicho algo el vecino cuando le hicieron esta galantería?

— Ha arengado á la orquesta... ¡Calla!... se me figura que se dispone á hablar de nuevo.

En efecto, Briquet, resuelto á aclarar las cosas, se levantaba para interrogar de nuevo al jefe de la orquesta.

— ¡Calle usted, el del balcón! ¡y retírese usted! — gritó Ana de mal humor; — ¡qué diablos! puesto que le han dado su serenata, nada tiene que decir; así, siga usted tranquilo.

— ¡Mi serenata! ¡mi serenata! — respondió Chicot con el aire más gracioso; — pero á lo menos quiero saber á quién se ha dirigido mi serenata.

— Á su hija, imbécil.

— Perdonad, caballero, que no tengo hija.

— Entonces, á su mujer.

— Á Dios gracias, no soy casado.

— Entonces, á usted en persona.

— Sí, á ti, y si no te retiras...

Joyeuse, uniendo al dicho el hecho, lanzó su

caballo hacia el balcón de Chicot, á través de los instrumentistas.

— ¡Cuerpo de Crispo! — gritó Chicot. — Si es por mí la música, ¿quién es el que viene á desbaratarla de ese modo?

— Vegestorio loco, — dijo entre dientes Joyeuse levantando la cabeza, — si no ocultas tu fea catadura en tu nido de cuervo, los músicos van á romper todos sus instrumentos sobre tu nuca.

— Deja á ese pobre hombre, hermano mío, — dijo del Bouchage; — en realidad tiene razón en estar muy admirado.

— ¡Y de qué se admira, por vida de Brios? Además, debes conocer que, promoviendo una quimera, atraeremos á alguno á la ventana: así, sacudamos el polvo al vecino, quememos su casa si preciso es; pero, ¡con mil diablos! ¡movámonos y removámonos!

— Por piedad, hermano mío, — dijo Enrique, — no arranquemos á la fuerza la atención de esa mujer; estamos vencidos, resignémonos.

Briquet no había perdido una palabra de este último diálogo, que había aclarado mucho sus ideas aún confusas; por consiguiente hacía mentalmente

sus preparativos de defensa, conociendo el carácter del que iba á atacarle.

Pero Joyeuse, cediendo á las razones de Enrique, no insistió más; y despidió á los pajes, lacayos, músicos y maestro.

Luego, llevando á su hermano aparte:

— Estoy desesperado, — le dijo, — todo conspira contra nosotros.

— ¿Qué quieres decir?

— Que no tengo tiempo para ayudarte.

— En efecto, estás en traje de camino: no había reparado.

— Parto esta noche para Amberes con una misión del rey.

— ¿Cuándo te la ha dado?

— Esta misma noche.

— ¡Dios mío!

— Ven conmigo: te lo suplico.

Enrique dejó caer los brazos.

— ¡Me lo ordenas, hermano mío? — preguntó palideciendo con la idea de la marcha.

Ana hizo un movimiento.

— Si me lo ordenas, continuó Enrique, — te obedeceré.

— Yo te lo suplico, del Bouchage, y nada más.

— Gracias, hermano mío.

Joyeuse se encogió de hombros.

— Cuanto quieras, Joyeuse; pero, ya ves, si me fuese preciso renunciar á pasar mis noches en esta calle, á mirar á esa ventana...

— ¿Qué?

— ¡Moriría!

— ¡Pobre loco!

— Mi corazón está allí, hermano mío, — dijo Enrique alargando la mano hacia la casa, — mi vida está allí; no me pidas que viva si me arrancas el corazón del pecho.

El duque cruzó sus brazos con un enojo mezclado de compasión, mordió sus finos bigotes, y después de haber reflexionado algunos minutos:

— Si tu padre te rogase, Enrique, — dijo, — que te dejases cuidar por Mirón, que es filósofo y médico á la vez...

— Respondería á nuestro padre que no estoy enfermo, que mi cabeza está sana, y que Mirón no cura el mal de amor.

— ¿Conque hay que adoptar tu manera de ver, Enrique? pero ¿por qué inquietarme? Esa mujer

es mujer; tú eres perseverante, por consiguiente no hay que desesperar; á mi vuelta te veré más alegre, más jovial que yo.

— ¡Si, si, excelente hermano! — exclamó el joven estrechando las manos de su hermano; — sí, me curaré! sí, seré feliz! sí, estaré alegre! ¡Gracias por tu amistad! gracias!... ella es mi más precioso bien.

— Después de tu amor,

— Antes que mi vida.

Joyeuse, conmovido hondamente á pesar de su aparente frivolidad, interrumpió á su hermano.

— ¿Nos vamos? — dijo. — Ya se han apagado los hachones, los instrumentos están á la espalda de los músicos, y los pajes en camino.

— Anda, anda, que ya te sigo, — dijo Enrique suspirando, porque iba á dejar la calle.

— Te entiendo, — dijo Joyeuse; — el último adiós á la ventana desierta; es justo. Entonces adiós también á mí, Enrique.

Enrique echó los brazos al cuello de su hermano que se inclinaba para abrazarle.

— No, — dijo, — te acompañaré hasta las puertas; aguárdame solamente á cien pasos de aquí.

Creyendo la calle solitaria, acaso ella se asomará.

Ana dirigió su caballo hacia la escolta parada á cien pasos de allí.

— Vamos, vamos, — dijo, — no tenemos necesidad de usted hasta nueva orden. Retírense ustedes.

Desaparecieron los hachones, y apagáronse las conversaciones de los músicos y las risas de los pajes, igualmente que los últimos gemidos arrancados á las cuerdas de las violas y los laudes por alguna mano extraviada.

Enrique dió una última mirada á la casa, envió una última súplica á las ventanas, y lentamente, volviéndose sin cesar, se reunió á su hermano á quien precedían dos escuderos.

Roberto Briquet, viendo á los dos jóvenes marchar con los músicos, juzgó que iba á tener lugar el desenlace de aquella escena, si desenlace podía tener.

En consecuencia, se retiró ruidosamente del balcón y cerró la ventana.

Algunos curiosos obstinados permanecieron aún firmes en su puesto, pero al cabo de diez minutos habian desaparecido los más perseverantes.

En aquel intermedio, Roberto Briquet se había subido al tejado de su casa, dentellado como el de las casas flamencas, y ocultándose detrás de unos de sus dentellones, observaba las ventanas de enfrente.

Así que cesó el ruido en la calle, y que no se oyeron ya instrumentos, ni pasos, ni voces, por último entró todo en el orden acostumbrado, abrióse misteriosamente una de las ventanas superiores de aquella casa extraordinaria, y se asomó á ella una cabeza prudente.

— Ya no queda nadie, — murmuró una voz de hombre; — por consiguiente no hay ya peligro, era alguna broma dirigida á nuestro vecino, podéis dejar vuestro escondite, señora, y bajar á vuestro aposento.

Á estas palabras, el hombre cerró la ventana, sacó lumbre de su pedernal, encendió una lámpara y la entregó á otra persona que alargaba el brazo para recibirla.

Chicot miraba con todas las fuerzas de su pupila; pero no bien hubo percibido la pálida y sublime cara de una mujer que recibía aquella lámpara; no bien distinguió la mirada dulce y

triste que se cambió entre el criado y el ama, cuando él mismo palideció y sintió helársele la sangre en sus venas.

La mujer tenía apenas veinticuatro años. Aquella joven bajó entonces la escalera seguida de su criado.

— ¡ Ah ! — murmuró Chicot pasando la mano por su frente para limpiarse el sudor y como si al mismo tiempo hubiese querido echar de sí una visión terrible. — ¡ Ah ! conde del Bouchage, bizarro, hermano joven, amante insensato, que hablas ahora de ponerte alegre, parlero y jovial, pasa tu divisa á tu hermano, porque jamás volverás á decir: *hilariter* !

Luego descendió á su vez á su cuarto, con la frente sombría, como si hubiese descendido á algún pasado terrible, á un abismo sangriento, y se sentó en la sombra, subyugado, el último, pero quizá el más completamente, por la increíble influencia de melancolía que despedía sus rayos del centro de aquella casa.

XVIII.

El bolsillo de Chicot.

Chicot pasó toda la noche soñando sobre su sillón; decimos soñando, porque lo que le ocupó fueron menos pensamientos que sueños.

Volver al pasado, ver iluminarse á la luz de una sola mirada una época casi borrada ya de la memoria, no es pensar. Chicot habitó durante la noche todo un mundo que hacía tiempo había abandonado, y poblado de sombras ilustres ó graciosas que la mirada de la mujer pálida, semejante

triste que se cambió entre el criado y el ama, cuando él mismo palideció y sintió helársele la sangre en sus venas.

La mujer tenía apenas veinticuatro años. Aquella joven bajó entonces la escalera seguida de su criado.

— ¡ Ah ! — murmuró Chicot pasando la mano por su frente para limpiarse el sudor y como si al mismo tiempo hubiese querido echar de sí una visión terrible. — ¡ Ah ! conde del Bouchage, bizarro, hermano joven, amante insensato, que hablas ahora de ponerte alegre, parlero y jovial, pasa tu divisa á tu hermano, porque jamás volverás á decir: *hilariter* !

Luego descendió á su vez á su cuarto, con la frente sombría, como si hubiese descendido á algún pasado terrible, á un abismo sangriento, y se sentó en la sombra, subyugado, el último, pero quizá el más completamente, por la increíble influencia de melancolía que despedía sus rayos del centro de aquella casa.

XVIII.

El bolsillo de Chicot.

Chicot pasó toda la noche soñando sobre su sillón; decimos soñando, porque lo que le ocupó fueron menos pensamientos que sueños.

Volver al pasado, ver iluminarse á la luz de una sola mirada una época casi borrada ya de la memoria, no es pensar. Chicot habitó durante la noche todo un mundo que hacía tiempo había abandonado, y poblado de sombras ilustres ó graciosas que la mirada de la mujer pálida, semejante

á una lámpara fiel, le mostraba desfilando una á una á su vista con todo su acompañamiento de recuerdos gratos y terribles.

Chicot, que tanto echaba de menos su sueño al volver del Louvre, no se acordó de acostarse. Así, cuando la primera luz del día penetró por los vidrios de su ventana, dijo :

— Ya ha pasado la hora de los muertos ; se trata de pensar un poco en los vivos.

Se levantó, ciñóse su larga espada, echó sobre sus hombros un sobretodo de lana de un tejido impenetrable á las más fuertes lluvias, y con la estoica firmeza del sabio, examinó de una ojeada el fondo de su bolsillo y las suelas de sus zapatos.

Estos parecieron á Chicot muy dignos de entrar en campaña ; el otro merecía particular atención.

Aquí haremos una pausa en nuestro relato con el objeto de describir aquel bolsillo á nuestros lectores.

Chicot, hombre de imaginación ingeniosa, había abierto un agujero en la viga maestra que atravesaba la casa, la cual contribuía al adorno, pues estaba pintada de diversos colores, y á la solidez, pues por la parte más corta tenía diez y ocho

pulgadas de diámetro. En aquella viga, por medio de una cavidad, de pie y medio de larga y de seis pulgadas de ancho, hizo un cofre que contenía mil escudos de oro.

Hé aquí el cálculo formado por Chicot :

— Gasto todos los días, — decía, — la vigésima parte de un escudo ; por consiguiente tengo para vivir veinte mil días : estoy seguro de que no viviré tanto, pero puedo vivir la mitad, y además, á medida que vaya envejeciendo, se aumentarán mis necesidades y por consiguiente mis gastos, porque es preciso que mi bienestar progrese en proporción que se disminuya la vida. De todo esto deduzco, que podré vivir veinte y cinco ó treinta años ; vamos, gracias á Dios, esto es muy suficiente.

Chicot se encontraba, gracias al cálculo que acabamos de hacer, con que era uno de los más ricos rentistas de la ciudad de París y que la tranquilidad de su porvenir le inspiraba cierto orgullo.

No era Chicot avaro ; al contrario, había sido pródigo mucho tiempo, pero inspirábale horror la miseria, porque sabía que ésta cae como una capa

de plomo sobre los mortales y que agobia á los más fuertes.

Aquel día, al abrir su caja para arreglar sus cuentas consigo mismo, exclamó:

— ¡Cuerpo de Crispo! este siglo es muy egoísta, porque en él no hay un hombre generoso. No estoy obligado á tener con Enrique la menor consideración, porque estos mil escudos de oro no provienen de él, sino de un tío que me había ofrecido seis veces más. Verdad es que el tal tío se ha mantenido soltero. Si fuese de noche iría á sacar cien escudos del bolsillo del rey, pero es de día y no tengo más recursos que los míos y los de Gorenflot.

La idea de sacar dinero á este último, llenó de placer el corazón de su amigo.

— Sería de ver, — dijo, — que maese Gorenflot, que me debe su fortuna, se atreviese á rehusar cien escudos á su amigo para el servicio del rey que le ha nombrado prior de los Dominicos.

— ¡Ah! ya no es Gorenflot, — prosiguió diciendo; — pero Roberto Briquet es siempre Chicot. Sí; ¡pero esa carta del rey, esa famosa misiva destinada á producir un conflicto en la corte de Navarra... debía haber ido á buscarla antes de ama-

necer, y hé aquí que ya es día claro! ¡Bah! No será este mal expediente para que haga efecto en la mollera de Gorenflot si se resiste á la persuasión: ¡marchemos, pues.

Chicot acomodó la tabla que ocultaba su tesoro, la aseguró con cuatro clavos, puso encima la baldosa, llenándola de tierra para disimular las juntas, y, dispuesto á salir, miró por última vez aquel aposento, en que después de haber pasado muchos días felices, era impenetrable y estaba guardado, como lo está el corazón en el pecho.

En seguida echó una ojeada á la casa de enfrente.

— En resumidas cuentas, — dijo, — estos demonios de Joyeuse son capaces de dar fuego á mi casa por hacer que salga á la ventana la dama invisible. ¡Ya, ya! y si queman mis cuatro paredes, se derretirán al mismo tiempo mis queridos mil escudos, por lo que creo obraría con más prudencia llevándome la suma. ¡Oh! oh! no; si los de Joyeuse se divierten en eso, el rey me indemnizará.

Asegurado por este raciocinio, cerró la puerta, de la que quitó la llave, y al dirigirse á la orilla del río no pudo menos de hacer una observación.

— Nicolás Poulain, — murmuró, — puede venir

hacia este lado y sospechar de mi ausencia... ¡Bah! ¡se me ocurren unas ideas tan extravagantes!... ¡Adelante, marchen!

Al cerrar Chicot la puerta de la casa con no menor cuidado que la de la escalera, divisó al criado de la dama desconocida tomando el fresco en la ventana, creyendo sin duda que nadie repararía en él siendo tan temprano.

Aquel hombre, como anteriormente hemos dicho, estaba completamente desfigurado por la cicatriz de una herida que había recibido en la sien izquierda, y que se extendía hasta la mejilla; separada además una de sus cejas por la violencia del golpe, ocultaba la mayor parte del ojo izquierdo que aparecía como escondido en su órbita.

¡Cosa extraña! Á pesar de aquella frente calva y de su barba cana, sus miradas eran vivas, y un tinte de juventud se esparcía en la misma mejilla que tan maltratada había sido.

Al reparar en Roberto Briquet, que tras pasaba el umbral de su puerta, se cubrió la cabeza con la capucha.

Hizo al mismo tiempo un movimiento para reti-

rarse, pero Chicot con una señal le manifestó que se detuviese.

— Vecino, — le gritó, — el estrépito de la noche pasada me ha disgustado con mi vivienda, y voy á ausentarme por unas cuantas semanas. ¿Tendréis la bondad de echar de vez en cuando una ojeada hacia este lado?

— Sí, señor, con mucho gusto, — contestó el desconocido.

— Y si por casualidad veis ladrones...

— Tengo un buen arcabuz, caballero, podéis ir tranquilo.

— Gracias; todavía tengo otro favor que pedir.

— Hablad, que ya os escucho.

Chicot pareció medir con la vista la distancia que le separaba de su interlocutor.

— ¿Sabéis que estoy abusando de vuestra complacencia, — le dijo, — haciéndoos gritar desde la ventana?

— Pues bien, voy á bajar, — respondió el desconocido.

En efecto, Chicot le vió desaparecer, y como entretanto se había acercado á la casa, oyó resonar

sus pasos; acto continuo se abrió la puerta, y se encontraron ambos frente á frente.

El criado estaba enteramente cubierto con el capuchón.

— Hace un frío insufrible hoy, — dijo, sin duda por disimular las precauciones que tomaba.

— Un vienteccillo glacial, vecino, — le respondió Chicot afectando no mirar al criado para inspirarle mayor confianza.

— Ya os escucho, caballero.

— Bien; el asunto es que me marcho.

— Ya he tenido el honor de habérselo oído.

— Me acuerdo perfectamente, pero debo deciros que dejo dinero en mi casa.

— Tanto peor, tanto peor; lleváoslo.

— No, porque el hombre es más pesado, y por lo mismo menos resuelto, cuando quiere salvar la bolsa al mismo tiempo que la vida. Dejo, pues, dinero en mi casa, aunque bien guardado; tan bien, vecino, que sólo temo por él la casualidad de un incendio. Si éste llegase á suceder, velad, buen amigo, velad sobre la combustión de cierta viga gruesa, cuya punta veis allí, hacia la derecha, esculpida en forma de canalón: vigiladla, pues,

con cuidado, y en caso de desgracia buscad entre las cenizas.

— En verdad, caballero, replicó el desconocido, — que me ponéis en un aprieto, porque debierais hacer esa confianza á un amigo, y no á un hombre á quien no conocéis, á quien no podéis conocer.

Al pronunciar estas palabras, su mirada brillante y profunda examinaba la bondadosa catadura de Chicot.

— Cierto es, — contestó éste; — no os conozco, pero entiendo algo de fisonomias, y la vuestra me parece la de un hombre honrado.

— Considerad sin embargo la responsabilidad que echáis sobre mis hombros. ¿No puede suceder, por ejemplo, que la sereneta de anoche disguste á mi señora, como os ha disgustado á vos, y que también abandonemos el barrio?

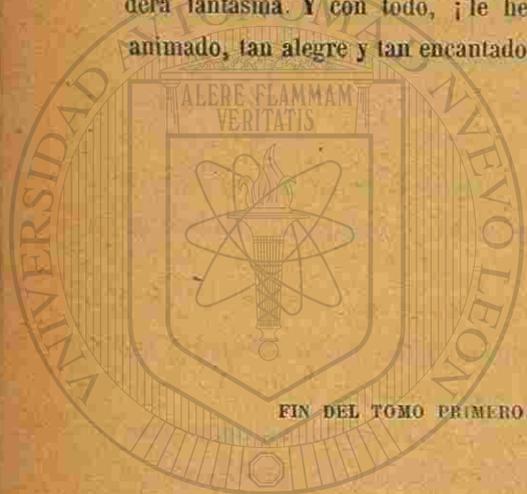
— En ese caso, — respondió Chicot, — no tendré que quejarme de vos, vecino.

— Os doy, las gracias por la confianza que dispensáis á un pobre desconocido, — añadió el criado inclinándose, — y procuraré merecerla.

Y saludando á Chicot volvió á entrar en su casa.

Chicot también le saludó afectuosamente, y viendo que cerraba la puerta, murmuró:

— ¡Pobre joven! héle ahí convertido en verdadera fantasma. Y con todo, ¡le he conocido tan animado, tan alegre y tan encantador!



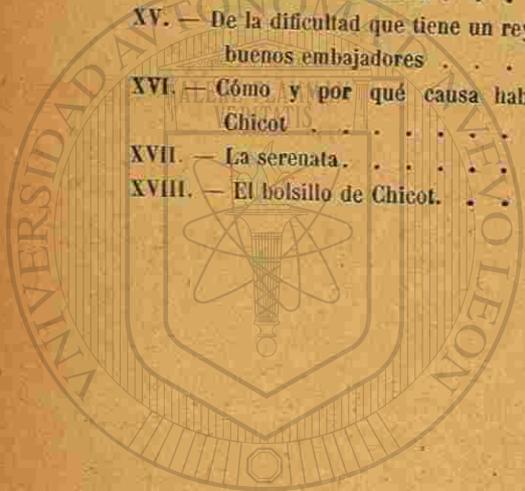
FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

De los títulos contenidos en el tomo primero.

I. — La puerta de San Antonio	5
II. — Lo que pasaba en el exterior de la puerta de San Antonio.	25
III. — La revista	41
IV. — El palco de S. M. Enrique III en la plaza de Greve.	57
V. — El suplicio	79
VI. — Los dos Joyeuse	97
VII. — En que la espada del bizarro Caballero tuvo razón contra el Rosal de amor	125
VIII. — Silueta de Gascones	141
IX. — El señor de Loignac	163
X. — El hombre de las corazas	175
XI. — Aun la Liga	195

XII. — La Cámara de S. M. Enrique III, en el Louvre	207
XIII. — El dormitorio	229
XIV. — La sombra de Chicot	245
XV. — De la dificultad que tiene un rey en hallar buenos embajadores	275
XVI. — Cómo y por qué causa había muerto Chicot	299
XVII. — La serenata	311
XVIII. — El bolsillo de Chicot.	329



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDAD AUTÓNOMA DE NUTRI
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA